Mi Viaje a Neolandia

F. Pérez Dolz

ÍNDICE

I. EN EL EXPRESO.....	5
II. ¿A DÓNDE VOY?	8
III. YA SÉ A DONDE VOY	9
IV. NEOLANDIA ES UN PAÍS DE PERFECCIONES	12
V. ¿EN QUÉ PARARÍA TODO AQUELLO?	15
VI. INCIPIT VIDA NOVA.....	18
VII. ÁPAI NITÁI. SÓRÉI NITÁI	20
VIII. MI AMABLE CICERONE.....	23
IX. PARTICULARIDADES NEOLANDESAS	28
X. EL MISTERIOSO FLUIDO	34
XI. EL APERITIVO	36
XII. MI CENA EN EL PARAISO.....	39
XIII. LA DIGESTION EN LA CAMA	45
XIV. ROSAS DE MAYAN KÉLIAN.....	47
XV. MAYÁN ME CORTEJA.....	50
XVI. UN GRAN PARTIDO DE "BÉO" LANXÓI".....	52
XVII. EL PARTIDO COMIENZA	55
XVIII. EN CASA DE MAYÁN	58
XIX. "AMOR Y PEDAGOGÍA"	63
XX. EL MATRIMONIO EN NEOLANDIA	67
XXI. MEDITAMOS.....	69
XXII. PASATIEMPO CIRCENSE.....	74
XXIII. BUENO, SÍ, AMEMOS.....	75

XXIV. LOS GLOBITOS DE ‘EL PARAISO’	76
XXV. EN LA REAL BÉKÁRA	79
XXVI. PEPA LA GALLARDA	85
XXVII. MÁYÁN ME LLEVA AL “CINE”	87
XXVIII. LITERATURA Y ARTE	89
XXIX. LA LEYENDA DE NÓPÁGIA	91
XXX. LA REINA QUIERE VERME	93
XXXI. MI TRAJE DE LUCES	96
XXXII. UNA CORRIDA EN PALACIO	98
XXXIII. DESPUES DEL TRIUNFO	104
XXXIV. VISITO LAS MINAS DE LÁ	106
XXXV. MI VISITA A LA REINA	110
XXXVI. ME ESCONDO EN CÉKÁRA	112
XXXVII. LA CATEDRAL DE CÉKÁRA	114
XXXVIII. CÉKÁRA, LA LABORIOSA	118
XXXIX. EL METODO DE SAUER	119
XL. MI DESPERTAR	122
XLI. DESENLACE	127

PRÓLOGO

Cuando leí esta novela de mi padre, habían pasado casi exactamente cincuenta y siete años desde que la escribió. Había quedado en casa, con todos los manuscritos de sus libros de arte, ensayos, conferencias –encuadernadas con guardas con distintas técnicas hechas por él-, con sus obras teatrales, con los libretos para sus poemas musicales, su música, etc.

Escrito con su letra pulcra, fina, ya muy pequeña, con plumilla y tinta, sin apenas una tachadura, ni una corrección, con un estilo un poco arcaico, salpicado el texto de ironía, erudición y buen humor consigue, sin mucho esfuerzo, incitar la intriga y despertar la curiosidad del lector.

Se adelanta en muchos años con sus artefactos imaginarios a algunos que ahora son comunes para nosotros y, al fin, el desenlace, que parece cosa difícil, lo hace con sencillez.

En el año que él lo terminó yo me casé... Lo perdí un poco -ya se sabe- y a los cinco años se marchó al cielo a charlar con los ángeles de cosas más trascendentales, aunque pienso que sin abandonar su buen humor. Para mí, leerlo ha sido como tenerle a mi lado, hablándome, comentándome y riéndonos juntos.

Si algunos ratos os divierte, habrá conseguido lo que –seguramente- se proponía, sin más pretensión.

Carmen Pérez-Dolz Riba

I. EN EL EXPRESO

No me fuercen ustedes a decirles, de buenas a primeras, como fue aquello; no duden, esto menos que nada, de mi veracidad, si bien he de confesar que yo mismo no sé si creer mucho de lo que vi. Que desperté en el tren pueden ustedes creerlo, y no comenzaré mi relato diciendo que “el expreso corría vertiginosamente” porque ya se sabe que así suelen correr los expresos, y el tren aquél era de esta categoría.

Por su aspecto lo era, en efecto, pero no por el de sus viajeros ya que no se veía ninguno. Salí al pasillo, atisbé, con temor a ser indiscreto, al pasar, arriba y abajo, y no vi ni sentí a nadie. Yo viajaba sólo. Pero -cosa más rara- no podía recordar en qué estación lo tomé ni, -lo que es más raro todavía- cuál era el punto de mi destino. Viajaba y nada más, y puesto que viajaba, que es como navegar, y vivía, no había de considerarme desgraciado.

Alguna parada en una de las estaciones del trayecto -pensaba yo- me recordará cuál es éste, y esto me orientará sin duda. También pensaba -esto era más sencillo- preguntárselo al revisor cuando pasara por el coche en que yo viajaba. Pero el tal revisor no acudía por allí a cumplir con su deber y esto hizo que formara de él buen concepto, pues la noche fue hecha para dormir, y era de noche. Noche cerrada.

Pero ¡que cerrazón! A través de los cristales no se veía nada, pero lo que se dice nada, ni gota. Ni una sola estrellita en el cielo negro, y no era noche de luna. El nublado debía de ser impenetrable. Pero al menos,-pensaba- una lucecilla cualquiera, en una casa de campo, o las de alguna aldea donde todos durmieran, hasta el sereno, vigilados todos por unos pitañosos faroles municipales. Nada.

Hallé un librito en el bolsillo izquierdo de la americana, un libro de bolsillo, naturalmente, y pensé distraerme un poco leyendo hasta que el sueño volviese; pero resultó ser uno de los míos, una novela corta, que -honradamente lo declaro- hubiera podido ser más corta todavía, si me atreviese a sintetizar tanto como el sabio del cuento lo hizo con el rey moribundo cuando le dijo: “Señor, los hombres nacieron, padecieron y murieron”; Pero la verdad por delante, ni a los editores ni a mí nos convenía usar de tan tremenda síntesis.

Excuso decirles a ustedes que no leí mi novela, pues cosa que escribo no la leo jamás, ni aún para enmendar esas erratas que les suelen salir tan graciosas a los diablejos que enredan en las linotipias. Remedia mis distracciones el hermano corrector y no me da ningún empacho declarar que si notan mis escasos y pacientes lectores no sólo gazapos, pero hasta liebres en mi desmañado estilo, consuélense con pensar que mucha más abundante caza menor y aún mayor verían correr por las páginas de mis libros, a no ser por el celo esmeradísimo de aquel a quien, en estricta conciencia, debo llamar, más que mi discreto y culto censor, mi colaborador generoso.

Antes me hubiera sido devuelto el sueño si leer pudiera, pero algún tanto me traspuse, más por aburrimiento que por necesidad de dormir; y con este dulce sopor contrastaba la marcha diabólicamente acelerada del tren, cuando oí una voz en un extremo del pasillo. Decía la voz:

-Aló, Aló. Kábio, A Báhia kábio.

Yo -pensé- Algún extranjero que viajaba en el mismo tren. Pero ¿Qué idioma era el suyo? Sólo entendí aquel aló aló, que ya es universal, pero de lo demás, ni una palabra. Y volvía a oír la voz que añadía:

-ké, Ké. A Bábia kábio. Práné báo...

Caí en la cuenta de que el tal viajero hablaba por teléfono desde el tren, lo que me pareció de una gran perfección, y como no sabía que la RENFE lo hubiera instalado en sus trenes, pensé en felicitar por innovación tan cómoda y útil a su director, tan luego como tuviese ocasión.

Mi curiosidad pudo más que mi discreción. Salí al pasillo, encendí un Kamel para disimular mi comezón de fisgar y me fui acercando allí donde la voz sonaba; vi al que hablaba, arrimando su boca a una brillante esfera negra fija en un ángulo del coche.

Él dejó de hablar y se apartó para dejarme el paso expedito, pues tal vez pensó que yo me dirigía a otro coche, al bar, o que sé yo. Pero aunque intenté abrir la puerta de comunicación, no pude. La voz entonces, en perfecto castellano, me dijo:

-Es inútil señor; la puerta se ha encallado. Acaso la humedad...

¡Vaya cosa! ¡Un expreso tan lujoso que lleva teléfono en él, tiene una puerta que no permite la comunicación interior! Ya no felicitaría a mi amigo el director, sino que, en la primera parada, exigiría el libro de reclamaciones.

Le di las gracias a aquel señor y volví a ocupar mi asiento. Mi insospechado compañero de viaje me siguió, se paró a la puerta y me pidió permiso para entrar:

- Como, según parece, viaja usted sólo, supongo que no le parecerá mal que le acompañe. A menos que prefiera usted acostarse y dormir...

-Gracias señor; no tengo sueño y me será muy grata su compañía.

Inclinó la cabeza -pero no se quitó la gorra inglesa con que la cubría- y se sentó enfrente de mí. Nos miramos, sonriente yo, serio, con la cara indiferente él; tiró de la pipa, la cargó con pericia de viejo fumador, le dio lumbre y allá va la primera bocanada de humo.

¿Qué tabaco fumaba aquel buen hombre?, -pensé- consultándole inútilmente a mi olfato. Porque no se parecía en nada a los por mí conocidos hasta entonces. Pero no se lo pregunté. Por decir algo, dije:

- Poca gente viaja en este tren. A la gente, sin embargo, le agrada dormir en el tren para no perder un día..

- Pura casualidad. Pero ¿cree usted que ahora es de noche?

Yo hubiera jurado que sí. Aquella oscuridad, negrura mas bien, ¿qué podía ser sino la noche que envolvía al expreso? Consulté mi reloj, creyendo orientarme, pero se me había parado.

- Son las diez de la mañana, señor.

Entonces -pensé tranquilizándome- es que pasamos por un túnel... Pero... no recuerdo yo un túnel en España de esta longitud.

No dijo nada el extranjero. ¿Extranjero? Pues si lo era... ¿cómo es que hablaba mi mismo idioma con tanta soltura? No obstante, él había dicho por teléfono no sé qué, en una lengua que yo no conocía. Por lo demás, su cara, su aire, su indumento, eran por entero europeos, y más que francés, o italiano, o inglés o alemán, hubiérase dicho que era español y acaso manchego, como el mismísimo Alonso Quijano. De alta y gallarda estatura, magro, tez morena, aquilina nariz, ojos vivos, y salvo que no usaba bigote, hubiera podido pasar por pariente, a lo menos, del Caballero de los Leones. Miró a la red, encima de mi cabeza. Entendí su mirada: debía de observar mi maleta. Yo busqué la suya; tan distraído iba que no recordaba ya haberle visto entrar sin ella, y esto me inquietó un poco.

- Por lo visto su viaje es muy corto, pues le veo sin equipaje.

-No lo llevo nunca. Y pienso que a usted tampoco le agrada llevarlo...

- ¿A mí? Pero si...

Levanté la cara hacia la red y no vi maleta ninguna. ¡Como! -me sorprendí- ¡yo hubiese jurado que la puse ahí!... ¿Que misterio era aquel? ¿Quién pudo haber hecho desaparecer mi maleta? Debió advertir mi asombro y aún adivinar mi pensamiento.

- No se inquiete -me dijo- ya aparecerá. Aquí no hay rateros.

¿Aquí? ¿Dónde era aquí? ¿Aquel tren? ¿La región por donde pasábamos? ¿Aquel túnel interminable? Y mi compañero, aspirando con delicia el humo de su pipa, me sonreía... yo creo que socarronamente.

II. ¿A DÓNDE VOY?

Tratando de calmar mi inquietud, quise tirarle de la lengua al desconocido, y ya que tan seguro parecía de estar en aquel tren, del túnel sin fin, y aun sin duda no recelando de mí, me decidí a ser “curioso impertinente”, quiero decir que no me importaba causarle alguna molestia con tal de averiguar por qué viajábamos solos en aquel tren. Pero cuando en el instante en que yo ya tenía mis primeras preguntas en la boca, él sacó de su bolsillo un cuadernito y empezó a anotar con un lápiz, que me pareció ser de oro, no sé qué, me guardé mis interrogaciones para mejor ocasión.

Haciéndome el ocupado en algún importante negocio, saqué de mi bolsillo unos papeles, y al dorso de uno de ellos -creo recordar que era una participación de boda... o tal una minuta de no sé qué banquete, pero que algo de boda era- me puse a superponer cifras, y más cifras, fingiendo que sabía mucho de operaciones aritméticas, ¡Yo!, pobre de mí que sudo tinta cada vez que intento algo más que sumar. Así -pensaba- me tornará por un viajante de comercio, un hombre de negocios, tal vez gerente de una gran industria.

- ¡Qué! -me interrumpió con cierta sorna- ¿no salen las cuentas?

- Oh, si señor. Como la seda. Los pondrá en limpio mi secretaria en cuanto llegue a ...

Y dejé colgado el nombre del punto adonde me dirigía ya que en verdad, lo ignoraba. Mi compañero de viaje acaso fingió no darse cuenta y siguió con sus notas. Y una idea iluminó de pronto mi mente: si yo iba en aquel tren a alguna parte, sin duda que tomé billete en

alguna estación, y el billete me revelaría, al fin, lo que tanto me interesaba saber. Embolsé mis papeles, ahora en este, luego en el otro bolsillo, y de allí los sacaba para guardarlos en la cartera, como procurándoles refugio el más seguro para documentos de tanto compromiso; pero en realidad, lo que buscaba era aquel condenado billete, que no aparecía en ningún escondrijo de mi americana, ni de mi chaleco, ni de mi pantalón.

Cuando me cercioré de no llevarlo encima, disimulando lo mejor que pude lo busqué por el suelo, y hasta salí al pasillo por si se me había caído allí sin advertirlo. ¡No apareció! Volví desolado a ocupar mi rincón y me dispuse a meditar qué excusa debería darle al revisor por viajar sin billete. Sí, corriente, ya lo sé; con “pagar doble”, asunto concluido pero ya había pensado hacer valer, en este caso, mi amistad con el jefe supremo de la compañía.

De estas meditaciones me sacó la voz de mi vecino. En tanto guardaba su cuadernito y su lápiz dorado, me preguntó:

- ¿Conoce usted Neolandia?

- ¿Neolandia? No, no señor

-Así... ¿Es la primera vez que nos visita?

- Pues... sí señor; la primera.

.-!Ah -ponderó- es hermoso país! Le agradecerá a usted mucho.

- Sin duda, Así lo espero.

Y callamos otro rato.

III. YA SÉ A DONDE VOY

¡Neolandia! Al fin aquel nombre, que por primera vez sonaba en mis oídos, me aclaraba cuál era el punto de mi destino. ¡Neolandia! Poco hay que saber para traducir la palabreja por “país nuevo”; pues *neo* es *nuevo*, y *landia* viene de *land*, *país* en lenguas anglosajonas.

¡Un país nuevo! Para mí, desde luego, nuevo enteramente. Y aquel país tendría una capital, otras poblaciones, y de todas ignoraba yo el nombre. Si al menos la conociera por la geografía...

¡Neolandia! El nombre me agradaba y me inquietaba a un tiempo. Si se trataba de un país desconocido -meditaba- ¿a qué parte del mundo, a qué continente pertenece? El viajero hablaba la misma

lengua que yo, y no sólo sin acento extraño a ella, sino como un verdadero español, un castellano nuevo, como yo, de Madrid, y aún hubiera dicho que tan chamberilero como un servidor de ustedes. ¡Cosa más rara!

- Es usted español, ¿no?

Conque ¿no? ¿eh? Pues ese modernismo no es muy viejo en los madriles, pero arraigó allí a tal profundidad que ya creo que lo dicen hasta las aguas subterráneas de los antiguos caños del Peral.

- Sí señor, y madrileño. Usted ¿no lo es?

-No, no -repuso con vago ademán-. Yo soy de por aquí...

-Pero a lo menos, no me niegue usted que ha vivido en Madrid algún tiempo, lo bastante para dominar nuestra lengua y que se le pegara nuestro inconfundible acento.

Sonrió mi compañero:

-Sí... he corrido bastante mundo. Pero soy neolandés.

Volvió a darle fuego a su pipa.

-En Madrid tengo yo un gran amigo, un cirujano famoso allí... el doctor Bermúdez... lo conoce usted?

¡Acabáramos! -exclamé para mí- ya sé a quien me recordabas confusamente. ¡Que si conocía al doctor Bermúdez! Aunque no ejerce la Medicina General es el médico de casa; y vecino mío. Él vive en Chamberí, como yo; él en "García de Paredes" y yo en "Ponzano", conque ve usted...

- ¡Que casualidad!

Si que lo era. Porque miren ustedes que encontrarme en aquellas rarísimas circunstancias con el amigo de un íntimo de casa...

¿Quién de ustedes no hubiera pensado como yo entonces aquello de que "el mundo es un pañuelo"?

- Siendo español y de Madrid... y por no se qué tufillo de profesión intelectual que me parece sentir... casi adivino que es usted periodista... ¿Me equivoco amigo?

- Pues mire usted, no hizo "diana" pero poco le faltó, porque soy escritor. ¿Cómo adivinó tan aproximadamente mi profesión?

- Pues... no sé... sería largo de explicar...

En esto, el teléfono sonó en el ángulo del pasillo, y mi compañero fue a él ligero, y volvió a decir, con voz tranquila:

- *Ké, ké. Práné báó.*

Y volvió a su puesto.

- Conque literato ¿no?

- Sí señor: novelista.

- Ya. Así... ¿vendrá usted a Neolandia en busca de tema para una novela! No está mal pensado. Hasta preferimos allí que sea usted eso a que sea corresponsal o noticiero, que parecen tener a gala el ser indiscretos. Pero no, usted no es gacetero ni viene a trabajar para ninguna agencia. Observador, sí; preguntón no lo es. A estas horas estaría yo tan asaetado a preguntas como San Lorenzo lo estuvo de flechas.

No quise rectificarle; confundía a San Lorenzo con San Sebastián, como hay quien confunde las Américas.

- Conque novelista--- Bien, bien...

- Y... ¿ha publicado muchas novelas?

- No muchas. No he tenido tiempo todavía...

- Ya... Los pocos años... Porque tendrá usted así como ... treinta, ¿me equivoco?

- ¡Dio en el blanco esta vez! Treinta cumplí el mes pasado. ¡Buen ojo tiene usted!

- Pura casualidad. Pero es lo que representa.

No era verdad. Yo representaba algunos más. Había vivido demasiado para que no fuera así. Aquel buen señor era cortés y queriendo quitarme años me atribuyó los justos: Y ya que me había adivinado la edad y la profesión, no era cosa de forzarle a adivinarme también el nombre; así es que un rasgo espontáneo de vanidad me hizo obsequiarle con mi tarjeta. Quién sabe -pensé- si conocerá mis novelas o cuando menos el nombre de su autor...

Tomó con indiferencia mi tarjeta y teniéndola entre los dedos y accionando con ella, comenzó a decirme:

- Pues para un estudioso hombre de Letras tenemos allá en Békára, una cosa muy requetebuena: La Biblioteca Universal. Ya verá usted que maravilla de edificio y de organización. Todo es en ella automático.

- ¿De difícil acceso?

- Enteramente libre.

¡Bah! - pensé- siempre tiene la gente algo suyo que alabar, creyéndolo superior a lo de los demás.

- Y ¿dice usted que está en... ?

IV. NEOLANDIA ES UN PAÍS DE PERFECCIONES

- En Békára. Separe bien las sílabas si quiere llegar a pronunciar bien nuestro idioma. Bé-ká-ra. Pero... claro está, no sabe usted lo que es Békára. Es la segunda y principal de nuestras tres capitales, y oficialmente, la capital del Estado Neolandés. Neolandia es el nombre que usamos para que nos entiendan en el mundo de por allá: en realidad nuestra nación se llama Nópágia, *nó-pá-gia*... y observe usted que este nombre parece una degeneración, aunque no lo es de Novagea, *novay gea*, que entre latín y griego viene a ser como aquello: nueva tierra, neo-landia; parece igual ¿no? Pero es muy diferente, porque *nópa*, en *neolandés* es lo mismo que rico, y *gia* quiere decir gente, todos, sociedad... ¿entiende usted?

¡Que iba yo a entender! Algo que parece que es traducible y luego resulta ser todo lo contrario de lo que nos figurábamos... Un idioma con zancadilla -pensaba yo- no es para mí.

- Ya conocerá el *neolandés* y le encantará por su concisión y la facilidad con que se aprende.

- Y a propósito. -buscó en su bolsillo y sacó de él un folleto como todos los hemos visto, de esos que enseñan un idioma “en tres días”. Me lo dio. En la cubierta se leía:

¿Quiere usted aprender *neolandés* en 3 días? Y debajo, entre paréntesis: *¿Nópágio élsoé ce párándi benta?*

-Yo pronuncié despacio aquellas palabras que por primera vez leía.

- Muy bien -y sonreía al ponderar mi pronunciación- Lo ha dicho usted como uno de nosotros. Ya le he dicho que es un idioma que se habla sólo.

- *¿Nópágio élsoé ce páráni benta?* -repetía yo.

- Si le preguntaran a usted eso ¿que contestaría?

- Pues... desde luego que sí.

- Sobra una palabra.

- ¿Se dice sí, como en español?

- No. Se dice *Ké-ka_e -ké* es sí. No se dice *báo*.

Verá usted: tenemos, como ustedes cinco vocales con una sola pronunciación para cada una de ellas: A, E, I, O y U. Pero esta última letra es muda, y aunque se escribe, no se pronuncia. Ella misma se dice *ouá*. Es decir, que obrando con perfecta lógica fonética, empezamos por la A, se sigue a la E, a la I, a la O y esta se enlaza con la A, pasando por encima de la U, pero sin pronunciarla. Así, decimos: A,E,I,O y OUÁ. Por ejemplo: Si usted ve escrito *báru*, sombrero, debe pronunciarlo *báróua*. Sencilísimo!

- E interesantísimo -añadí-

A todo esto, mi interlocutor y ahora primer maestro de lengua *nopagiana*, se había guardado mi tarjeta sin corresponderme con la suya. Pensé que se había distraído a causa de su repentino celo pedagógico y disimulé mi opinión. Seguimos.

- De modo -dije- que esto de *nopágio élso cé páráni bénta ...*

- Si; es lo que usted piensa, pero alternando el orden de las palabras: ¿*Neolandés* (en) días 3 aprender quieres?. Construimos enteramente a la inversa que ustedes, y nunca se contradice esta regla. Tanto, que si piensa usted una oración en español, al traducirla a nuestra lengua debe construirla al revés, rigurosamente; así acertará siempre.

- Está entendido. Gracias.

Volví a leer el rótulo y a pronunciarlo, ya de corrido, como si el *neolandés* me fuera familiar. Mi compañero parecía satisfecho de mí.

- Antes -proseguí- si no entendí mal, me dijo usted que la Gran Biblioteca Universal está en la segunda capital, o sea en...

- En *Békára*, sí señor.

- Es que ... no comprendo como institución tan importante no está en la primera, en la metrópoli. ¿Cuál es entonces la primera?

- En un orden geográfico, es *Ákara*. Y la tercera, *Cékara*. Pero... ¡claro!, es natural que usted no entienda esto. Se lo aclararé. Así como así vamos a tardar todavía tres o cuatro horas en llegar a la frontera... ¡Ah, perdone! Es la una y no ha comido usted nada. Espérese: pediré que nos sirvan aquí mismo.

Encantado estaba yo con la amabilidad de mi compañero, el cual salió al pasillo, se acercó al teléfono y pidió en su lengua:

- *Aló aló, matón-kiki: Tó, A-báhia. Bei, trátrá, amám.*

Francamente, aquellas palabras que no entendí me sonaban a carraca, pero la esperanza de llenar la andorga, que ya refunfuñaba de hambre, me hizo que parecieran a mis oídos música celestial.

Apenas había tenido tiempo mi amable compañero para recuperar su asiento, cuando un hombre de talla gigante se presentó ante la puerta, reverencioso pero mudo. Entró allí una mesita, púsole mantel, y en un instante nos sirvió una comida excelente, si bien no logré reconocer ninguno de los manjares. Todo sabía bien, era todo substancioso pero me hagan ustedes si aquello era carne, o pescado, o verduras, legumbres, tubérculos disfrazados o qué, porque lo ignoro.

Y lo mismo les diré del vino, que no lo era, pero si lo fuese alegraba el ánimo y fortalecía el estómago. Tampoco reconocí la fruta, variada, bonita de contemplar, aunque un tanto sosa. Celebré una especie para mí desconocida de melón, de un rojo sombrío por fuera y de verde pulpa por dentro. Tenía la virtud de apagar la sed y daba una grata somnolencia...

Hasta café nos dieron. Naturalmente que no lo era, sino algo así como malta con sabor de dátiles a medio madurar. Todo lo puse por encima de mi cabeza, es un decir, porque lo ingerí con verdadero apetito; pero yo me acordaba de nuestras cenas de Botín, ¡Oh!

Mientras comíamos, mi compañero me contaba cosas de *Neolandia*. Las tres capitales principales estaban muy próximas entre sí, separadas por dos ríos no más anchos que el tajo en Toledo. La nº 1 -*Ákára*- representaba el mapa que llevaba el manual de conversación, era la capital del Placer; la nº 2, *Békára*, la del Estudio y la real burocracia; y la nº 3, *Cékára*, la del Trabajo. Esto es: el goce, la mente, el músculo, separados y localizados de manera que no se podían estorbar unos a otros pero que se auxiliaban mutuamente.

Yo, claro está, me esforzaba entonces por entender esta organización, acostumbrado como estaba a ver en Europa confundidas estas tres y otras muchas actividades humanas. Me prometía muy útiles enseñanzas de esta singular organización, aunque mi pobre imaginación no podía alcanzar todas las sorpresas que en aquel país me esperaban. Y ya estaba predispuesto a ver cuántas ventajas podía reportar aquel sabio modo de agrupar y separar los principales negocios humanos.

- Brava organización. -exclamé- Así que los que se divierten, los que estudian y administran y los que trabajan, no se estorbarán mutuamente.

- Así es. Pero ya comprenderá que para lograr esto se ha tenido que legislar meticulosamente y gobernar con energía. Tenemos todo un sistema, sencillo pero riguroso, de prohibiciones: En *Békára* está prohibido trabajar -manual o mecánicamente, se entiende- y no hay diversiones si no es, alguna vez, en Palacio. En *Ákára* está prohibido trabajar y estudiar, y en *Cékára* no hay estudio ni diversión. Así todo el mundo vive en paz.

Yo reflexionaba, y mi compañero de viaje debió de adivinar mi pensamiento, porque me dijo así:

- Me parece que leo en su frente lo que piensa; No se devane los sesos, que todo se ha pensado como conviene. Ya verá usted que nuestro pueblo vive feliz.

- Es un régimen muy raro -me aventuré a decir-.

- ¡Oh! Lo encuentra usted raro, porque es perfecto.

V. ¿EN QUÉ PARARÍA TODO AQUELLO?

Pensándolo bien, debí sentirme ofendido. Pero pensándolo mejor, lo tomé como un descuido de cortesía por acaso él tuviera ocasión de rectificar.

- Y ahora pienso -díjome de pronto- ¿Lleva Ud. mucho dinero encima?

¡Que pregunta tan rara! Un desconocido con quien viajo sólo en el tren, a boca de jarro me pregunta cuánto dinero llevo encima. ¿Qué le importa a él? Si su convite no me hubiera dado un humor tan alegre, es seguro que le hubiera mandado a freír espárragos; pero pensé que tal vez no le agradaban los espárragos, o no sabía que no se comen fritos. Me decidí por la ingenua verdad.

- Pues ... verá usted...

- Si, ya sé que la preguntita "se las trae", como dicen ustedes; pero haciéndome cargo de su situación, se la repito. ¡Quién sabe! A lo mejor puedo ayudarle...

- Si, si, gracias. La verdad es que nunca suelo llevar mucho dinero encima, pero casualmente esta mañana he cobrado un piquito de uno de mis editores y... Ahora se lo diré con exactitud.

Requerí mi cartera y conté lo que había en ella. Exactamente tres mil doscientas sesenta y tres pesetas con ochenta céntimos era todo lo que poseía, entre billetes de la cartera y moneda suelta del chaleco.

- ¡3.263 con 85! -vi el asombro pintado en su cara y pensé que le parecía una miseria, si se tenía en cuenta que iba a visitar un país desconocido donde ningún amigo tenía. Pero no fue así.

- Pero criatura... -siguió diciéndome- ¡si lleva usted un ahí dineral!

- ¿Un dineral 3.200 y pico? Pues en Madrid no me duraría más allá de dos semanas.

- ¡Ah! En *Neolandia* es muy otra cosa. Le cambiarán en el hotel y ya verá, ya verá...

Interesado vivamente en aquel asunto, quise saber cómo podían convertirme aquellas pesetillas en el dineral que me prometía.

- Es muy sencillo -siguió- En *Neolandia* el dinero es baratísimo y muy fácil de adquirir. Para empezar le diré a usted que tenemos allá la más extraordinaria y rica mina de oro que pudiera imaginar la sed de un avaro. No es oro precisamente, pero se le parece mucho en el color, en el brillo, en la calidad, aunque es tan ligero como el aluminio. Este metal se llama *Lá*.

La moneda *neolandesa* está dividida en cinco piezas de distinto tamaño. La más grande es algo mayor que el duro que tienen ustedes.

- Que teníamos, dirá usted...

- Es igual, la moneda pesa unos diez gramos *neolandeses*, con lo que ocurre algo parecido al kilo de ochocientos gramos con que regulan el peso del pan en su pueblo. Esta moneda se llama *ába*.

- ¿Haba?

- Sí, pero sin H, que es letra desconocida en nuestro idioma. A la *ába* le sigue la *éba*, que vale media *ába* y pesa cinco gramos. Después viene la *iba*, con tres gramos de peso. Síguele la *óba*, con dos gramos, y finalmente la *úba* -recuerde que se pronuncia *ouába*- con un gramo. No hay moneda inferior a esta última.

¡Admirable! Pero... -comenzaba yo a encontrarle inconvenientes al sistema monetario aquél- si una *ouába* es la moneda mínima y no hay cosa que valga menos...

- Ya entiendo su duda; entonces no se compra una sola, sino tantas necesarias para alcanzar el valor de una *úba*. Por ejemplo: un diario

vale un cuarto de *úba*; por una de estas monedas le darán a usted cuatro, o sino, uno y una revista que valga tres cuartos de *úba*. Una buena revista ilustrada con grabados en relieve, vale dos *ouábai* -la i final indica siempre el plural-

- Ya voy entendiendo, si; pero lo que no puedo entender es qué equivalencia tiene la moneda de ustedes con ... digamos el dólar.

- Muy sencillo señor: un dólar a unas doscientas *ábai*. Ahora, relacione las pesetas que trae, y me dirá Ud. si lleva encima o no un dineral.

Mi asombro -y ¿por qué no decirlo? Mi apego al dinerillo- me excitaron de tal modo que saltaba en mi asiento y hasta me dio algo así como un ataque de risa. Quise saber más y poder calcular cuanto tiempo me permitirían vivir decorosamente en *Neolandia*. Los informes fueron más halagüeños de lo que podía esperar. En el mejor hotel de *Ákara* se vivía por dos *ábas* diarias. No se permitía dar ni recibir propinas, detalle que me pareció de una moral perfecta. Ya sé que eso de vivir por dos *ábas* diarias en un hotel se prestaba al chiste fácil, pero el chiste estaba en ser una realidad tanta baratura.

Un viaje en *bríla*, o en *briéla* -o sea en autogiro o en helicóptero, que son los taxis de allí- costaba una *iba*, a lo sumo una *iba* y una *úba*. El viaje por lanzamiento, con un cohete en salva sea la parte, era un poco más caro y expuesto, si bien la estadística no asignaba más allá de un 3% de accidentes y en el precio estaba incluido el seguro de vida, con una fuerte indemnización y el pésame de la reina a la familia del accidentado. Pero si tenía uno ganas de andar, a pesar del desgaste de suelas, resultaba más barato.

Sigamos con el cuento. En un buen restaurante se comía muy bien por una *éba* -sin propina, no se olvide este detalle-, y no contaban aparte el pan, ni el vino, ni el agua mineral, ni las especias. Que el vino no era propiamente vino ya lo había yo notado en la comida; lo llamaban *éla* y provenía de la fermentación de ciertas bayas silvestres que llamaban *élai-no*. Mezclado con hielo -*prá*- y añadiéndole una especie de soda picante, lo llamaban *élapráfola*, o simplemente *práf*, y según me informaba mi anfitrión era mejor que el mejor champaña francés.

Y así me fue dando los precios de las cosas principales, con lo que a cada instante me maravillaba más y más. Pensé darme en aquel país tan buena vida como mi caudal me lo consintiera y no se me ocurrió pensar que tuviese dificultades para el regreso a España. Lo demás de la vida práctica consistía en el sistema en todas partes

adoptado: bancos -*pescói*-, cheques -*móxili*-, letras de cambio -*trampai*- y en fin, todo fácil y encantador.

VI. INCIPIT VIDA NOVA

Así pasaba el tiempo tan agradablemente. A media tarde el gigantón de marras nos sirvió *lápina* -la cerveza del país- y volvimos a la charla.

La locomotora silbó suavemente, con un son grave y flautado de órgano. ¿Avisaba, tal vez la proximidad del fin del viaje?. Casi lo lamentaba yo, entretenido como estaba aprendiendo tanto antes de conocer el país aquel.

- Ya llegamos -dijo mi acompañante- Prepare usted su documentación.

¡Mísero de mí! No llevaba pasaporte, ni cédula alguna, ni otro documento que el carné de la Asociación Literaria "La intrépida S.A." a la cual pertenecía. Así lo confesé contrariadísimo, y temiendo un serio tropiezo con la policía. Pero él se me ofreció a arreglarlo todo:

- Bien. No es lo corriente, pero no hay que apurarse. Pasará usted conmigo; respondo de usted. -Y añadió, riendo: Yo diré la palabra mágica y las puertas de *Neolandia* se abrirán para Ud.

Y así fue. Disminuyó el tren de marcha. Paró por fin, y descendimos. Era ya de noche, pero no lo parecía, porque la estación estaba iluminada con algo así como una neblina azulada, difusa y gratísima. Llegamos a la Aduana; no llevábamos cosa que declarar a la policía; *bismaláh* y ¡paso franco!. El asombro agotaba ya mi resistencia a las emociones fuertes. ¿Cómo irá esto de viajar sin billete? Ah, como todo: *bismaláh* y adelante. Yo apretaba, al salir de la estación el brazo de mi introductor y le decía:

- No sabré nunca como pagarle a V. tantos beneficios, pero ... francamente: esto de *bismaláh* lo ha aprendido en "Las mil y una noches".

- *Andá* -dicho sea con acento chamberilero- y usted también.

Como me había figurado, nadie más que él y yo descendimos del expreso. Pensé, con lástima de la compañía ferroviaria que en aquel viaje habría perdido unos miles de *abaj*, y esto me puso en guardia

para frenar en adelante aquel impulso que siempre había tenido de ser accionista de alguna gran compañía.

A la salida de aquella suntuosísima estación, mozos, agentes de hoteles, una regular parada de *brilas* y *briélas* esperaban ser alquilados.

Mi compañero eligió un aparato algo mayor y más lujoso que los demás. Subí a él, me siguió y dijo al mecánico:

- *Trá, trá. Hotel Kálóia.*

- ¿Qué es *Kaloia*? -le pregunté- ¿el nombre de algún héroe, o grande hombre de letras, negocios o...

- Simplemente: Hotel Central.

Elevóse con suavidad nuestro *briéla*. Y ya en el aire, internándonos en la impenetrable oscuridad nocturna, me aseguró que en aquel hotel adonde me llevaba, estaría muy bien alojado y tranquilo.

Buscaba yo en el cielo alguna estrella, a fin de orientarme, pero estaba negro del todo.

Luces lejanas, que en todas direcciones se movían, le daban un fantástico aspecto. Empezamos a ver un resplandor azulado muy próximo al suelo. Era la iluminación difusa que sobre *Ákara* se cernía.

- El cielo ya se carga de nubes, pero llegaremos a la capital antes de que dé comienzo la lluvia nocturna, que no empieza hasta las dos.

Allá arriba, horadando a trechos la negrura de las nubes, algún raudo aparato volador dejaba fugaces estelas de fuego. Y ya sobre la gran ciudad del Placer, la riente *Ákára*; miles de luces de variados colores se movían a distintas alturas y en las más raras y opuestas direcciones. Yo temía que con alguna de ellas chocáramos, pero mi acompañante me tranquilizó:

- Nunca ocurre nada. Los conductores están obligados a llevar la izquierda.

Nunca fuegos artificiales fueron más dignos de admirar.

- Volamos ahora por la zona reservada a los autogiros y helicópteros. Más arriba el espacio está reservado a los *pélái*, y a gran altura vuelan los *lápéi*. Ya los verá Ud.

Llegados a *Ákára* y hallando su centro, nuestro aparato se paró en el aire y con la misma suavidad con que la madre deposita en la cama a su nene dormido, descendió y se posó sin el menor choque, en la azotea del Hotel Central.

- *Bismaláh* -repitió mi amigo- y el conductor saludó con respeto y se elevó por el aire. El ascensor, descensor en este caso, nos llevó a la planta baja del hotel.

Un amplio hall, de aquella misma manera iluminada, nos recibió, repitiendo su bóveda alegremente el cadencioso son de nuestras pisadas.

En el *comptoir* nos recibió un hombrecito entrado en años sonriente a mi compañero pero mirándome a mí de reojo; como hablaban *neolandés* no les pude entender una sola palabra, pero sí me pareció entender que todo iba a pedir de boca.

- Entréguele usted todo su dinero.

Se lo di. Esperaba un cambio favorable y ventajoso como recomendado por mi amigo, que parecía hombre listo de veras; pero sólo me dio un recibo y unas monedas sueltas, que yo me quedé mirando con más melancolía que curiosidad.

- No tema nada. En la caja del hotel le custodiarán el resto. Eso que le dan sobraré para los gastos menudos.

- Sí, gracias, pero... ¿lo depositado no da nada de rédito?

- El 5% libre de cargas y una cantidad proporcional de números para la rifa mensual de un *brila*.

- ¡Ah -dije con gesto magnánimo- así conforme!

Nos despedimos. “Mañana a las 11 -me aseguró- vendré a por usted y le enseñaré la capital. Hasta mañana amigo” Y se fue él, y yo fui acompañado a mi habitación, piso cuarto, número 705.

VII. ÁPAI NITÁI. SÓRÉI NITÁI

Llegado a la planta cuarta y última -no estaba permitido en *Nópágia* edificar casas de más de cuatro pisos- me dijo el mozo del ascensor algo que quise entender como “buenas noches”, o sea *ápái nitái*, pero por el ademán con que acompañó aquellas palabras, cualquiera hubiese dicho que solicitaba... un pequeño recuerdo. ¡Je! -hice dentro de mí- y en *Nópágia* no se dan ni se reciben propinas!

Una camarerita chatunga - tenía yo entonces por las chatungas una cierta predilección- me guió al nº 705, diciéndome aquello de *ápái nitái*, y otras palabras misteriosas, a las que contesté:

-Sí monada, sí; a la vuelta lo venden tinto.

Sin dejar de sonreír y de hablar, abrió la puerta de mi cuarto, me encendió la luz apretando un botón, enseñóme el armario ropero, el cuarto de baño, la papelera y el teléfono. Y repitiendo otra vez *ápái nitái*, ya se retiraba cuando se le ocurrió preguntarme no sé qué, y como no la entendí, hizo acción de llevar algo a la boca, masticarlo, tragarlo, y después acción de beber.

Esto sí lo entendí y ensalcé en mi fuero interno el lenguaje mímico, universal de veras y utilísimo en defecto del otro. Yo contesté:

- *Ké, ké, ké...* con tal vehemencia que la camarerita puso los ojos redondos como la boquimis para decir: -!Oooooh!- y salió corriendo y riendo.

No tardó en volver con una gran fuente llena de cosas de comer y beber, que dispuso con gracia encima de la mesita. Y me dejó solo.

- *Ápái nitái.*

- *Ápai nitái*, salero.

Sabroso era todo aquello, a fe de gastrónomo, aunque de etimología ignorada por mí. En lo mejor de mi bocadillo estaba cuando sonó mi nombre allí cerca, en el teléfono -pensé y no me equivocaba-

- Amigo señor Méndez... Buen provechito. Ya sé que le acaban de subir la cena. Oígame: le subirán algunas cosas que necesita; sírvase de ellas sin recelo.

- La voz bien la conozco. Es la de mi introductor amabilísimo y generoso. Mil, mil y mil gracias. Pero... estoy intranquilo...

- ¿Por qué?

- Me temo que por haberme introducido casi de contrabando, tenga usted algún encuentro con la Policía y le dé que hacer...

- ¡Je, je! ¿A mí la Poli? ¡*Pá xásko!*

La voz calló. Pero no he tenido ocasión de decir en qué consistía el teléfono de aquel país. Era una bola negra y brillante, montada sobre un plintito de oro, y nada más. Ni auricular, ni cordones conductores de corriente eléctrica, ni cosa que tuviese semejanza con los aparatos que nos son conocidos. Una bola y nada más... en apariencia, pero vaya usted a saber qué complicado mecanismo tendría por dentro aquella pulida esfera.

Pues ¿que me dicen ustedes de aquel *pa chasco* que me soltó mi amigo, presumiendo de chulo? Ahora bien: en honor a la verdad debo

aclarar que -después lo supe- pa chasco no era, no, lo que yo me figuré, sino que en lengua *neolandesa* significa “no tema nada” La frase completa es: *pá xásko báo*, pero se abrevia suprimiendo la palabra *báo*, -no-.

Unos nudillos en mi puerta.

- *Ké* . y un *groom* apareció en su quicio.

- *Apái nitái-*

- *Apái nitái*, muchacho. Pasa, pasa.

El *groom* me traía una caja de cartón sobre una bandeja de aquel *lá* u oro del país, que parecía ser el único metal allí conocido.

- *Apái nitái-* y desapareció el chico de los botones dorados.

Bueno, yo ya sé que están ustedes dudando de mi veracidad, como durante tanto tiempo se dudó de Marco Polo, como se dudaba del relato primero de Colón, y como se le negaba a Galileo el movimiento de la tierra en torno al padre Sol, y como a Miguel Servet se le negaba la circulación de la sangre, etc. etc. Es verdad que, entre la comida del tren y aquella cena, además de la cerveza de la tarde, aquella picante *lápíán*, había yo bebido bastante, pero tantas maravillas vi estando sereno...

Acabada mi cena, encendí un cigarrillo y quise descubrir el contenido de la caja. He aquí el inventario: Un pijama de no sé que tela que me pareció seda, a juzgar por el tacto; unas zapatillas ligerísimas y suaves como guantes, que me parecieron de piel... de no sé qué animal; un cepillo de dientes, un tarro de polvos dentífricos; otro ídem de crema para la barba; un frasco de agua de olor - desconocido para mi memoria olfativa- ; unos peines, que me parecieron de asta; ropa interior, pañuelos... Pero ¡que bueno todo!

¡Buen país! -exclamé- Todo esto es de primer orden y dudo que en ninguna parte del Globo lo haya igual. ¿Quién podía hacerme aquel providencial envío? ¿Quién sino mi compañero de viaje, que me había visto sin equipaje? ¡Oh, amable, previsor, providencial amigo! Quien quiera que seas, yo te reverencio, y prometo hacer famoso tu nombre en mi patria.

Sosegado, contento, aunque sintiendo la fatiga del viaje, me acosté y me dormí, pasando sin darme cuenta mi primera noche *neolandesa*. Lo único que me inquietó, pero solo unos minutos, fue que no sabía cómo apagar aquella luz difusa que era como azulada neblina en el cielo raso de mi cuarto. Pero al fin encontré el intríngulis: corriendo el

botón hacia arriba, la luz se reducía a la mitad; corriéndolo hacia abajo, se apagaba. Dándome un beso en la punta de los dedos y estampándolo en la mejilla, me dije:

- Eres un hacha, Silverio. *Apái nitái.*

... ..

Me despertó el teléfono, y una voz que decía:

- Aló, aló. *Sórei nitái* (buenos días)

VIII. MI AMABLE CICERONE

Aquella voz sonaba en lo que llamaré el telebolífono que estaba instalado en la cabecera de mi cama.

Sórei nitái -correspondí- ¿Aló?

- Méndez *senior ello es?* -La voz era desconocida, y ya se ve que hablaba español con pintoresca dificultad.

- Si, señor, si. Yo soy.

- *Sórei nitái, senior. Dias buenas. Usted viniendo busco...*

- ¿Quién es usted, si me hace el favor?...

- *Góre bálía...policía comandante. Osted acompañando encargo... gore, dia toda yo...*

- Ah, gracias! Señor comandante Gore, si tiene la bondad de esperarme... poco, una media horita... Bajaré en seguida que esté vestido.

- ¡*Oh, ké, seguro puedo! Volveriendo media hora seguro...*

- Gracias señor.

- *Sórei nitái, senior, Dias buenas.*

- Hasta luego.

Pueden ustedes imaginar cuán deprisa me vestí, me aseo y descendí en busca del desayuno -detalle éste para mí muy interesante a las once de la mañana y en ayunas- y a esperar al comandante de Policía. Y no sé que pudo más en mi ánimo, si la curiosidad o el terror. Aquel oficial de la Policía quería acompañarme... ¿A dónde?

No dejé de pensar lo que hubiera podido ocurrir, lo que ocurrió sin duda: enterada la policía de mi entrada (subrepticia) en el país, guiado por un hombre de negocios que había dado a los guardianes tal vez, una contraseña en camelo, el famoso *bismaláh*, habrían prendido a mi introductor; éste, acorralado, no habría podido negarlo, terminando por cantar, y la policía sabiendo por él en donde me hospedaba, venía por mí.

Mal y de prisa ingerí no sé qué, aunque no me desagradó, a causa del hambre, y en eso vino el hombrecito del *comptoir* acompañando a un señor joven y de agradable apariencia. Era el comandante, *Góre*. Señalado yo a distancia, mi supuesto aprehensor vino derecho a mí. No vestía uniforme, sino el traje entre nosotros corriente, aunque no bien cortado, esta es la verdad.

Se cuadró ante mí, cortés y sonriente:

- ¿Méndez *senior*?

- Servidor. A su disposición. -dije levantándome

Me tendió la mano y le di la mía, no sin cierto pasmo de los finos modales que en Neolandia usaba la policía con los delincuentes.

- *Acompañar usted mandando jefe mío...*

- Pues cumpla usted con su deber: Lléveme.

Pero no me llevaba, ni dejaba de sonreír.

- Su jefe ... ¿Quién es, si puede saberse?

- *¿Mío jefe? Usted conoce. Viajando tren solos...*

- ¡Ah, si; mi amable compañero de viaje! Si, el señor... el señor... Bueno, no recuerdo si me dejó su nombre. Que me perdone, pero lo tomé por ... no sé, por algún viajante de comercio...

- Ah, *humor buena tengo jefe. ¡Persona grande!*

- Y... se llama?

- *A balai.*

- ¿Si? Y ¿Qué nombre es ese?

- *Policías Jefe A, primero. De todos primero arriba.*

¡El jefe superior de Policía! ¡Que gran honor para mi, haber sido acompañado por tal alto personaje! Bien, bien -me dije, rechazando mis temores- esto va muy bien.

- Y ¿a dónde quiere usted que vayamos? ¿ Qué es lo más interesante de ver?

- *Mandando usted.*

- Gracias, Pues vamos allá.

Y salimos a la calle. Una amplia avenida se abría ante mis ojos, animada de gente a pié. Ni un coche; ni tranvía; ni siquiera una humilde bicicleta. Los edificios, no altos, y todos, poco más o menos, rasantes, estaban agrupados en regulares manzanas, y en el centro de cada uno de sus costados, un arco daba acceso a un jardín, cuyas partes laterales estaban destinadas al aparcamiento de los autogiros y helicópteros *brilái* y *briélai*- que, así como en nuestra patria llevan las siglas S.P., allí llevaban pintaban un hélice, de tres aspas los *brilái* y de cuatro los *briélai*, insignia de sus respectivos gremios.

Numerosas tiendas de lujo vi, bien presentadas, y bares espléndidos, no muy concurridos aún porque en *Ákara* la gente se levanta tarde y ¿por qué no, si allí nadie hace nada? Me agradó ver el suelo tan limpio, con restos de humedad que sin duda provenía de un esmerado servicio de aseo.

No existía allí el problema, tan fastidioso, de la circulación, pues como el tráfico ciudadano y aún los más pesados transportes se hacían por los aires, el peatón era el rey de la calle... si pudiera haber tantos reyes como peatones.

En cambio, el cielo *ákárense* estaba como entretejido de aparatos voladores, vehículos rumorosos, y pude ver de día muchos más de los que la noche anterior vi. En lo más próximo, los de alquiler; sobre la mayor altura consentida a su vuelo, -¡con qué placer los vi!- volaban los *pélái*, que han dado tanto que hablar en todo el mundo con el nombre de “platillos volantes”. No pude calcular su tamaño, pero acaso no eran inferiores al ruedo regular de un circo. Se usaban estos platillos para el transporte en masa de viajeros y mercancías, maquinaria, en fin, cosas voluminosas y pesadas.

A mayor altura y menos frecuentes, rayaban la atmósfera los fulmíneos *lápei*, “platillos” de dimensiones gigantescas cuyo diámetro debía ser como el de una plaza de toros.

Estos aparatos hacían servicios rápidos interplanetarios, como ya diré. Le pregunté a mi guía cómo eran movidos unos y otros aparatos, pero su respuesta fue tan escurridiza y confusa que no entendí nada. No siendo cosa de algún líquido inflamable, yo le di provisionalmente el nombre de “energía etérea”, pero nunca conseguí saber la verdad.

Cuando le pregunté al comandante si no se trataría de energía atómica, se echó a reír, pues aquello hacía ya muchos años que se había olvidado.

De cualquier modo, ¡qué hermoso espectáculo! Mirando el suelo, la luz del sol se velaba y renacía temblorosa, como cuando bajo una arbolada de ralo follaje mecido por el viento se entretejen en el suelo movibles arabescos de luz y de sombra. Si en los primeros días aquel temblor me mareaba un poco, no tardé en acostumbrarme a él.

- ¿De dónde aprendió usted el español?

- *Nópagiana Ouaniversidad aprendió!. Bien no habla, Hum... Espaniol difícil!*

- Ah, pues le entiendo a usted perfectamente.

- *Gracias muy.*

Me aventuré a indicarle algunas correcciones, esperando que no le disgustaran.

- Observo que construye usted al revés y confunde los géneros...

- *Oh, eso jamás bien. Mi ya diciendo Békara Ouaniversidad profesor...*

- Y otra cosa: ¿por qué dice usted espaniol y senior, y no español y señor?

- *Letra no pudiendo decir enie neolandio hombre; seniora no tampo dice enie. !Difícil!*

- Y ¿por qué dice Ouaniversidad y no Universidad, que es como se dice?

Y él bajando la voz y casi al oído, repuso:

- *U sonando mucho malo. Feo cosa u. Gente mala diga u si enfadado y reniar. Pegando ¡vplaf!*

- Ya, reñir, insultándose. Ya me iré enterando.

Como pudo, y con la mejor voluntad del mundo me fue mostrando el comandante la capital; hermosa, pues aun en población dedicada a los placeres era su arquitectura insignificante, práctica sobre todo. Faltaban en ella edificios inspirados en la pura belleza arquitectónica y no vi tampoco ese complemento de esculturas que tanto suelen viajar en las tarjetas postales. Lo único que tenía algo de particular era el gran Estadio, y hasta las Casas Comunes y los ministerios o como ellos decían *sapirandai*, eran vulgares.

Me agradó la limpieza del suelo, a trechos húmedo todavía a aquella hora, como si hubiese sido regado por la mañana. Así - pensaba yo- como en tantas capitales del mundo civilizado, la limpieza de calles y plazas se hace en las primeras horas del día. Pero no, no era así.

El Góre me explicó el caso, y la verdad es que me hacía dudar si lo creería o no. Según él, llovía todas las noches, de las dos a las seis de la madrugada. Llovía... digámoslo así, municipalmente; en una montaña próxima, de moderada elevación, el Concejo Comunal tenía instalado un sistema de lluvia artificial -yo pensaba siempre en la energía etérea- y a las dos en punto empezaba a caer sobre toda la capital una lluvia no muy fuerte, pero sí persistente, que lo lavaba todo y regaba los jardines. A las seis cesaba de llover, y a las siete, brigadas del gremio del aseo limpiaban las calles, operación que terminaba sin falta a las nueve.

- Así -le dije- cuando los niños van a los colegios, ya está todo limpio, y no respiran el polvo de las barreduras y de las basuras de las casas...

- *Van niños colegiando no es; aquí no colegios; todos en Békára, allá.*

- ¿No hay colegios aquí? Pues ¿cómo?...

Sencillamente: los niños y niñas estaban todos internos en las Escuelas del Estado y los estudiantes de las Universidades también tenían sus residencias en *Békára*; y todo era gratuito. En *Ákára* sólo había gente que no teniendo nada que hacer, vivía en perpetua diversión. Por *algo* era aquella la capital de los placeres.

Como se aproximaba la hora de comer, quiso mi cicerone que fuésemos a almorzar en un refectorio en la montaña. En un aparcamiento próximo tomamos una ligera *bríla*. Observé que mi acompañante, aunque vestía de paisano... europeo, había de ser muy conocido; lo digo por los muchos policías que se le cuadraron en las calles y, sobre todo, por lo servicial que estuvo con nosotros el conductor del *bríla*, y que en un santiamén nos dejó en la cima, frente al establecimiento donde íbamos a almorzar. Ya nos estaba aguardando el *maitre*, muy cortés y ceremonioso. Comprendí entonces que mi cicerone era un personaje, así como entendí que el autogiro era de la *Bália*, o sea la policía.

Vista desde el aire a pleno día, la capital era de una uniformidad y monotonía desesperante. Desde la cima de la montaña se entreveía su confín hacia el sur y la capital contigua a *Békára*, confusamente. Al

pié próximo de la cima vi unos edificios de feísima traza práctica, moles de ladrillo verdoso, que remataban en unas como bocas de obrís apuntando al cielo. Eran las instalaciones comunales para producir a voluntad la lluvia artificial y también para ahuyentar los nublados inoportunos; así conservaban siempre sereno el cielo de `kára, pues durante las horas del día, la lluvia hubiera molestado a los habitantes de la placentera capital.

Allí estaba también la fábrica de aquel misterioso fluido, que yo llamaba etéreo y que, convenientemente envasado, se suministraba a toda máquina que se impulsaba por él, que era todo lo que pudiera denominarse máquina. El tal fluido no era inflamable, de manera que los motores no lo eran de explosión, sino de vibración -esto me dijo el Góre y de ahí no pasó- Este mismo fluido, empleado de modo diferente, producía aquella luz difusa y azulada tan agradable, sin bombillas u otra especie de lámpara, ni farolas ni cosa que lo valiera; del mismo fluido se servían para las proyecciones cinematográficas, y con él producían el agua de Seltz, que allí tenía un saborcillo que recordaba un poco al melocotón.

Estaba yo con todo esto como el paleta a quien se le enseña en Madrid el Palacio Real, o la casa de fieras, y extendiendo la mirada por aquel panorama sobre el que veía volar como enjambre de mosquitos los autogiros y helicópteros, de alquiler y particulares, quise saber cómo era la vida de toda aquella gente que daba muestras de tal sutil ingenio.

IX. PARTICULARIDADES NEOLANDESAS

Entramos, pues, en aquel restaurante, cuya gran sala estaba ya casi por entero ocupada por gente de toda condición... entendiendo que no hay en *Neolandia* gente ninguna con quien no guste de codearse una persona fina, porque allí está la gente clasificada por divisiones de escala social.

No hay gente mejor vestida que otra, ni de modales más o menos delicados, ya que un término medio es allí lo general y corriente; tampoco hay sangre azul, no hay lo que llamamos pergaminos, con lo que nadie puede darse pisto con las empresas de sus antepasados. Tampoco es aquello lo que solemos llamar “una democracia” sino una convivencia o república coronada, lo mismo que un panal; sí un panal, con la única diferencia -salvada la que pueda mediar entre las

personas y las abejas- de que así como éstas van uniformadas, las personas vestían allí según un gusto particularísimo, con lo que, sin saberlo quizás, vivían en un perpetuo carnaval.

Esto fue lo primero que noté cuando empecé a ver gente, antes en nuestro paseo, y ahora en el restaurante; si desde no hace mucho tiempo hemos empezado a ver, primero en las playas de moda, después en todas partes, gente vestida o a medio vestir con trapos de colorines, con aberturas caprichosamente concedidas a la piel más o menos recamada de vello, se diría que esa moda nos vino de *Neolandia* y que allí tomó estado permanente o clásico.

Para poder hablar sin levantar la voz, ya que hubiéramos tenido que entendernos a gritos para superar el *eterófono* ⁽¹⁾.

Pedimos un comedor reservado. Una mesita junto a un ventanal, una espléndida vista sobre la ciudad, silencio, y la perspectiva de una gustosa comida. ¿Qué más se podía desear? El paisaje, por lo que podía ver más allá de la ciudad, era bello, movido, suavemente montañoso, con vegetación otoñal, dorada y riente, vivaz y copiosa como la de los trópicos. Ahora, claro está, no me dejaba ver a mi gusto aquel enjambre volador que entretejía la luz y la sombra del cielo y la tierra.

Habíame agradado la temperatura, que allí según el Góre, no ascendía nunca más de 25°, así como no bajaba jamás de los 15°, temperatura ideal para mí, que siempre deseé vivir en un clima templado, ni seco ni húmedo.

- La primera impresión que su país me ha causado, -le dije al guía- es de algo así como un manicomio suelto. Una sola ojeada me ha bastado para ver ahí en uso kimonos, ponchos, sari del Indostán, sombreros mejicanos, túnicas del Turkistán, chilabas, camisetas, faldas, pantalones y demás prendas de vestir de todo el mundo. ¡Carnavalesco eclecticismo!

- No sé... ¿no vistiendo como eso en España?

- ¡No! -protesté yo- En España se ve algo de eso en la época de turismo, y en las playas imitan el ejemplo de los cursis.

- *Kórsiei? Aquí Korsiei llamando elias que bebió muy muy vino...*

- Ya: borrachos. Pues algo así me parecen esos señores que llevan afeitada la cabeza y se dejan un moñete en la cima; y esos que visten kimono y llevan sombrero cordobés; y esos que se tocan con un

⁽¹⁾ Nota de los editores: Superación neolandesa de la radiotelefonía.

pañuelo de pirata y visten faldellín a la escocesa... Y oiga: ¿veo yo mal, o las señoras enseñan el vientre con descote que nunca hubiera podido pensar? ¡Cuánto tengo que aprender en este maravilloso país!

Y lo que quiso comimos, que no sé lo que fue, porque todos los sabores eran nuevos para mi paladar, aunque nada me desagradó, a no ser el pan.

Lo notó mi comensal:

-¿*Pan ello no buen?*

- Oh, sí, sí..... Sólo que ¡es tan diferente del nuestro!

Estaba amasado no de harina de cereales, sino de fécula de una especie de patata *-náiai-* muy abundante en los bosques, más que las otoñales setas en nuestra tierra. No digo que no fuese nutritivo, pero su sabor recordaba el olor de la tierra mojada y la cola de carpintero. Apenas pude comerlo en todo el tiempo que viví en Neolandia.

Todo iba pasando con sorbos de aquel oloroso y fresco *é/a*, que animaba y ponía optimistas los ánimos más dados a la misantropía. Yo me estaba persuadiendo de que todo lo que comía era un producto del ingenio, todo artificial, y que ni la carne era carne, ni el pescado pescado, ni la ensalada otra cosa que una mezcla de sustitutivos de tomate, lechuga, etc. ¡Cuan adelantada debía estar la química en aquel bendito país!

Las más extrañas frutas -por cierto, mas gratas de ver en el frutero que de paladear- coronaron nuestro ágape. Y cuando llegó el momento del café, maquinalmente busqué mi pitillera y la encontré vacía. Lo notó el comandante y me ofreció la suya.

-Sí, gracias. He terminado mis cigarrillos. ¡Ay de mi, pensaba, si no me agradaba el tabaco neolandés! Pero sí, me agradó lo bastante para no temer contrariar al fumador empedernido que había en mí. Era parecido al filipino, aunque más suave y menos aromático, pero no era tabaco, sino aserrín de corteza de *xákai*¹ ligeramente narcótico, pero inofensivo. El *xácai* sólo se criaba en los grandes bosques del sur, al extremo del país.

Trajeron el café, que tampoco era café; yo lo quería con leche, pues esta era mi costumbre y ya añoraba el grato amargor de la achicoria, sin la cual -ya se sabe- el café no vale nada.

Hizo mi mentor una mueca dubitativa:

¹ Se pronuncia chácaé.

-Nópágia, no cáfi tomando.... prohibiciona leche de la vacas.

-¿Pues que fue lo que dieron esta mañana en el hotel? Porque yo hubiera jurado que era el clásico café con leche, y no este "cortado" de ahora que toman conspicuos "snobs" de bar, sino el verdadero y castizo café con leche que aun se toma en los pocos cafés que nos deja conservar el modernismo, ese nuevo tirano.

Sonreía el Góre y me aclaró la cosa; sabiendo el químico del hotel - *Matón-Kiki similié*- o sea el cocinero quimicante- "*que es usted español*", advertido por el Jefe, mi introductor, el buen hombre había compuesto aquel brebaje expresamente para mí, pero en el restaurante aquel no tenían ya tiempo de prepararlo.

-Bien, dije yo -por lo menos que me traigan un poco de leche-

-Leche no teniendo. No ordeniar vacas; es prohibido. Animalia no trabajar, ni no martiricear, ni no matando. Nada, nada, no.

-Ah ¿no? Pues dígame, mi comandante ¿y esos filetes de ternera que nos han servido?...

-Párenia llamando, vegetalia carne. Química mucho adelante estamos.

Confieso, amigos míos, que no solo me pareció ternera, sino que lo comí con gusto, mi paladar quedó halagado, satisfecho el estómago. ¿Para qué pedir más? Tan confuso quedé como maravillado, y desde aquel instante, renuncié en saber adelante lo que se me diera de comer y de beber en aquel país de ensueño.

Sorbimos aquel mixtificado café, y mi amigo, antes de que se lo preguntara, me dijo:

-Siendo es Kórelai, elai tuestas, la café neolandesia.

-Pues vamos con este bendito *Kórelai*, aunque sea sin leche.

Para darles a ustedes idea de aquel brebaje, les diré que era algo así como malta con coñac de taberna, un latigazo para toda la cavidad bucal. Se bebía tan caliente como se podía resistir y me aseguró el Góre ser aquella la bebida más sana y digestiva del mundo, imprescindible después de una buena comida.

Respecto de la leche y la carne, y aun el pescado, no consentían las leyes del país ordeñar vacas, ni ovejas, ni cabras, ni tener en establo a estos animales, ni caballos, mulas, ni asnos, ni criar en pocilgas cerdos, ni en palomares y corrales palomas y gallinas, ni aun comer los huevos de éstas estaba permitido. Tampoco se podía tener

pájaro alguno cantor y parlero en jaulas y, en fin, que ni aun molestos parásitos había que matar, porque todos eran igualmente respetables.

-Comer animalia, no ser, no poder. Osted come un manzano, un mecotelón, si queriendo, si. Pero un fruta como gusano tengando, osted no dejaran comer.

-¡Caramba! exclamé, por no echarme a reir.

Según me fui informando, la cosa empezó por una Agrupación Fiel de Protección de Animales, como las que en nuestro mundo conocemos. Pero tardó mucho tiempo en cuajar la idea en obra, y fue necesaria una revolución que ensangrentó las calles de las tres capitales. Destronada la reina de entonces, en fuga el gobierno todo, se llevó al trono de Neolandia otra reina -era sobrina de la destronada-. Esta nombro al nuevo gobierno y el primer cuidado de todos fue elaborar y promulgar una ley prohibitiva y condenatoria, y dar libertad a todos los animales..... excepto a aquellos que por ser más apegados a los seres humanos, no quisieron la libertad, pues sabían que la flamante ley les protegía contra la malicia de peines, uñas e insecticidas.

En esta gente menuda y aquella otra que no es percibida sino por el microscopio, no pensaron las Cortes. Llevaron en solemne procesión a todos los animales, hasta los del zoo, a la selva, a dejarlos vivir sus anchas, y si algunos medraron, otros intentaron un retroceso a la esclavitud, pues mejor estaban siendo mimados por la mano amiga que les daba el sustento diario, que cuando lo tenían que buscar en la selva.

En la comedia de Barbaazul de los Bufos, del gran Arderius -hay que atesorar alguna erudición para poder hablar de esto- cuando el ogro mujeriego decide abrir la puerta a sus mujeres, éstas, a voz en cuello y a unísono gritan: -¡No queremos la libertad!

Si, conformes, ya sé que este grito, en tiempos de lucha de ideas, era un ramalazo satírico contra los facciosos....y acaso también contra las fracciones liberales, mal avenidas. Pues algo de eso ocurrió con algunos animales, que intentaron volver a sus establos o cochigueras, y hubo que vigilar muy bien las puertas armando a los guardianes con ametralladoras; muchos de aquellos pobres animales murieron echando de menos su esclavitud y el calorcillo dulce de su propio estiércol.

A propósito de esta sabia ley, la Academia de Medicina y Veterinaria elevó una respetuosa memoria a palacio, en la que se decía mal de la secta vegetariana, y que sin comer carne y pescado la

raza iba a depauperarse y aun extinguirse por falta de proteínas. Al tenerse noticia de esta comunicación, hubo en algunos barrios otro conato de revuelta, que dio bastante quehacer, y no pudo evitar que lincharan a dos veterinarios y no recuerdo si 5 o 7 médicos, pero recuerdo que fueron impares.

A poco, la Prensa toda publicaban en primeras planas y caracteres gruesos un informe del Gremio Real de Progresos Químicos execrando aquello de las proteínas y patrañinas -son los sabios terribles cuando riñen entre sí- y exaltando las *ultraprioexcelprioiteitininas* pasteurizadas, cuyo poder nutritivo tenía esta equivalencia o *equimurecá*, que para el caso es lo mismo:

50 gramos de
ultraprioexcelprioiteitininas = a
2 kilogramos de lomo crudo

Además, este producto era mucho más caro, y ya se sabe que lo más caro es lo mejor.

Se estuvieron tiroteando los médicos y los químicos, y la Reina puso fin a la contienda que, aunque científica, empezaba a tomar cariz de ruído de lavanderas, y un decreto ordenó que la mitad más una de las tiendas de comestibles se cerraran, substituyéndolas por farmacias, con sólo cambiar unos géneros por otros. Protestaron los farmacéuticos, y la Reina -que solía decir en sus momentos de inspiración que "no aguantaba ancas de nadie"- atajó por decreto la nueva amenaza de discordia concediendo a los simpáticos tíos de ultramarinos el título de licenciados en farmacia.

Nueva protesta de los boticarios y una nota de S.M. a los periódicos, que cerró definitivamente la boca a los de farmacia: por cuanto para vender aspirina, bicarbonato y pastillas para la tos no constituía mérito señalado exhibir un diploma oficial, por cuanto los boticarios ya no sabían a ciencia cierta lo que vendían ni constaba a la Corona que entendieran la letra de los médicos. Por cuanto de vender a vender, no hay diferencia notoria. Por tanto, se suprimía la Facultad de Farmacia y quedaba substituida por la de Nutrición Química, amortizándose los anteriores títulos y adquiriéndolos los de ultramarinos con sólo hacer su inscripción en Mayordomía. ¡Señores, y que paso tan progresivo, el de la reina!

En adelante, no hubo mercados, ni verduleros ambulantes, ni pollerías, pescaderías, ni tocinerías y doble número de farmacias.

Ahora bien: el amigo *Góre*, guiñándome un ojo, me prometió que, si alguna vez quería solazarme y aventar la nostalgia del jamón serrano, con absoluta reserva, él me proporcionaría unas cuantas lonchas del que les decomisaban a los contrabandistas.

¡Acabáramos!, pensé, agradeciéndole con una media sonrisa el ofrecimiento -Hecha la ley, hecha la trampa.

X. EL MISTERIOSO FLUIDO

Salimos a respirar el aire de la tarde. Nadie pagó la comida; sólo oí que el *Góre*, al pasar junto al reverente *maitre d'hotel*, -dicho sea en francés para conservar el carácter del lugar y del momento- le decía por lo bajo:

- ¡*Bismaláh!*

Y dale con la palabreja. Ella me lo facilitaba todo. El sol, ya en declive, enviaba una luz ruborosa a la Ciudad del Placer. Desde la anchurosa explanada, contemplábamos la ciudad, toda coronada de aves metálicas, cuando mi amigo, levantando al cielo la mirada y haciéndome observar en él un nublado amenazador, se agarró a mi brazo y me dijo:

- *Osted suerte, muy teniendo, ké. Verá mágico espectaculeando. Maquinarias estas abajo secará las nubes, foá, foá afoera! No asustando. Osted mio fouerte agarrar. Psst. No nada, no nada.*

En efecto, unas nubes grises amenazaban tormenta. En menos que se dice, desaparecieron del cielo todos los aparatos voladores y los *brilái* y *brielái* se fueron posando en azoteas y plazas como pajarillos que barruntaran la tormentosa lluvia. Los más raudos, los de las zonas altas, desaparecieron en la redondez del horizonte.

Y cuando ya era seguro que ninguno de los aparatos podía estar en peligro, un ligero estremecimiento de la montaña, en todo parecido a un terremoto brusco y leve, comunicó a mis plantas como un cosquilleo y amplio *fú*, como un enorme escape de aire, de son profundo se dejó sentir. Instintivamente me agarré a un brazo del comandante, el cual me hizo seña tranquilizadora. ¿Qué sucedió? Aquel *fú* misterioso se repitió tres, cuatro veces en unos segundos.

Aquella artillería aérea de las instalaciones municipales de Ákára que tanto producían de madrugada la lluvia artificial como ahuyentaban de día las nubes importunas, había deshecho el nublado; se animó la tierra de fresca luz bajo un cielo sereno, alto, azul profundo y el único efecto raro que sentí fue cierto aumento en la temperatura, si es que todo aquello no fue fantasía provocada por las libaciones, vi la cosa más maravillosa de que el ingenio humano se puede afanar. Inmediatamente se volvió a poblar la atmósfera de aparatos voladores, y fue lo mismo que cuando cesa la lluvia salen de sus nidos y escondites las avecicas del cielo, piando y sacudiendo sus plumas alegremente.

Fuimos bajando, a pie, dando un paseo por la montaña. Todo era como un bien cultivado jardín, toda su vegetación era de tonos dorados, anaranjados, cobrizos, rojos, tal como vemos las frondas en el otoño. Pero no estábamos allí en esa estación. Me aclaró esto mi cicerone, diciéndome que en aquel país se había visto siempre las hojas de esos colores, y que causarían grande sorpresa verlas verdes, como le decía que eran en todas partes.

Vi muchas flores que nunca había visto, y únicamente reconocí las rosas y las azucenas; de modo especial me atrajo una flor grande colorado vivo, encendido, de esféricos y rizados pétalos, algo parecido a las peonías, pero más pomposa, más atormentada en su extraña forma.

- *Flora esta siendo "Mána sásórea", que ser Suspiro de la reina.*

Me acerqué a ella por curiosidad de aspirar nada menos que un suspiro real y quedé desilusionado: ¡No olía a nada! Olí otras flores, nada. Y lo mismo advertí en las rosas, en las azucenas y cuantas flores quise aspirar la caricia de su aroma. ¡Nada!

- *¿Que cosa mirando, senior Méndez?*

- No, no mirando, osé decir remedando el pintoresco castellano del Góre. -Oliendo sin oler.

- *¿Oler flores? ¡Báo! Olor no hay.*

En las floristerías, si encargaba un ramo, las perfumarían a mi gusto.

-¡Ah, desdichado país! reflexionaba yo. Sabes ahuyentar los nublados en pocos segundos; conoces el medio casi mágico de producir maravillas de todo orden; posees una organización perfecta, pero ignoras lo que es arrancar del suelo una violeta y deleitarte con su halo balsámico! - De ti hubiera dicho el Homúnculo todo lo contrario

de lo que a su Creador le dijo: "Lo artificial ocupa en ti todos los ámbitos, pero lo natural está quedando reducido a bien poca cosa!"

XI. EL APERITIVO

Cuando nos cansamos, un *brila*, elevándonos suavemente, nos depositó en el centro con jardín de una manzana céntrica. Continuamos nuestro paseo por la capital y también nuestra charla. A la verdad, yo estaba un poco preocupado por entretener al *Góre* tantas horas, aunque bien sabía que el Jefe de Policía me lo había enviado para que me acompañase.

Él mismo me tranquilizó luego: su servicio había sido cumplido ya, como todos los días, de ocho a diez de la mañana. Corto servició - pensé- poco trabaja aquí mi comandante de la *Bária*. Pero él, como leyéndome el pensamiento, continuó en su medio lengua:

- *Trabajando Góre, horas dos. Terén (capitán) dos horas él así. Sália (teniente), dos. Bálinái (los demás de su cuerpo) dos horas élías. Más báo, no, nadie más todos.*

-¿Cómo es eso? ¿Aquí sólo trabaja la gente dos horitas? ¡Hermoso país, oh padre Adán; aquí nadie heredó la terrible sentencia que Jehová te voceó a las puertas del paraíso!

Me pareció que el comandante no entendía mi apostrofe. Un *Góre* (ahora caía en la cuenta de que esto no era su nombre, ni su apellido, sino la designación de su cargo), un capitán, un teniente, sargento, cabo, guardias..... allí todo bicho viviente, como humano, sólo tenía dos horas de trabajo al día, y esa era la jornada de todo el que trabajaba. ¡Si se enteran los laboristas asaltan el país!

- *Ello mejor entendiendo cuando Cékara verías osted. Aquí...humm, gente poca trabajando. En generalia, nópágiái, más divertir viviendo, más no, más no.*

La temperatura, evaporado aquel fluido misterioso que ahuyentó el nublado, descendió dos o tres grados. Pero el largo paseo me dio sed. Coincidiendo en esto conmigo el *Góre*, él mismo me condujo a un establecimiento que aquí llamaríamos café o cervecería, pero allí tenía otro nombre. Éstos se llamaban allí *Nóstéi*, plural de *noste*, lugares de diversión.

El que mi conductor eligió, según el ostentoso rótulo de la fachada, debía ser de lo mejor, y se titulaba:

NÓPÁGIAN KÉPRÁNNA

Que quería decir El Paraíso de *Nópágia*. Esto es, el de toda nación, nada menos! Mucha pretensión me pareció de parte del dueño, empresa o lo que fuere, la de rotular tan ampulosamente aquel elegantísimo tugurio -ya ustedes me entienden-, pero el comandante, al tiempo de posesionarse de una mesita en la terraza entoldada, me aseguró que no había en ella exageración.

Aquel establecimiento éralo todo para la vida lujosa y placentera del público *ákárense*, bar, café, confitería o pastelería, restaurante, hotel, con cinematógrafo (o sea *biro-pátkei* imágenes ver), salón de baile, sala de juego y local de conciertos, de espectáculos coreográfico-musicales, o sea ballets, en fin, de todo había allí, sin faltar nada.

¡Ah, se me olvidaba: los jueves daban globitos luminosos... de lo que, por cierto, tengo mal recuerdo, como ya diré.

Un mozo vino a nuestra mesa, se cuadró ceremonioso ante nosotros -y no precisamente por mi, claro está- y recitó de corrido una sarta de beber, comer y arder, de las que no entendí nada. El comandante reflexionaba, sin decidirse a pedir ninguna cosa de aquellas; el no podía saber qué se acostumbraba a beber en aquella hora -las seis de la tarde- fuera de su país. A mi vez, le recité una retahila de nombres de tisanas o infusiones aromáticas, de licores, de vinos ligeros, pasteles, bocadillos, mariscos, empanadas, calamares *alla romana*..... Le vencí, le abrumé y con ello le di idea de lo ricos y fantaseadores que aquí somos en apetitosas fruslerías. Y por mi parte, preferí cerveza.

¡Válgame Dios! Y que sospechoso líquido nos dieron. ¿Han bebido ustedes alguna vez caldo de garbanzos y altramuces sin macerar? Pues yo creo que fue eso lo que nos sirvieron.

Se iba animando de gente la terraza, era un público, acaso, distinguido, pero que, como ya había observado en donde habíamos almorzado, parecía ir despreocupada disfrazada. Buscó mi juvenil curiosidad caras bonitas y no pude quejarme en aquella mi primera exploración en el campo de la belleza femenina... entiendo por campo el breve espacio de aquella terraza. Yo había formado buena opinión de la buena apariencia de aquella raza y, a medida que la iba conociendo me parecía mejor. Recordaba un poco la raza egipcia... si pintura y relieves nos legaron con fidelidad su imagen.

Se acercaba la noche y la rosada claridad crepuscular se iba fundiendo con otra, azulada, que iba esparciéndose con suavidad por la atmósfera. Era aquella luz famosa que tanto me estaba interesando y cuyo misterio me atraía tanto más cuanto que no tenía base de conocimientos científicos para entenderlo.

-¿Es algo etéreo? -le pregunté al Góre, i él sonreía y denegaba. - ¿Es algo atómico? -¡*Pouah* -hacia él- la era atómica ya pasó a la historia para nosotros.

-Pues, ¿qué es, entonces? -y el, mirándome con cierta sorna, acabó por decirme:

-Es... el genio de mi raza. Pero, hablemos de otra cosa.

Y empezó a explicarme el régimen de su país.

Aunque régimen de historia muy dilatada, era un Matriarcado. ¡Nada menos! Les gobernaba una reina, a la sazón la reina *lánnéia* -que quiere decir mano dulce, o suave, lo que la comprometía a gobernar con bondad. Pero no es que fuese reina como en otros reinos - Inglaterra, Holanda, a falta de Herederos varones de la Corona, no, sino que la Constitución no admitía reyes, y sólo con gran dificultad, regentes, a ocupar el trono de *Nópagia*.

No se la consentía casarse, y las herederas procedían de sus hermanos. Suyos o de primos hermanos, o...en fin, de los parientes más próximos.

Lo mismo que la reina, mujeres eran las ministras, consejeras, subsecretarias y directoras generales, y aunque todas estas sí podían casarse, o ser ya casadas antes de entrar a regir uno de estos departamentos, en igualdad de circunstancias eran siempre preferidas las solteras.

-¡Extraña condición -exclamé sin contenerme- de vedar a la reina y estorbar a sus consejeras el ligarse a un hombre con el lazo matrimonial! Pero de pronto me di cuenta de que eso no tenía gran cosa de nuevo, y que en civilizaciones muy antiguas se habían visto aún cosas peores.

Pero no acababan ahí las que mi amigo me contaba. Todas aquellas jefaturas y subjefaturas departamentales, estaban ocupadas por mujeres; en cambio les estaban vedadas las profesiones liberales como la medicina, la abogacía, por quedar probado -y no sin escándalo- que no les era hacedero separar del ejercicio profesional la ternura de su corazón, y así como su viva imaginación les hacía encariñarse a las médicas con los enfermos jóvenes y guapos, a las

abogadas les ocurría algo parecido con los delincuentes apuestos y de cabellera ondulada.

Se pasó este derecho de ejercicio a los hombres, y aunque también había enfermas guapas y reas de buen ver, disminuyeron muchos las enfermedades y los pleitos.

-Mal negocio, entonces -interrumpí- para las médicos y las abogados.

-No -me contradijo el amable *Góre*- porque el Estado les subvencionaba con esplendidez para que realizaran el ideal, sin fraude, de sus profesiones respectivas: un perfecto estado sanitario, y el más absoluto respeto a la Ley.

-Pero...¿qué sé yo! Una epidemia, un caso de interpretación de la Ley... Mil cosas que...

-Nada de eso. las epidemias vienen siempre de afuera, y la gran barrera sanitaria de nuestras fronteras les cierran el paso. En cuanto a las leyes son tan claras y perfectas que no necesitan interpretaciones.

-Pero, -argüia yo- a mí no me desinfectaron cuando entré anoche...

-*¡Osté no sabiendo! desinfecta hecha con vino de la cena y con agua bañando esta mañana.*

Todavía hubiera yo remachado mis argumentos y bastaba con recordarle su ofrecimiento de jamón serrano, pero callé por no enfadarle y porque todos los *tiquis miquis* de una controversia como aquella, no valía ni aun una lonja del oloroso pernil prometido. Y después de todo ¿qué se me daba a mí de la inmoralidad de aquella gente, que no me inspiraba mucha simpatía?

XII. MI CENA EN EL PARAISO

Todavía dimos otro paseíto por el centro de la capital, y llegada la hora de comer volvimos al Paraíso aquel, pues me había prometido mi cicerone ver maravillas de la vida nocturna *ákárense*.

No diré que fuese nada la cena, porque estaba convidado, pero informado como estaba del artificio con que todos, manjares y bebidas se fabricaban, comí y bebí con cierta prevención; a cada plato y cada traguito ponía los ojos en blanco, para tener contento a mi comensal y, de paso, agradecerle su convite.

Un plato de falso pescado de sabor nomás fino que la sardina estaba condimentado inconfundiblemente con ajo. ¡Bien lo conocí!

-¡Ah, amigo mío no me irá usted a negar que esta salsa tiene ajo! Lo conocemos de lejos los españoles y es especia que alabó el Católico Fernando de Aragón.

-*Sí, es, sí. Ajoí diciendo él. Pero no de España venir. De Haití traer.*

-Ya, ya; y hasta aquella isla llegan los ajos españoles. ¡Qué me va usted a decir, si es amigo mío el que los exporta! Y ¿quiere usted más prueba que llamarlos *ajoi* que, o soy yo el mas negado para entender su idioma o es el plural de ajo, una de las palabras más sonoras y expresiva de la lengua de Castilla?

Saboreé los ajos españoles con la alegría del que, sin sospecharlo, se encuentra lejos de su patria con un amigo de la infancia.

Pasamos a otro plato , que ya recuerdo cual fue. El consabido *éla*, que era como el chianti del país iba rociando cuanto nos sirvieron, y no pude negarme a probar el tan acreditado *elaprófolá*, que según el Jefe, aventajaba al mejor champaña francés.

Espumoso sí lo era, gracias a la soda añadida a *sifonazos*, y frío no menos, ya que un diminuto iceberg flotaba en las copas. Pero yo prefería el *éla* mondo y lirondo, tintillo y oloroso, con aquel picorcillo estimulante. Pero como no alabar el *práf*, si el *Góre* lo ponía por encima de la famosa Viuda francesa y sus herederos?

Pero no les he dicho a ustedes lo mejor, y es que nuestra cena estuvo amenizada con el más extraño jazz que cabe imaginar; al oír por primera vez aquel estruendo, creí que algún *péla*, o acaso un *lapé*, se había desplomado desde el cielo haciéndose añicos en la azotea de aquella casa.

-*¿Ocurriendo ello qué, senior?* -me preguntó el *Góre* al ver que me puse de pié sobresaltado? - Nada, nada. Es que...¡Caramba con el Jazz, me ha cogido de sorpresa!

¡Santo Dios, que baráúnda! Miré hacia tal cencerrada sonaba y no pude reconocer ninguna de los instrumentos por su forma ni por su extraño son. Mas, eso sí, entre aquellas armonías...vamos al decir, creí reconocer una melodía ya en otras ocasiones oída, sin acertar de pronto cual era y en donde la había oído. No tardé, sin embargo, en reconocerla, a pesar de su atronador disfraz, bien como a un amigo disfrazado se le reconoce a distancia por su modo de andar. Era aquello una monserga compuesta... descompuesta diré mejor, sobre un *lied* de Schumann.

-¡Ah, piratas -mascullé- así es como se inventa la música nueva!

No pequeño esfuerzo me costó disimular mi indignación al oír desfigurada, disfrazada de mamarracho la tan bella canción , sobre todo cuando vi que algunas parejas abigarradas en su vestimenta salían al centro del salón a mecerse sin el menor respeto del ritmo que el inventor de aquella pieza despedazada había elegido para ella, después de haber robado con tanto descaro la melodía famosa. Yo ya sabía que este mismo robo en despoblado cometido con todos los agravantes, había ocurrido en otra parte infinidad de veces, sin que ninguna ley castigase el vergonzoso desmán; y hubiera gritado ¡al ladrón! pero no sabía aun decirlo en *neolandés* y me callé.

Y todavía refunfuñaba, ocultando como podía mi disgusto, cuando me sorprendí cuando vi que una joven y hermosa señorita se dirigía a mí, sin poder adivinar su intención. Su paso, lento y cadencioso, su linda sonrisa, la mirada risueña que en mí se fijaba, me hizo estremecer. El *Góre* me dijo:

-*Oh, espaniol teniendo suerte mucho.*

No cabía duda: aquella gentil mujer se proponía sacarme a bailar.

Y me puse de pié, mi amigo hizo lo mismo estirándose y cuadrándose como lo hubiera hecho ante su Jefe, y la señorita me dirigió unas palabras en *neolandés* que por lo bajo me tradujo mi guía:

-*Osted bailando con elia. Prá, prá.*

¡Qué remedio! Me dejé enlazar, me dejé llevar a la pista y bailé, - Schumann me lo perdone- al compás de aquella música, como un perfecto asidua a las *cenas bailantes* del El Paraíso. Ella seguía hablándome con cierto entusiasmo, conduciéndome a su antojo, pues bien se comprenderá que en un matriarcado la mujer es la que manda e impera en todos los órdenes de la vida...menos aquellos en que hay que sacar las castañas del fuego. Como no la entendía, solamente podía sonreírme y dejarme zarandear con docilidad, y para que no me creyera mudo le decía:

-*Nópágianie lápiké báó* (no entiendo el *neolandés*).

Puso mi pareja redondos los grandes ojos, admirada de oírme hablar su idioma, arreció su charla con animación creciente. Pero yo no podía contestarla sino: *lápiké báó lápiké báó*. Español.

-*Oh, espannniol!* y me apretó sin cuidarse de que su abrazo fuese observado por la gente que con sonriente curiosidad nos miraba. Más apretada a mí desde aquel momento, repetía aquella palabra: -

Espannniol, espannniol! Espannniol pároa pároa. Espannniol pároa, pároa, pároa! Y yo repetía: -Lápiké báo.

No sé si la piqué o no, pero me pareció que sí cuando, acabada la murga del endemoniado jazz, me llevó a su mesa y tomó asiento a ella, diciéndole no sé qué cosas al Góre y dirigiéndome miradas incendiarias. Tanto repetir *pároe, pároe* quería decirme que repitiera la palabra español a causa del vivo placer que le producía oírme pronunciar la Ñ.

El amable Góre nos preentó:

- *Sñorita Máyan Kélia, subsecretaria Congiarios Subsistenciales Departamento.*

¡Anda morena -me dije- has estado bailando con un personaje del Gobierno!

-*El senior Méndez, novelista espaniol.*

Nuestras manos se apretaron y ella retuvo la mía en tanto me decía lo que yo hubiera querido entender y no podía. Continuamos la cena juntos. Ella hablaba, hablaba, hablaba. Y reía con tanta gana, que el *pendentif* -una rica joya- que ocultaba su ombliguito saltaba y se estremecía sobre su aplastado abdomen, como participando de su alegría.

Otra vez y otra me sacó a bailar, sin cansarse nunca en su alocada charla; me pareció que se divertía de veras. Y más se alegró de que, al fin, recuperando yo mi papel activo y hallando un ritmo que conocía mejor, la conduje yo en torbellino de vueltas y revueltas, deslizándola aquí, llevándola en volandas allá, dándola a entender que los *espanioles* no nos dejamos llevar por la mujer... a lo menos cuando con ella bailamos.

De nuevo a la mesa, brindamos con *elaprófela* -y bien advertí que la señorita Subsecretaria me dedicaba los sorbos. El pobre comandante debía de estar muriéndose de envidia; el no bailaba -me dijo- por razón de su cargo y de su profesión, como por igual cosa no le estaba permitido jugar ni emborracharse.

Seguro que los del jazz supieron mi nacionalidad, porque me dedicaron una versión entre pirotécnica abracadabrante del pasodoble "Gallito". ¿Qué mejor para obsequiar a un español que una marcha torera?

Pero no quieran saber ustedes cómo despedazaron aquel pasodoble famoso del Maestro Lope. Cuando, a Dios gracias, acabó

la fantasía *líricocatastrófica* hispanoneolandesa no solo tuve que levantarme a saludar sino que hube de salir "a los medios" y después envié a los del ruido. Una voz gritó:

-*Kéjiro, kéjiro, kéjiro.*

Mis ojos interrogaron al Comandante.

-*Bailando usted pedir ellos todos.*

Debí de poner cara de espanto.

¿que baile yo?

Comenzó de nuevo la gente a patear -que esa es su manera de aplaudir- y esta vez hasta la señorita Mayán Kélia gritó:

-*Kéi, kéi ánela* (mil veces sí) ¡*Kéjiro, kéjiro!*

Para *jiro* -pensaba yo- el que está tomando esta juerguecita paradisíaca. No tendré otro remedio que bailar; esta gente, cuando quiere una cosa toma muy a mal que no se la complazca. -Así me decía el amable *Góre*.

Resistíame yo cuanto podía, haciendo profundas reverencias, puesta la mano sobre el corazón, pero el publiquito no cesaba de patear y de repetir *Kéjiro, Kéjiro*, a voz en cuello. Se me ocurrió como postrera defensa contra el ridículo, ya que me parecía lógico que pidieran baile *español*, argüir que no teniendo castañuelas no podría "marcarme unas sevillanas" a mi gusto y con el respeto que aquel casi rito andaluz se merecía. Con esto me sentí salvado.

¡Vana ilusión! Porque al enterarse los del jazz, vino el del ruido a ofrecermé unas castañuelas de orquesta de esas que se tocan como una campanilla, y ya no tuve excusa. Yo las tomé, probé a tocarlas y, aunque mal, daban un poco de repiqueteo. ¡Qué remedio! A bailar y sea lo que Dios quiera.

Me planté en medio de la justa, hice un desplante flamenco -¡cuanto me alegré de que no me vieran desde España!- y el maestro debió de entenderlo, porque levantó la batuta... y empezó a sonar aquello.

Y ¿qué era aquello? se preguntarán ustedes, pues aquello, si no lo era, parecía la "habanera" de "Carmen"... convertida en fox. Hice de tripas corazón y me arranqué por... ¿cómo diré? por carmelinas, pues tuve que improvisar sobre aquel epiléptico ritmo tales giros, desplantes, molinetes, zapateado, carreritas, pases de muleta y clavar de banderillas en el aire, todo ello acompañado de algún *racatrac* de castañuelas, que no había más que pedir.

La gente rugía, pateaba de entusiasmo, me gritaba algo que debía ser para jalearme. Y en lo más febril del baile unas voces, otras, otras y otras, hasta gritar todas:

-*Mouá, mouá, mouá!* Era como si una manada de toros, o más bien de orondas vacas, descendiese mugiendo por la montaña al valle. Sí, no me cabía duda: era un sonido que me sonó a burla intolerable de aquella gente borracha y desconsiderada. Todos reían. Miré al *Góre* y a la linda Mayán y no pude entender porqué reían ¡ellos también!

Indignado, sintiendo como si todo el *élapráfola* de mil demonios se me hubiera pasado a la sangre que ardía en mí, golpeándome en las sienes, agarré una silla y la tiré a la cabeza de un gordinflón a mí cercano, que era de los que con más ardor gritaba *mouá, mouá* y pateaba.

¡Y allí fue Troya! Comenzó la batalla aérea, los gritos, silletazos que al mío respondieron; y, como si yo hubiera dado la señal de dar comienzo a las hostilidades, en un momento quedó el salón convertido en campo de Agramante. Botellas, copas, platos, mesas, espejos, hasta instrumentos de la murga, se hacían añicos después de volar por el aire del salón.

Por fortuna no ocurrió como antaño en los castizos bailes del candil, no se apagó la luz en lo más enconado de la pelea, con lo cual todos pudimos vernos las caras, unos sangrando por las narices, otras con chichones y ojales en la piel, y trajes hechos jirones, señoras desmayadas o con estridentes ataques de nervios... ¡un horror!

El buen *Góre* había desaparecido, pero fue para reaparecer seguido de un pelotón de guardias con la careta antigás puesta, los cuales irrumpieron como tromba armados con unas como jeringas de las que usamos para pulverizar insecticidas, y con tal celeridad y acierto obraron esparciendo por el aire no sé qué líquido estupefaciente, que en menos que se dice ninguno de los que armamos aquella camorra pudimos dar cuenta de nuestra conciencia ni de nuestro ser.

De mí sólo diré que no volví del sopor hasta el día siguiente, hallándome en mi cama del hotel, sin saber quien me llevó allí, y me cambió la ropa, me acostó, me vendó la cabeza cuyas heridas o chichones me dolían bastante, por cierto. Estaba peor que cuando despertamos de una pesadilla, pues el despertar nos tranquiliza, y entonces me dolían los golpes y magulladuras, pero aún se me agravaban recordando la bronca de El Paraíso.

No quise pedir el desayuno, ni tenía fuerzas para ello, no lo hubiera podido hacer aunque quisiera. A lo más pude alargar de los dos

brazos el que menos me dolía y alcancé el manual de conversación y busqué en él las palabras necesarias para pedir que viniera alguien a mi cuarto.

Fue innecesario mi estudio, porque sonaron los nudillos de alguna persona que llamaba por el boliteléfono.

-Aló, aló... y no sé lo que me dijeron desde abajo.

Yo, malhumorado, contesté:

-*Saribando beneplácito ja-jay* -que no es *neolandés*, sino puro camelo- y no dije más.

No habían transcurrido cinco minutos y ya un botones entró en mi habitación:

-*Sórei nitái.*

-*Sórei nitái* -respondí como un eco lejano y perezoso. Y aquí vino una sarta de palabras que tanto me daba oír como no. Sólo contesté:

-*Ké, ké, taripán* -o sea, sí, sí, gracias.

Como el muchacho debió de darse cuenta que no le entendía, por señas me preguntó si quería desayunar.

Por no hacerle pagar a pobre chico mi avinagrado humor, le dije:

-Macatrún, macatrún sacái,
a mi me gu'tan lo' moso' de Cái
y olé!

Y no me negarán ustedes que esto, a primera oída bien pudo sonarle a *neolandés*, salvo aquella fatídica U, que me cuidé bien de ocultar a sus castos oídos.

XIII. LA DIGESTION EN LA CAMA

Me dejó el botones sobre la cama un abultado sobre lacrado donde venía mi nombre correctamente, mis señas en Madrid y hasta el número de mi teléfono. No tardé en comprender que el Jefe de Policía había dado a copiar mi tarjeta a algún taquimeca escrupuloso, el cual, para ser exacto en el cumplimiento de su deber no omitía detalle.

Rasgado el sobre -en cuyo reverso un sello en seco rezaba: *NÓPÁGIAN BÁLIA KÁ BIO* (Jefe de Policía *neolandesa*), vi un diario

doblado en cuatro y una carta, escrita a mano con letra grande, hermosa y muy esmerada. Venía sin firma, pero bien entendí cuya era la mano que me la enviaba junto con el diario.

En éste, recuadrado por trazos de lápiz verde, vi un artículo y, en medio de él, mi retrato. No era de fotografía -que ya en Neolandia había pasado de moda- ni podía serlo puesto que a nadie le di mi retrato, sino dibujado, algo caricaturesco y -¡esto me contrarió muchísimo!- tocado con una absurda montera de torero. A primera vista me parecía algo a El Espartero -¿lo recuerda alguno de ustedes?- pero el dibujo no dejaba de tener alguna semejanza conmigo.

Empecemos con la carta que, copiada a la letra -pues por casualidad pude conservarla- decía:

"Señor don Silverio Méndez y Palacio. Amigo novelesco: entre escribir novelas y vivirlas hay mas trecho que del dicho al hecho. Lo digo porque lo de anoche no debe repetirse. El que padeció los desperfectos causados por su imprevisible actitud y los lesionados (todos los cuales me han presentado sus quejas), han sido comprensivos y perdonan. Perdone usted también y sepa que *mouá, mouá* no es palabra que imitando el mugido del buey, pueda tomarse por un insulto, sino expresión admirativa y halagüeña para el que la recibe, y equivale a algo así como el castizo viva tu mare. Creo que estaba en su punto en aquella ocasión. Los vidrios rotos... y lo que no fueron vidrios, los ha pagado a toca-teja la Delegación de la *Deuda Fortuíta*, y esta noche todos podrán decir: aquí no ha pasado nada. Los chichones, rasguños y contusiones se irán curando y se darán puntadas a los vestidos rotos. Póngase a menudo compresas en donde las necesite y créame: no sea impulsivo con esta gente que sólo quiere divertirse.

"En ese número del *Sóreo Próelo* (Diario de la mañana) verá un artículo elogioso para usted y espero que le endulzará los malos tragos de anoche. Y quédese en la cama, donde se está mejor que en las mazmorras de la prisión. Una última advertencia: por si acaso no vuelva a poner los pies en el Paraíso.

Un buen amigo."

¿De quién podía ser esa carta sino de la misma poderosa persona que me había introducido de contrabando en Neolandia, que me metió en aquel hotel, donde la policía me tenía seguro; que hizo depositar todo mi haber, que era una manera de atarme de pies y manos.

Recordemos que, además, en el sobre que me enviaba, el sello oficial le delataba, tal vez por descuido.

Pero, ahora, agárrense ustedes, que ahí va la traducción literal del artículo que me ponía en evidencia ante los neolandeses:

"Nos visita el novelista español señor Silverio Méndez y Palacio.

Anteanoche llego a nuestra ciudad, debidamente autorizado, el gran novelista cuyo nombre honra esta página, escritor tan destacado que ha optado en dos ocasiones al Premio Nobel. Viene como embajador cultural y a darse una vuelta oficial por nuestro país, visitando las tres capitales y las principales bellezas *neolandesas*.

El señor Méndez y Palacio es autor de varias novelas, entre las cuales figuran Feliz Edad (No. Felicidad, que no es lo mismo aunque se le parezca), Policía en verso (¡Hombre, Pólice Verso, escribí yo!), El porqué de los tirantes (¡Qué barbaridad: El Parque de los Tritones !) y otras. Es además el Sr. Méndez y Palacio conocidísimo en todo el mundo culto por sus obras de alta filosofía como la Historia de las Idas Estáticas en España, la de los Etéreos Dogos Españoles (¡que enormidad, señores!) y otras que lo elevaron a la presidencia de la Historia y la Dirección de la Biblioteca Nacional. Es, además, individuo de todas las otras Academias y fundador de la Escuela de Tauromaquia de Carabanchel. Como buen español no abandona la capa con que, en su mocedad, compartía con Gallito y Bellamonte sus éxitos taurinos.

Séale feliz la estancia en Neolandia a tan ilustre huésped".

Las magulladuras de que me plañía no me dejaban reír a mi sabor leyendo aquella bárbara traducción que de tal artículo debió de hacer en mi obsequio un osado intérprete. Entre los datos que dio, sin duda, mi introductor y lo que pudo sacar de media docena de apéndices de enciclopedias, allá pergueñó el articulista un esbozo biográfico que dejaba al glorioso Menéndez y Pelayo peor mil veces que a mí. ¡Así se escribe ...la Biografía!

XIV. ROSAS DE MAYAN KÉLIAN

Naturalmente que aquello no mejoró mi estado de ánimo de aquella mañana. Ni me levanté ni hubiera querido salir a la calle tal como

estaba, aunque de pasearme con la cabeza vendada no hubiera parecido chocante allí donde cada cual salía como le venía en gana.

A la tarde tuve dos sorpresas: la primera un espléndido ramo de rosas, prendidas con un lazo de nuestros colores y una tarjeta al lado pegada en la que leí:

Máyán Kélia

Sápiránda Péráika Tetilén Xárifela Sábineia

o sea palabra por palabra traducido:

Subsidiales Congriarios Debajo Ministra Departamento. La repartidora de donativos en efectivo en metálico se acordaba de este humilde servidor de ustedes y me obsequiaba delicadamente.

La tarjeta, con cantos dorados, -¡oh prodigado *lá!*- venía rubricada con mano firme, lo que me pareció ser signo de que la gentil Subsecretaria no padeció, en la batalla de la pasada noche, desperfecto en la integridad de su persona.

La otra sorpresa fue la visita del *Góre*, y la agradecí mucho. Vestía de uniforme porque le tocaba estar todo el día de vigilancia.

-¿Qué es, entonces, de vuestras únicas dos horas diarias de servicio? ¿hay moros en la costa?

-Mías son horas recuperables (*sóreák Kérateci*)- me aclaró.

Pero era una vigilancia... relativa; se podía pasar el día como dicen que duermen las liebres, con un ojo abierto.

-No *Góre* precisa siempre vigilando.

-¿Qué dice usted -salté yo, nervioso- ¿No precisa? ¡Precisa!- ¡Válgame Dios! ¿Hasta la lejana Neolandia ha llegado el amaneramiento de decir precisa por necesita, que es como se debe decir?

-¿Precisa diciendo no bien?

-No, mi querido *Góre*, no bien diciendo, sino mal diciendo y estropeando nuestra hermosa y limpia lengua con estúpidos modismos. Una cosa es necesitar, sentir la falta de algo, y otra es precisar, fijar con exactitud los caracteres, la forma, las dimensiones, las cantidades de algo. Y poco se me da que algunas plumas que

obtienen más respeto del que ellas a sí mismas se guardan escriban precisar por necesitar y otras lindezas del mismo bastardo linaje ².

-*Bien, senior; yo necesita diciendo más allá.*

-Y España se lo agradecerá. Tampoco es cosa pasadera ese abuso de gerundios con que salpica usted las oraciones. Yo le entiendo, claro está, y nunca le agradeceré bastante los esfuerzos que hace para hacerse entender por mí.

-*Gerundiando a mi no entienda. ¿Qué, gerundio?*

-¿Qué es gerundio? Es el tiempo de los verbos acaso más difícil de usar con oportunidad, pero sin el cual no se podría dar principio a las comunicaciones oficiales, ni se llegaría a dar forma elegante a las sentencias sin sus naturales considerandos y resultandos. Tiró de diccionario de bolsillo el buen *Góre* y buscó en ella la palabra equivalente.

-*Ge, ge, ge...gerundio no estando entendido bien osted. Neolandés todo gerundiando decir verba.*

¡Acabáramos! Es que los verbos *neolandeses* gerundiaban como nuestras Gacetas. Pues ¡adelante con el gerundio, qué remedio!

Dejándonos de *tiquis miquis* gramaticales a los que había inclinado mi mal humor, hablamos de otras cosas. Me puso en claro lo sucedido la noche anterior en El Paraíso: no entendía aquella alegre gente porqué yo al oírles berrear *moá moá*, para ellos equivalente a un requiebro, arrojé primero una silla y seguidamente cuanto encontraba a mano. Ellos, al principio, pensaron que se trataba de una costumbre humorística española, pero al sentirse heridos y contusos respondieron en igual forma, y la *Bália*, armada de gases soporíferos (x 3 *márei*) acabó con la trifulca en un momento. Sus hombres me trajeron al hotel, me curaron y vendaron, me cambiaron de ropa, me acostaron y arrojaron... y no pasó más.

Naturalmente, después de llevar a su residencia a Máyan, no tuvo más remedio que dar parte a su Jefe -que se rió a sus anchas- de lo ocurrido, y le ofreció escribirme las letras de que antes les hice a ustedes puntual traslado.

La *Sápiránda Péraica* etc., había corrido con los gastos y también estaba encargada de mi curación y de procurarme un traje nuevo,

² Con perdón del autor, creemos que exagera. Escritores famosos como Cervantes, Lope y tantos otros, escribieron más de una vez precisa por necesita. Don Julio Casares tiene la palabra. **Nota de los Editores.**

pues bien vieron los descosidos y sietes tan honrosos como los lambrequines que fueron trofeo de gloria en las viejas justas...

En esto estábamos cuando se presentó un médico (pagado por la susodicha *Sápiránda*); me examinó de arriba abajo, ordenó nuevas compresas y ...¡aspirina!, y hasta más ver.

Soréi nitác, y a otra cosa.

XV. MAYÁN ME CORTEJA

Otra vez solos el *Góre* y un servidor de ustedes, mi amigo me dijo que la señorita Mayán Kélia le había consultado si me molestaría yo si ella me enviaba un ramo de flores y si sabía él, cuales eran mis preferidas. Que él, recordando haberme oído ponderar las rosas, le aconsejó éstas; y rosas eran las que recibí, aunque perfumadas con esencia de *espánielo clávéi*, una esencia de las caras del país, por hacerme más grato el obsequio.

Debí de enrojecer hasta el cogote, y el *Góre* no dejó de advertir mi turbación; pero quiso darme a entender que la *Subsecretaria de Congiarios* se había enamorado de mí y que de ninguna manera de avendría a no verme otra vez.

-Amigo mío, le repuse dispuesto a seguir la broma sin cuidarme de más - ya que las costumbres del país quieren que sean las mujeres las que se declaran a los hombres - y ya me pareció así cuando ella vino a sacarme a bailar -, y puesto que no necesito consultar con la almohada si esta señorita me agrada o no, porque la encuentro preciosa y muy atractiva, pues... ¿qué hacer? Puede usted decirle, si mi recadito no le sonroja, que cuenta con todas mis simpatías y que corresponderé a sus finezas...¡qué se yo!...con unos bombones o algo parecido.

-¡Oh, senior, no enviando bombones a señorita Subsecretaria! ¡Oh, no! mejor botelleando caja con éla vieja vieja, de años viejos, otra sigla. ¡Mejor!

-Bueno, pues le enviaremos a la señorita Mayán una caja de botellas de éla rancio y que se ajume a mi salud.

-¿Ajumando, qué?

-Que ¿qué es ajumando? pues lo mismo que tabloneando, o pimplando, o moneando, o tajadeando, merluceando, trupitando,

trompeando, turqueando, cogorceando, melopeando, jumeando, y el codo empinando de cuando en cuando.

Admirado estaba mi amigo, redondos los ojos y la boca abierta al oírme tal retahíla de perlas del folk-lore tabernil.

-¡Oh, oh -decía- *lengua española mucho, mucho rica. Neolandia sólo beber diciendo, más no.*

-Si, si, pero es que aquí es lo mismo que todo eso, *ajumendis sine qua non*, que dijo el traductor de Anacreonte. Dos cosas me han agradado hasta ahora de vuestra nación, a saber, que no haya bicicletas, ni motos, ni autos, ni camiones, ni autobuses en las calles, y lo bien que sabéis beber.

Rióse el comandante y asintió:

-*Si, Neolandia país buena, buena.*

Algo más hablamos todavía. Yo le agradecí en el alma su larga compañía, y antes de irse le convidé a unas copas de... lo que fuera, que a mí me daba igual. Aceptó con alegría y él mismo por el telebolífono, pidió:

-*Tó Bália Góre. Bromka tekéi bé (Palabra por palabra, era esto: Aquí, Policía Comandante. Bromka -licor especial- copas dos).*

Se descorchó para nosotros una botella de *bromka*, oloroso licor fuerte como la pimienta, pero que dejaba en la boca el frescor de la acreditada menta piperita y en el espíritu un retozo gratísimo, y hechas las libaciones de ordenanza, que son cuatro, se despidió hasta el día siguiente. Me ofreció venir a recogerme para ir a ver un partido de *Béo-lanxéi (lanchéy)*, especie de *foot-ball*, el juego nacional, asegurándome que me agradaría de veras. No he dicho que, a cada momento, de dejaba oír la esfera telefónica:

-*Tó, Báliai. Tó Báliai, Lina Bália Góre. Práné bao.* (Aquí, policías. Comandante de vigilancia. Sin novedad) A lo que él respondía: *Élea.* (Está bien)

En fin señores, que animado con las cuatro copitas del generoso *bromka* -nombre que me hizo reír por su semejanza a bronca y por la asociación de ideas que fácilmente traía a la mente- me quedé menos malhumorado que me encontró mi amigo.

Cené cualquier cosa, que me supo ni bien ni mal, rociándolo todo con *éla* fresco, y me dormí tan profundamente y con tan blando sueño que pasé la noche entera como un querubín recostado en una nubecilla de la gloria.

XVI. UN GRAN PARTIDO DE "BÉO" LANXÓI"

El simpático y servicial *Góre* se encargó de enviarle a Mayán, con una tarjeta mía, una caja de botellas del añejo *éla*, elaborado en Réxana, que venía a ser como el Jerez de Neolandia, hacia el confín del Sur. La caja del hotel le abonó el gasto. Echando mis cuentas resultó que lo entregado en moneda española equivalía a unos cincuenta dólares, y traducidos estos a *ébái*, ascendían a unas 10.000 y pico, con lo que me consideré poderoso.

Me encontré tan aliviado al despertarme que no necesitaba ya el vendaje, y aunque las agujetas me molestaban todavía, todo lo daba por bien empleado ya que no fue mayor el daño.

Tal como me lo había prometido el *Góre* vino por mí, después del almuerzo, y en unos de los *brilaí Bália* me acompañó al Gran Estadio, el *Kínoiái Xáprána Nópágia*, enorme construcción de ladrillo y basalto-no hay cemento ni otra piedra en el paía- ligados con lá; todos los edificios son de los mismos materiales y a su conjunción les llaman *Kón -lá -Ké,i*. Hallazgo feliz el de esta expresiva palabra, pues ladrillo se llama *Kón*, piedra se llama *Kú*, y como el metal que los liga es el *lá*, *Kón-lá-Kéi* quiere decir ladrillo-metal-piedra. Cuanto más me voy adentrando en el conocimiento del idioma neolandés, más interesante me parece.

El gran Estadio de ladrillo verde y piedra negra era una impresionante mole que tenía no sé qué de egipcio y de alemán a un tiempo. Era verde el ladrillo porque así salía de los hornos, aunque la arcilla de que estaban hechos era amarilla en todo el país.

Vista aquella enorme masa desde el aire, como yo la veía, se asemejaba mucho como a dos, no, a tres grandes plazas de toros cuyos tres ruedas unidos formasen una grande y sola O alargada. Inmenso graderío ascendía del suelo a la corrida azotea, en la cual en aquellos momentos aterrizaban multitud de aparatos, como aves que plegando sus alas se abatieran suavemente.

Unos aparatos llegaban, otros partían y el zumbido continuo de sus motores al que no me había acostumbrado aún, se unía con el vocerío de aquellas 300.000 personas, o acaso más que ya ocupaban su asiento o corrían a él; y cuenta que todavía habían de llegar muchos más.

Y en descenso nuestro *bríla*, sentí que mi cicerone me apretaba el brazo:

-*Osted suerte muy teniendo. Reina Máléia venir elia. Viendo quería partido Béo-lánxéi.*

-¡Caramba!- exclamé - ¿podré verla de cerca?

-*Si conmigo estar; elia vigilando Bália-Lin cerca Reina.*

Púsome contento eso de ver de cerca a la Reina neolandesa.

Nuestro *bríla* se posó en la azotea como una paloma. Vi tres banderas: una, verde, la del Concejo *ákárense*; otra, azul, la nacional; y entre ambas, otra tercera, de un tono pardo de oro viejo: el pendón real. El cual pendón real llevaba bordado en azul verde y blanco, el escudo neolandés: un arcaico barco de vela embestido por dos gigantescas olas⁽³⁾.

Íbamos a ocupar nuestros asientos y así lo hubiéramos hecho si, bajando las escaleras que a ellos nos conducían, no nos encontráramos, de manos a boca, con la Señorita de los *Congiaros Subsiliales*, que también iba a presenciar el partido.

Muy contenta se mostró de verme y me besó la mano que yo le tendía, lo que hizo que se me subiera el pavo mirando de reojo al *Góre* y como pidiéndole auxilio si Mayán intentaba extralimitarse.

-*Frégil torén espaniol. Bó pálko viriái torén.*

(Estaba alegre y nos convidaba a su palco, pues esta palabra era muy fácil de entender)

¿Cómo no aceptar? Nos inclinamos agradecidos y fuimos a ocupar el palco oficial de nuestra amiga y que estaba un poco más abajo del palco real.

El Comandante, siempre *galantuomo*, alquiló a un repartidor ambulante gemelos para los tres.

⁽³⁾ Corresponden las armas neolandesas, que sólo en el pendón real podían ostentarse, a una viejísima leyenda referente a lo inabordable de aquel país. El Doctor Karl Siegmund Smihart-Wiener, en su obra "Geschichte des Unbekannten Landen" la refiere así:

Un barco vikingo, en el siglo IV intentó varar en la playa de Neolandia. Cuando estaba a punto de conseguirlo y aunque estaba el mar en calma y sin el menor viento el cielo, dos enormes olas se levantaron , anegando, hundiendo la nave con todos sus tripulantes, que perecieron. Los neolandeses han comprobado muchas veces que su país está defendido por los genios que llaman en su lengua *Kékibín* (Stappers) esto es: gigantes invisibles. Así, pues su tierra está prodigiosamente protegida por mar, y ellos mismos no tienen flota; por eso no se les conoce en el mundo.

En poco rato se acabó de llenar el Estadio.

Según el *Góre*, aquel partido era de extraordinario y se iba a disputar la Copa de la Reina. Los jugadores estaban seleccionados a conciencia entre estudiantes universitarios, secciones de Ciencias y de Letras. El no tener a mi lado a mi cicerone y trujamán, ya que Mayán se había sentado entre los dos, me contrariaba no poco, pues por no molestar a la Subsecretaria preguntándole al *Góre* seguro era que me iba a quedar ignorando muchas cosas. El aspecto del campo no diferenciaba casi nada de los de *foot-ball*, acaso un poco más estrecho y largo. Esperaba entender por mí mismo el juego. Sonó en esto la murga -no sé darle otro nombre a aquello que sonaba como a apertura de taberna madrileña- y vi que todo el público se ponía de pie. La Reina llegaba, asomaba ya al palco regio y avanzaba ya hacia la barandilla decorada con los colores de la nación.

Un horrísono silbido, al que no fue ajeno ningún resuello, y un pateo atronador, recibieron a la soberana. Con mucho menos que esto -pensaba yo- se hubiera derrumbado en Europa no un reinado, pero una dinastía. Pero la reina Máléia saludaba sonriente a aquel pueblo que de aquel modo, a mi sentir tan extraño, la estaba aclamando.

Confesaría su Majestad -eso si la apuraban- unos treinta y cinco años, pero yo creo que había cumplido la cuarentena. Alta, garrida, de porte majestuoso. Mirándola estaba yo, sin atreverme a silbar ni patear, cuando el *Góre*, que advirtió mi silencio y mi quietud, con gesto enérgico me pidió que hiciese como todo el público. Apremiado, pues, por mi amigo, metí mis dedos en la boca, apreté de firme, y con toda la fuerza de mis pulmones di un largo y agudo silbido. Quiso el hado que mi saludo comenzara al mismo tiempo que paraba en seco el de los demás, de modo que sonó él solo.

Advertido esto por la Soberana, localizando el sonoro homenaje se volvió hacia mí y me miró, agradeciéndome el silbido con una inclinación de cabeza; casi en el suelo tocó la mía al saludarla y el *Góre* quedó muy satisfecho de mí. Pero me pareció que a Máyan Kélia no le sucedió lo mismo. Al volver a sentarme, me dijo el Comandante:

-Reina mirando muy a usted...

¡Qué honor para mí!

XVII. EL PARTIDO COMIENZA

La Soberana dio la señal de comenzar. Unos por una parte, y otros por la opuesta, salieron al campo los dos equipos. Vestían los de Ciencias de azul, verde los de Letras. El último en salir, inmediatamente detrás de un ayudante que traía debajo de cada brazo una pelota, fue el árbitro, vestido todo él de castaño vivo.

No eran del mismo color las dos pelotas: una era amarilla, la otra colorada. Lo mismo podía tratarse de una pelota de repuesto que de un juego a dos pelotas. Veamos cómo es esto, me dije.

Reunió el árbitro, después que todos saludaron a la reina, a los rivales, en el centro del campo, y allí, puestos en fila, contestaron con hurras a los tres silbidos de reglamento. Después se fueron "colocando" los jugadores, y el ayudante, desde lejos, tiró hacia el centro la pelota amarilla y echó a correr hacia la valla, sin abandonar la pelota colorada.

La amarilla no llegó a tocar el suelo; un hábil cabezazo la hizo elevarse de nuevo, un cabezazo de uno de los verdes -Letras- que hizo sonar un ¡oooh! en todo el público. Recogida por un azul, la pelota inició por el aire una curva hacia la portería de los verdes, donde otros la esperaban ya para rematar a gol, pero un testarazo demasiado fuerte mandó afuera el esférico⁽⁴⁾

Volviendo a comenzar, de cabeza en cabeza, iba pasando la pelota sin tocar a tierra. Los verdes en una jugada rápida, la avanzaron hacia la portería contraria, y ya se veía apurado el portero azul -Ciencias- cuando un delantero verde erró el cabezazo y cayó el balón al suelo. Sonó el pito arbitral.

Volvió hacia mí Mayán su linda cara, me miró con alegres ojos y dijo:

-Pirandoi.

¿Pirandoy? -dije para mí- *¿He oído bien?*

Sorprendido miré al Góre y repetí: *¿pirandoy?*

-Ké, ké: pirandoi. Falta, dos pirando si cae a suela pelota . Si toca tierra, pirandoi.

⁽⁴⁾ Esto debe de ser error porque según el autor germánico antes citado, las pelotas son correctamente esféricas. **Nota de los Editores.**

De modo que la pelota no podía tocar el suelo, sino ir de cabeza en cabeza siempre, En contraposición al *foot-ball*, juego pedestre, el *beo-lan-xoi* -pelota cabezas- era juego intelectual, puesto que se ejecutaba con la cabeza. El marcador se movió: 1 a 0. Bramaron los megáfonos: *A Kóa Fi* (literalmente: uno por nada)

Salió el Ayudante siempre abrazando la pelota colorada y lanzó de nuevo al aire la otra. Esta vez hicieron gol los azules. Y oímos:

- *Cé Kóa Fi.*

Pero el marcador marcó 3 a 0. No lo entendía, pero como mi amigo lo suponía, me aclaró:

-*Gol valiendo dos. Falta contrario, uno: Tres.*

Ya, un tanto por la falta y dos por el gol. Bien. El juego de cabeza supone todo lo contrario del que se ejecuta con los pies, que es la peor manera de ejecutar las cosas.

Además estaba allí muy en su punto el juego de cabeza tratándose de *Ouaniversitarios* que decía el *Góre*. El y Mayán empezaban a entusiasmarse con el desarrollo del partido, cuyas incidencias no podía yo seguir por no entender el juego, por desconocer el reglamento. Lo más que podía hacer ya lo hacía: tener a mi lado una mujer hermosa y poner toda mi atención en el subir y bajar de una pelota. Si Mayán esperaba de mí otra cosa ¡qué desencanto el suyo! Pero mi interés por el juego no la impedía que, de vez en cuando le dirigiera una mirada y una sonrisa.

Seguía el partido. Los verdes hicieron su primer gol; por cierto que lo hicieron dos jugadores a la vez. El marcador cambió el 0 por un 3. - ¿Cómo -dije- ¿no vale dos solamente un gol?

-*Usted no entendiendo, digo tres valiendo gol a dos cabezas. ¡Muy mérito él.*

He aquí, pues, un empate a tres.

-*Cé ná tótoló*, atronaron los megáfonos.

Empate a tres. Desde entonces empezaba a tomar interés aquel juego. Un empate a la mitad de un primer tiempo es como haber perdido de éste la buena posición, a no ser que se tenga en cuenta el refrán que dice: "el que da primero da dos veces". Pero en Neolandia no debían conocer el refrán, porque la primera parte la ganaron los azules por cinco a tres. Y oímos:

Ei na cei. A rápa sortina . (Cinco a tres. Fin de la primera parte.)

Barullos, rumores, comentarios apasionados. Mayán le dijo al Góre algo que no entendí, pero que él procuró traducirme:

-Señorita, diciendo mí que recibir botellas de caja. Convidando cena, usted y mí, ella suya casa.

Me incliné agradecido. Pensé como me presentaría, pues no teniendo más ropa que la puesta y sin tiempo para alquilar otra, tenía que ir tal como iba vestido. Por fortuna mi traje había sido zurcido y reparado y quedó como estaba.

Y apenas recuerdo del partido otra cosa sino que ganaron "los míos", los de Letras, aunque sólo a última hora y de *penalty*, quedando *xéi na iéi*, esto es: nueve a ocho. Mucho silbó y pateó el respetable público, vitoreando a los dos equipos. Y en medio de la estruendosa ovación, salió el ayudante del campo hacia el centro del campo, siempre abrazando la pelota colorada. Yo pensé que iba a empezar con ella otro juego, una especie de rugby, pues todos se disputaban el esférico ⁽⁵⁾ y uno de ellos logró hacerse con él, driblando al árbitro que era el que con más afán demostraba estar interesado en la posesión de la pelota colorada. Pero el que había conseguido apoderarse de ella, la cubrió con su cuerpo y los demás, rodeándole, se pusieron en cerrada guardia, como defendiéndole de un imaginario ataque.

Y fue entonces cuando sonó la más grande ovación de la tarde, y duró un buen rato. Al cabo del cual los jugadores se movieron, dejaron en el centro al que ganó la pelota y se sentaron en el suelo, formando ruedo.

El que tenía la pelota, sacó un cortaplumas, la partió en gajos, entregó a sus compañeros uno de ellos y esperaron el momento,

La reina se levantó y la imitamos todos. La murga obsequió a nuestros oídos con el himno nacional, y mientras este duraba los dos equipos rivales, el arbitro y su ayudante, se comieron las porciones del balón.

Me fue explicado todo más tarde. Lo que yo había creído ser pelota colorada, era un queso de bola, uno de los más perseguidos artículos de contrabando, por ser extranjero y, más que nada, por estar fabricado por leche de vacas. El significado heráldico era este: "al que intente pasar nuestras fronteras subrepticamente, nos lo comemos

⁽⁵⁾ Ahora está bien: esférico, balón, pelotón, bola, sandía, son sinónimos de pelota admisibles.

crudo". No se trataba, pues, de una frugal merienda, sino de un acto simbólico y solemne de patriotismo y de respeto a la Ley.

Vino después la entrega de la copa, que era grande y la acababan de llenar de *élapráfola*. Dió el primer trago su majestad, y no fue corto, y entre los silbidos de la multitud bebieron, uno tras otro, los jugadores, el arbitro y su ayudante. Con lo que tragarón presumo que tenían para amonarse un poco.

La *bríla* del Comandante nos llevó a Mayán y a mi a nuestros respectivos domicilios, haciéndome prometer la Subsecretaria que no faltaría a su cena. En el hotel tomamos el *Góre* y yo el aperitivo, durante el cual quise prepararme para la recepción, sobre todo por lo que atañía a mi condición de requerido en amores.

-En mesa, usted mismo que mío haciendo. No nada temiendo. No nada.

-Ya, ya,-pensé- a donde fueres haz lo que vieres. Pero me preocupaba tanto mi situación que para afrontarla no vi otro medio que achisparme un poquito.

En el caso de que aquella señorita se me declarase y me apremiase a darle "el sí", lo mejor sería una resistencia prudente, pero no tanto que llegase a enfriar el momento.

Solo que...

Mis dudas hacían reír a *Góre*, y me animaba, me tranquilizaba su propia calma. Es que yo no sabía que en Neolandia sucedían así estas cosas. Y después de todo ¿por qué había de ser igual en todas partes? Dejábame yo querer y ya se vería en qué paraba todo aquello. No resolvimos nada y yo pensé obrar según la inspiración del momento.

XVIII. EN CASA DE MAYÁN

El *brí* nos dejó en la azotea del Departamento de Congiarios, residencia de Mayán. El descensor nos condujo a la planta del suntuoso edificio que ella ocupaba. Se abrió una puerta sin que llegásemos a llamar a ella; un mayordomo vestido de azul y verde nos saludó apartándose a un lado, y nos acompañó a una sala decorada con profusión de adornos de aquel prodigado *lá*. La luz difusa, suave i acariciadora, le daba a todo una inconsistencia aérea.

Aguardamos unos minutos, que a mí se me hicieron cortísimos. Unas cortinas negras se abrieron, y envuelta en un manto carmín que no del todo le cubría el vestido, apareció la hermosa Mayán, tendiéndome las manos, sonriente.

Saludó con alegría a mi amigo y debió decirle cuánto le agradecía que me hubiera llevado a su casa. Pero después supe que no era eso, sino que para que él no se encontrase solo y no aburriese viéndonos a nosotros, había convidado a Périla -era directora general de Propagación de la Elegancia-. Vi palidecer al Góre y revolver los ojos, como aquel que mira por donde escapar. ¿Es que no le agradaba?

Nunca se sabe bien por qué algo nos desplace, si objetivamente lo consideramos; lo digo porque la tal Périla era una arrogantísima mujer, una típica belleza *nopagiana*. Alta, rubia, garbosa y de frescas y rosadas carnes. Guapa de veras, aunque -todo hay que decirlo- un poquito miope. Este detalle tiene alguna importancia para mi gusto particular, pues una mujer miope os mirará entornando los ojos gachonamente y eso inspira cierta simpatía. Pero dejemos esto.

Périla Sándái -lo que, entre paréntesis, quiere decir estrella resplandeciente- entró en aquel momento, hablando con grandes muestras de alegría por ver allí a mi amigo, y dedicándole los más apasionados gorjeos que anidaban en su garganta, Creo recordar que vestía de negro y que en medio del descote abdominal temblaba un dije de esmeraldas... Un manto de tisú de *lá* completaba su espléndido atuendo.

La cara del Góre se descompuso de modo que creo estuvo a punto de perder el sentido.

Procuraba disimular, estar cortés... La verdad es que apenas sé nada de como le fue con Périla, porque Mayán me tenía por su cuenta y no paraba de hablarme... ¡aun sabiendo que no le entendía una palabra!

Pasamos al comedor. Preparados estaban nuestros puestos y el mayordomo, no menos preparado, nos aposentó, ceremonioso. Pero aun los cuatro de pié, levantamos una copa que cada uno de nosotros tenía delante, lleno de un licor que me pareció ser *bronka*, pero por el sabor resultó ser *ramxa*, más fuerte todavía, de un solo trago la apuramos, no sin antes decir ellos: -¡Kámará!

No dejó de sorprenderme esta palabra en bocas neolandesas. Los ojos del Góre me indicaban: diga usted lo mismo.

-¡Camará!-dije con gran seriedad .

-*Kamará es brindando*- me explicó mi amigo, y yo anoté en mi memoria una palabra más, aunque ser cosa de camaradería yo lo entendí.

No poco azorado estaba con la proximidad de Mayán y daba rápidas miradas al Góre que no estaba menos azorado que yo y parecía pedirme auxilio, tanto como yo a él. Las dos mujeres llevaban el peso de la conversación; el comandante sólo emitía monosílabos y yo repartía sonrisas, como asintiendo a todo tácitamente.

A todo esto yo no comía. Tenía el plato servido y lo miraba con ojos atónitos, sin entender allí nada de nada, cuando la voz de Périla -voz aterciopelada de contralto -sonó así:

-*Est ce que vous, monsieur Mendés, méfiez de nôtre cuisine?*

Me hablaba, por fin, en una lengua que podía entender.

-*Mais non, mademoiselle* -repuse rápido y animado- *-Excusez-moi... car je suis maintenant assez troublé...*

-*Tant pis!* -exclamó con sonrisa maliciosa, pícara cuando menos. -*Moi je ne me troublerai pas a vôtre place. Oh! se laisser aimer a si bien d'avantages, monsieur! D'abord il n-y-a pas besoin de faire ce qu'on est doné fait!*

Y se echó a reír... casi diría burlándose de mi timidez. Mayán y el Comandante nos miraban y cambiaban entre sí miradas interrogantes. Mi amigo, acaso notando que a mi adlátere le disgustaba no entendernos, me dijo: -*Señorita Mayán no sé que hablando entender, o con risa reyendo una, otra... Yo mío no tampoco, no entendiendo...*

-Le ruego que tranquilice a la señorita Mayán. Es que me ha sorprendido que me hablaran en francés.... y miré a Périla.

-*Mais oui, je comprends. Ce son mes professeurs de Mode, a Paris, qui m'ont appris sa langue. Est-ce que vous n'aimez la langue des français, Monsieur?*

- *Oh beaucoup! Surtout celle des jeunes filles a pronounciation douces et passionés....*

-Tenía gracia la cosa; parecía que el escarceo entre Périla y yo iniciase entre nosotros un *flirt*. Debíó de interpretar ella maliciosamente mi respuesta, porque se rió con ganas y se puso encendida, tanto como palideció Mayán, la cual con voz alterada exigió de su amiga: - *Céprobén, trá, trá, trá, céproben* (Traduciendo, rápido, rápido, traduciendo).

La pícara Directora general de la Moda engañó a Mayán diciéndole que yo estaba habituado a la cocina francesa y que no sabía lo que me daban de comer en Neolandia.... entendí que el *Góre* me defendía, asegurando que en pocos días era ya un entusiasta de la cocina del país.

No sé si con esto se tranquilizó mi cortejo, que todavía ceñudita y mirándome con desconfianza, dijo: *-Fránka cória seloté.* (Prohibido el habla francesa).

Temiendo que podía producirse entre nosotros una situación tirante, sonrió Périla, sonreí yo, y el *Góre* nos escanció *éla* a todos, de aquel vino rancio que yo le había enviado a Mayán.

Déjasele esto del vino rancio a todo pasto a un regular gourmet y va a formar malísimo concepto del gusto *neolandés*; pero yo digo lo que vi sin meterme en *gourmeterías* de once varas.

Se comió, se bebió, se charló, cruzándose entre nosotros la conversación y lamentando con toda mi alma no poder entender a mi enamorada ni decirle algo que mantuviese en ella las esperanzas. Es posible que a la arrogante Périla no le agradase mucho el que a cada momento le robase la atención del *Góre*; yo creía ver clara una inclinación creciente hacia mi amigo, y cómo con ella iba en aumento la zozobra de él. Nuestros respectivos casos no eran iguales, pues si yo me dejaba querer, él evidentemente se esforzaba en resistirse con discreción, situación la más difícil a que en estos negocios puede llegar un hombre... que no sea *neolandés*.

Comprendí que no estábamos en plena aventura galante; nada de pasar el rato y después, "si te he visto no me acuerdo", no; las dos mujeres había tomado su empeño en conquistarnos y si tomaban ellas a su cargo la iniciativa y seguían lo que llamaré proceso de seducción, fue porque esa era la antiquísima costumbre del país; el que hubiera juzgado aquel caso sin tener en cuenta esto, se equivocaría por entero, y el que hubiese juzgado a las dos mujeres con los mismos elementos de juicio, también hubiera cometido error.

Alguna vez quería Mayán que chocasen nuestras copas y al beber me miraba con fijeza que me hacía bajar a mi los párpados para no ser traicionado por mis ojos. Me decía no sé qué...o mejor, no hubiera sabido qué a no traducírmelo del *Góre*:

-Ella diciendo que osted tener ojos de élai.

Recuerden sus mercedes que *élai* son aquellas bayas negras con que elaboran allá el vino. Mi cortejo me abrumaba con sus piropos y

yo me decidí a corresponderla. Buscando una manera delicada de alabar algo suyo, le dije muy cerca del oído nada más que esto:

"Tu vientre como montón de trigo, cercado de lirios".

y añadí:

con una mariposa en su cima.

Y que Salomón me perdone por haber añadido un lepidóptero a su famoso verso. Cuando el *Góre* requerido por mí, fue a traducirlo, me preguntó:

-¿Qué fue trigo?

-Anda morena. Pero, hombre: trigo es...trigo, la palabra lo dice. Un cereal del que se suele fabricar el pan en todo el mundo.

Como ni aun así me entendía, le consultó a Périla:

-¿*Trigo torené poka beoé* (Sabé qué es trigo?)

-*Báo. Lapiké báo torené. Lapiké báo.*

Y por esta vez, a pesar de la prohibición de Mayán, apeló conmigo al francés: -*Qu'est ce que trigo?*

-*Mais du blé* -dije yo.

-*Doublé? Mais quoi? doublé c'est du metal doré ou argenté, je pense... Qu'est ce que vôtre trigo, enfin?*

-*Il es un grain très connu que sert a la fabrication du pain.*

Mayán no pudo más. Con voz alterada dijo:

-¡*Túpka!* (Basta.)

¡Pobre Salomón y pobre de mí! el versículo del Cantar de los Cantares quedó muy mal parado con todo aquello, y el pobre *Góre* esforzándose tanto por tranquilizar a Mayán cuanto por ayudarme a mi, tradujo que me parecía maravillosamente hermoso su vientre y riquísimo el colgante de *lá* y pedrería que ocultaba su ombligo. Y, vean ustedes qué cosa más curiosa: al oír esto se ruborizó y tomando una punta de su manto se cubrió su descote abdominal. Esto me dió muy buena idea de ella.

(Aprovecho un paréntesis en mi relato para contestar a cierta duda que alguien manifiesta al oírme hablar repetidamente de tal descote, por creerlo una exageración. Pero no hay tal cosa. El que quiera saber a donde llega la fantasía femenina en punto a descotes, que dé un repaso a la indumentaria cretense y verá lo que es canela fina).

Con esto había terminado nuestra cena, y el mayordomo, después de haber escanciado el inevitable *éla práfola*, con el que la alegría de Mayán y de un servidor de ustedes llegaba a su colmo, pero que no llegó a alegrar a la otra desparejada pareja. Cambiamos de lugar para sorber el café y el licor.

XIX. "AMOR Y PEDAGOGÍA"

Así como el *bromka* empieza por parecer una mezcla de coñac y absenta y termina por asemejarse a la refrescante y olorosa menta piperita, a este licor se me estaba pareciendo Mayán; el primer trago era en verdad un poco fuerte, pero después quedaba en el paladar - en el ánimo, quise decir- una sensación muy grata. Sólo que yo me resistía a bebérmela toda de una vez y la tomaba a sorbitos, a sorbitos...seguro ya de que me iba a emborrachar.

Señores, aunque a ustedes les importe un comino saberlo o no, tengo que decirles que en nada me parezco a D. Juan, y no podía hacer otra cosa que dejarme querer, y eso hice.

Separadas las dos parejas, cada una de ellas en su rincón y dedicada a su avío, sin darse por enterada de la otra, se iba pasando la noche "tan callando"; porque apenas decíamos nada, o lo decíamos en voz tan baja que era casi lo mismo. Desde luego que yo callaba, como callaba el mirado y reflexivo *Góre*; las dos mujeres hacían el gasto, y aunque no sé qué decían, supe que Périla seguía tratando de convencer a mi amigo y a Mayán -a juzgar por la lumbre que echaban sus grandes ojos- me madrigaleaba de lo lindo.

Repetía mi cortejo una palabra, entre las que estaba diciendo, y quise saber lo que quería de mí. Decía: *enie, enie, ennie ennie...*

Haciéndole los ojos chiribitas, demostraba un deseo de algo que yo no podía entender. Mi amigo me tradujo:

-Seniorita Mayán pide osted enseñar lengua.

¿Que sacara yo la lengua? ¡Vaya capricho!

Pero ella, entendiendo que ya conocía su deseo, iba diciendo:

-Ké,ké, ké. Trá. trá, trá, trá. Séloé néreán, espaniol séreán.

En fin, que saqué la lengua lo más elegantemente que pude, con lo que debió de parecer que asomaba entre los fruncidos labios media

guindilla. No fue menor el asombro que la risa al ver cómo interpreté yo su deseo. Advertido el *quid pro quo* por el comandante y por Périla, todos reímos. El Góre me aclaró:

-*Enseniar hablando lengua. Diciendo enie.*

-¡Ah, sí: la famosa eñe! Sin duda -pensé- que el sonido de la Ñ debe de producirle vivo placer en el oído, y ya dije que a los *neolandeses* les era casi imposible pronunciarla. No es cosa para sorprenderse. Al músico Francés Erik Satié le gustaba la letra ñ por su grafía, no por su sonido, y tiene un prelude dedicado a

E s p a ñ ñ a

así con dos eñes seguidas. Placía esto a sus ojos. ¿Qué más da? Esto son placeres inocentes y de poco coste.

Sobre la dificultad de pronunciar la eñe y la elle por parte de aquella gente habría mucho que decir, pero no es aquí oportuno; yo no he podido jamás pronunciar la erre francesa por más gorgoritos que haga, pero tengo el honor de haber enseñado a decir correctamente torero a muy lindas francesas. Vaya lo uno por lo otro.

El caso es que me dispuse a dar mi primera lección a Mayán. Procuré esmerarme en aquel ensayo de profesor de lenguas vivas, pronuncié:

-Eñe.

Ella repitió:

-*Ennie* - y hacía un verdadero esfuerzo.

-Báo, báó -corregía denegando y lanzándome a hablar neolandés. Báó. E..ñe. E...ññe.

Y ella otra vez: -*Ennie. E...nnie. ¡Dáe! ¡Kópe báó!* (Oh, no puedo!)

La cosa no prosperaba. Busqué en mis bolsillos papel y un lápiz y escribí la letra Ñ. Preguntó ella:

-¿*Torené ibsa enie?* (Es esta la eñe?)

y la puntita de su índice, esmaltado de azul turquí, a la moda elegante de allí, señalaba el rasgo que veía encima de la eñe.

-¡Ah,-exclamé- ahí está el busilis.

-¿*Bosilis? ¿Torené bosilis?*

-*Ké, ké* -dije- Busilis, culebrita, virgulita...

-¿*Cobrelita? ¿Gorbelita? ¡Lapiké báó!*

Ponía un lindo mohín de disgusto en su boquita fresca y parecía desesperar de aprender la lección. Pero yo soy tozudo como nacido que soy de madre navarra, que es casi como decir aragonesa, la raza mas tenaz del orbe. Procuraba demostrarle que ese sonido, como todos los que producen las consonantes, depende de la posición de la lengua con relación al paladar y a los dientes. Las lenguas o idiomas, no se hubieran llamado lenguas de no habernos dado cuenta de lo mucho que de ella depende el habla. Así, pues procuré enseñarle a graduar sus movimientos, sus diferentes presiones en la cavidad bucal. Apoyando la punta de la lengua en los dientes de arriba -y bien podría llamarlos "superiores" tratándose de los suyos-, el sonido resulta una "ele". Retirándola un poco sin querer nos sale una "ene". Pero retirándola todavía más y aplastándola en la anchura del paladar, la "eñe" sale ella sola.

Para explicárselo mejor, aunque mal, le dibujaba como un corte vertical del interior de la boca, y en tres diseños chapuceros le hice ver las tres posiciones diferentes de la lengua. Probó ella con verdaderas ganas de aprender, pero acaso no aplastó lo bastante su lengua al paladar, porque dijo:

-*Elle.*

-*No, no. Báo -corregíale yo- Diga España*

-*Espalla, Espalla. Espall-lla.*

¡Todo sea por Dios! Aunque nunca he tenido vocación de pedagogo, a mi manera he enseñado a paisanos míos a no decir *cabayo, yave, reriya, estreya...* sino caballo, llave, cerillas, estrella, tal como lo aprendí de mi madre roncalesa, y la verdad es que Mayán me parecía una discípula bastante torpe. Pero yo no desmayaba:

-*Eñe*

-*Elle. -Báo, báo, eñ ñe.*

Ell-lle.

Aquella linda lengua era de veras rebelde y esto me ponía nervioso. Le tomé las manos y gesticulaba empeñado en obtener éxito a viva fuerza.

-*Eñ ñ ñ e.*

-*Ell-lle.*

¿Consideran ustedes que "escena del sofá" estábamos representando los dos? Mi impaciencia subía de punto de tal modo que, tras de repetirle tantas veces la lección, tanto le apretaba las

manos y tanto tiré de ellas que vine a caer en los brazos de Mayán sin darme cuenta. Y fue entonces, teniéndome abrazado con fuerza, cuando pudo gritar: *-¡É sián español!* (¡Ah, español mío!) con un sonido perfecto. Desde aquel instante todo fue a pedir de boca, y si como Francesca y Paolo estuviésemos leyendo en el libro fatal, podría repetir aquí:

Quel giorno più non vi leggiamo avanti.

Me tradujo el comandante un nuevo deseo de Mayán, quería oírme decir versos españoles; y algunos le dije que si no pudo entender, a lo menos le sonaron bien, porque con el entusiasmo demostrado al modo *neolandés* daba pataditas en el suelo.

-¡É, Béfén español!

¿*Béfén*? ¿Me llamaba a mí *Béfén*? ¿Qué me decía con ello? - Me tradujo el buen *Góre*:

-Béfén ...poema siendo. Ella queriendo muy poesía espaniol.

Pues venga de ahí. Y diciendo versos estuve largo rato, y al fin, queriendo galantearla, por no perder la costumbre de ser con las damas decidior y madrigalesco, me arranqué por una becqueriana.

-Oiga esta Rima que le dedico.

-¿Rima? -preguntó ella, y soltó la risa, sin que yo comprendiera por qué se reía de aquel modo. Pero ¡qué cosa!, resultó que Rima, en *neolandés*, quiere decir... cacerola. ¿Habrá nada más contrario a la Poesía?

Aclarada la duda, me concentré cuanto pude para no caer en algún bache de memoria y siempre evitando en lo posible aquella fatídica vocal, u, que no podía ser pronunciada sin faltar al decoro, puse cara de circunstancias, y sin soltarle a mi auditora las manos, comencé:

-¿qué es Poesía, pregouántas mientras clavas en mi pouapila toua pouapila azoual!

Francamente, aunque me esforcé mucho. apenas podía seguir oyéndome esquivar la u de tan grotesca manera, pero todos me oían extasiados; tan bien les debía de sonar la rima famosa, cuyo sentido tradujo luego mi amigo.

Continué:

-¡Qué es Poesía! Y touá me lo pregouantas?

-¡Poesía eres touá!

-*Oui, la Poesie c'es toi!* -dijo Périla, que había entendido bien. Y tuve una ovación a mi favor, con perdón del dulce vate sevillano.

Cuando el *Góre* tradujo la rima, Mayán no se pertenecía ya, pero yo continuaba haciendo melindres... sólo por el bien parecer.

XX. EL MATRIMONIO EN NEOLANDIA

Que los manes del tierno Bécquer me perdonen el atentado; piensen que aquella Rima le agradó tanto a Mayán, que tuve que recitársela en adelante junto con otras que recordaba. Lo que les asombrará, tal vez, a ustedes es que la poesía romántica pudiese todavía hallar resonancias en los corazones modernísimos, avanzadísimos de los *neolandeses*, pero yo no me aventuro a asegurar tanto, me basta con asegurar que mi amante se emocionada al oírmelas recitar,

Tuvimos que dar por terminada la sabrosa sobremesa antes de que la lluvia municipal empezase a caer sobre *Ákára*. Mayán me hizo prometer que nos veríamos *sóréia pataliái*, o sea todos los días. Llevamos a Périla a su Departamento, me condujo a mí al hotel, y el buen *Góre* se despidió hasta el día siguiente.

Así fue, vino a almorzar conmigo en el hotel y tuvimos ocasión de hablar largamente. Me felicitó porque fui solicitado por una mujer como Mayán, deshaciéndose en elogios de sus bellas cualidades. Yo creía, sí, que la hermosa Subsecretaria de Congiarios estaba por mí, y hasta diré sin ambages que se había enamorado de mí; pasé por que fuese ella la que inició la curiosa *flirtation* y hasta diré que acabó por agradarme mucho y que no tardé en quererla de veras. Pero estaba muy lejos tanto de engañarla cuanto de contraer matrimonio con ella.

-Si,-decía mi amigo con ceño preocupado-. *Matrimonio ser cosa seriosa, muy, muy.*

Le pregunté como estaba su asunto con Périla y todavía se ahondaron los surcos de su ceño. He aquí lo que me dijo:

Périla, a quien yo había estado tratando de "señorita", como soltera estaba tres veces casada. Pero no casada, divorciada, vuelta a casar y así hasta tres veces, no. Tenía ya tres maridos legales y con ella vivían los tres. Périla gustaba de veras de mi amigo y hacía ya

algunos meses que andaba poniéndole cerco, pero él por nada del mundo quería ser "cuarto marido".

-É, báó, báó. Siendo cuarto marido, corresponde barrer casa todas días, cuidar ninios pequeños. ¡No, no cuarto marido!

-¿El cuarto barre y cuida la menudalla?

Pues dime -habíamos empezado a tutearnos- ¿cuántos marido tiene aquí una señora?

-Teniendo siete, ya no uno más.

-¿Y cada uno de ellos tiene su especial misión en el hogar...materno?

-Ké, cada tiene uno. Primero, gran senior, ¡gran vida él! Juaguando, bebiendo, divirtiendo, y no haga nada, toda la día.

-Ya, ya: es el favorito, vaya. ¿y los demás?

-Segundo, cuidando casa bien puesta. Llevando cuentas.

-Si, hombre, si; es como un administrador que, a espaldas de su amo, se entiendo con la señora. Adelante.

-Tercero, cocina, cocinar guisando.

-Cuarto, barrer casa y cuidar pequeños.

-Quinto lavando y planchando ropa todo.

-Sexto lavar los platos y sacando lustre de zapatos elia.

-Séptimo recados, comprando en mercado. Mondar náíái -la patata del paía- y todo peor en la casa.

-Ya, el último mono. Y, dime: ¿de todos tiene hijos la señora?

-Ké, ké de todos. ¡Yo cuarto, no, no! ¡Primero o nada!

-Haces bien, querido Góre. Y dime -pregunté no sin zozobra- ¿Cuántos maridos tiene Mayán?

-¡Próla! (¡quita allá!) Mayán ninguono teniendo marido. Nunca casada ningauna vez. Oh, ¡jella dificoultad encontrando marido! ¡Touá tienes souerte muy muy!

Si que era verdad. Afortunado me consideraba de poder ser el primer marido de una *neolandesa*, pero por nada del mundo hubiera dejado entrar otro marido en casa. ¿Yo compartir el matrimonio con otros seis? ¡Un demonio!

El Góre sonreía con escepticismo.

-Touá castigado si no aceptar colaborador matrimonio.

-¡Pues no me casaré en este país donde tales enormidades son amparadas por sus leyes!

-¡Siete maridos legales! Siete calzonazos, diría yo. ¡Siete calzonazos!

Por lo visto allí abundaba la mansedumbre marital y el descoco femenino; tanta licencia legalizada me parecía me parecía el colmo de la legalidad.

estar "fuera de la ley" sería allí. seguramente ser persona decente; pero por lo visto eran las mismas leyes las que no permitían la decencia.

Mucho más hablamos del asunto, y si viene a cuento ya diré otras cosas de él. La conclusión era terrible para un mediano sentido moral. Como ya sabía que de la realeza abajo, los altos cargos y representaciones exigían de las mujeres el celibato, maliciosamente supuse que el país sería maestro en tapujos y en fraudes.

- *Aquí* -me dijo cuando nos despedimos, bajando la voz- *ninguna muker librar de enamorando... ¡No tampoco Reina elia!*

Y se marchó deprisa, dejándome aclarada una parte del misterio que yo creía adivinar en aquel famoso matriarcado *neolandés*.

XXI. MEDITAMOS

Y es que todas las cosas de este pícaro mundo que, más o menos, nos llegan a interesar y más si con nuestra vida se han de relacionar, tienen que penetrar nuestra experiencia y quedársenos allí depositadas, si han de servirnos de algo. El loco de "guarda, que es podenco" aunque orate, sabía por experiencia -que le entró junto con unos cuantos palos del amo del perro- sabía, digo, que a los podencos no se les debía deslomar dejándoles caer encima una gruesa piedra.

Superior a todo conocimiento teórico, la experiencia es lo que cuenta, y yo empezaba a sentir mi conocimiento con experiencia propia y personal, comprobando una vez y más, que es verdadero el adagio aquel que dice: "nadie escarmienta en cabeza ajena". Me faltaba aún ir experimentando mucho de lo que sólo sabía por referencias de mi guía y amigo.

Como ignoraba yo cómo pude llegar a aquel país de tan raras costumbres y no lo había de averiguar sino más adelante, de momento sólo podía pensar que mi extravagante destino me había conducido allí.

Tuve la fortuna de no pensar en ninguna especie de predestinación y no creer que venía de lo alto, por misterioso designio, aquel rarísimo trance en que me hallaba. Cuando en mis reflexiones solitarias me asaltó la idea del destino que misteriosamente me condujo aun país por entero desconocido para mí, la idea de Dios, que estaba en mí como obnubilada por los acontecimientos, se levantó de pronto en mi espíritu con su eterno imperio, y sólo supe preguntarme por qué sus designios me habían elegido para ser testigo de acontecimientos tan inesperados.

Si alguno de ustedes ha llegado a leer mis pobres novelas, que harto han hecho con procurarme el sustento, habrá advertido que, en ellas, el tema del amor es secundario, episódico, interpuesto sólo para sazonarles e interesar, vamos a decir, a paladares un poco estragados. Así, *urbi gratia*, en "*Police verso*", lo que importó fue antes que nada presentar al hombre luchador en la vida y desgraciado, a pesar de su buena voluntad, de su afán y denuedo. Cuando tantos afanes y sacrificios, y peligros, y esperanzas, cree llegar al triunfo, un tropiezo fortuito le hace caer en la desgracia, y una fuerza superior a las suyas y aun a la de todas sus adversidades, le precipita a desgraciado fin; le ocurre, pues, a mi fingido héroe, lo que a un gladiador famoso, favorito del pueblo y bienquisto del César, que por haber resbalado en la sangrienta arena del Circo, sólo por eso cae en súbita desgracia con los que tanto le aplaudieron otros días, y entonces, el adversario, ya a punto de ser vencido, le hiere mortalmente, y el público, defraudado, le pide a gritos al César: - ¡*Police verso!*- que era su sentencia de muerte. Y el César no duda en mostrar vuelto hacia la tierra su pulgar, ordenando su inmediato fin. Para darle a mi sombría novela algún momento de respiro, se entrelaza con la acción principal un episodio amoroso que pudiera haberlo suprimido y estuve a punto de hacerlo así, pero no quiso el editor tal cosa, pues sabía que el tema del amor es siempre sabroso y ameno.

Aunque otra de mis novelas, "El Porqué de los Tritones", está toda ella elaborada de aventuras galantes -su ambiente es del siglo XVIII- es la galantina pagana y no el amor lo que allí se respira; en otra de ellas "Felicidad", cuya venta ya andaba por la séptima edición, es todo lo contrario del amor lo que mueve aquellos aldeanos torpes e

infelices; si el amor sobreexiste en ésta es acaso por lo mucho que se le echa de menos.

Y así en todas mis novelas, tanto en las publicadas como las que tenía "en preparación" o en curso de elaboración mental, en vago proyecto. Perdónenme ustedes este inciso, pero yo quisiera darles una clara idea de la situación en que me encontraba al día siguiente de mi cena y sobremesa en casa de Mayana -así la llamaré dándole acento español a este nombre que empezaba a serme familiar.

Había yo tenido en mi patria amoríos, escarceos de variado y ameno colorido, sí; pero ninguno de ellos me había hecho pensar en el matrimonio. Lo que se dice enamorado...no, no lo estuve nunca. Yo no se que duendecico, espíritu burlón me hacía cosquillas en el alma y me inspiraba ligeras chanzonetas sobre cosas bien graves por cierto. De modo que sin ser mis obrillas catalogadas por mis críticos como humorísticas, tampoco hubieran podido serlo entre las graves o "de tesis". Yo me divertía escribiéndolas, procuraba entretener si no podía llegar a más, y con esto me complacía. ¿Como, pues, había de creer ahora que Dios me envió tan lejos de la calle de García de Paredes, donde tienen ustedes su casa, a Neolandia, a dar con mi media naranja?

¿No sería Mayana una de tantas mujeres *neolandesas*, caprichosas. envanecidas con la hegemonía, de los privilegios de que su sexo disfrutaba en aquella singular nación y que siguiendo las costumbres establecidas quería empezar por mí su vida matrimonial, haciéndome el primero de su futuro harem? Como durante mis reflexiones la idea olvidada de Dios se había despertado en mi alma, bien como al entrar en un antiguo templo podemos ver su imagen, noble y majestuosa, pintada en lo alto, esta idea me hizo recordar, ay de mí, que en muchos días no había asistido al Oficio divino. La última Misa a que asistí fue...no recordaba donde, en Madrid acaso.

No se me había ocurrido preguntarle a mi amigo si en *Ákara* había alguna iglesia donde pudiera enmendar mi falta, pero hice propósito de preguntárselo a la primera ocasión. Y así lo hice tan luego como nos vimos.

-Iklesia no habiendo Ákora una -me dijo- ¿Touá para qué Iklesia?

-¡Hombre! Pues para oír misa, para cumplir mis deberes de católico.

-¿Katólico qué?

-Pues... católico, cristiano. ¿No eres tu cristiano, Góre?

-No, Kristiano nadie Nópágia.

-¿Que no sois cristianos aquí? -exclamé con asombro, casi diré con súbito terror- Pues dime, Gorito de mi alma: ¿qué sois? Porque cristianos son muchos en el mundo aunque no sean católicos. ¿Que religión tenéis en *Nópágia*?

Sin duda que viendo la expresión de mi cara, pensaba mi amigo haber yo formado mal concepto de los neolandeses. Así, me contestó después de reflexionar un momento:

-Nópágia no tener religiona nada. No nada creyendo después esta tierra que viva.

¡Había llegado a una tierra sin Dios! El espanto me dejó sin habla. Que otras tierras hayan intentado inútilmente borrarlo de las almas era bien cierto, pero sólo había sido para entronizar en el Altar vacío una abstracción apenas, o un plan de gobierno, o a un hombre que también hubiera apartado a Dios de sí.

En un momento pensé en tantos pueblos que todavía adoran ídolos totémicos, grotescos, pero que, no conociendo a otro, son sus dioses, y a ellos se encomiendan en tanto no les sea revelado el único. Pero ¡vivir sin Dios!

Pues, por lo visto, era así en Neolandia y como yo seguía mudo, me dijo el Góre con cara de pena:

-É, touá pensando mal nosotros. Doloro mía es si touá no quiere más mi, porque no yo Kristiano!

Bien advertí que mi pobre amigo estaba desolado por sentirse, de golpe, separado de mí por causa de mi fe y de mi indiferencia. Sin saber de estas cosas, acaso adivinaba él que la Religión se llama así porque a unos con otros seres humanos nos liga con espirituales y firmes ligaduras, y, no existiendo estas ¿cómo puede haber sincera amistad entre nosotros?

Casi se le humedecieron los ojos cuando advirtió que nuestra buena amistad pudiera malograrse por causa de la Religión.

-Yo...no sabiendo que touá ser Kristiano. Pienso touá solamente novelista ser, más nada, Y Mayan elia no tampoco no Kristiana.

-Pero, querido...algo creeréis...

Otra pausa hizo el comandante y, después de reflexionar, de decidió a pedirme:

-Yo conociendo malo estas cosas. Filosofeya no tiene del cabeza mío dentro. Dios no conoce yo, viendo nunca yo...

-No seas bárbaro, Gorito; Dios es invisible.

-Y ¿como sabiendo Dios no viendo nunca él?

-¡Pero hombre, ésta es buena! ¿Ves tu, acaso ese fluido o lo que fuere con el cual producís la luz y movéis las máquinas, y producís la lluvia y la alejáis cuando conviene? No la veis, ¿verdad? Y sin embargo existe y da claridad como de día al aire, a la atmósfera y está a merced de una palanca o de un interruptor.

-*¡É, siendo élia otra cosa ser! Luz producen máquinas aliá en montania. Touá ver aliá arriba máquinas.*

-Si, y las máquinas las hacen los ingenieros y sus operarios, y a ellos como a todos nos ha hecho Dios, no lo dudes.

El más trascendental asunto que puede ocupar la mente humana no era para debatirlo ni siquiera plantearlo en una charla como aquella. El pobre Góre, entristecido de pronto, no abría la boca, antes bien la mantenía apretada como para obligarla al silencio. También me había entristecido a mí, aunque no me abandonase a la melancolía. El deseo de volver al seno de la Iglesia me acuciaba, pero no sabía mi amigo que esto pudiera realizarlo en su país, pues no había templos en él.

Como, a pesar de la tremenda separación espiritual que acabábamos de descubrir nos sentíamos más atraídos el uno al otro, quise saber su nombre para no llamarle siempre y siempre Góre, comandante o amigo, o simplemente tu, y así fue que esperaba saberlo.

Pero estaba de Dios que aquella mañana no había yo de dar una en el clavo, porque me dijo:

-*Góre siendo yo, más nada a touá. Báliai no dice nadie nombre suya. Yo bália Góre.*

-*B-Táxei* (tachéi, pronunció, que quería decir: 9-16.) Pena de muerte yo, todos *báliai* si diciendo nombre. ¡Era sólo un número en el escalafón de la Policía! Una cifra detrás de una letra que era otra cifra! Callé por no aumentar su pena. Cambiando de persona, quise que me dijera el significado que tenía el nombre de Mayán.

-*É, nombre bonito elia. Mayán Kélia, siendo Felicidad Saborosa.*

-¡Sabrosa Felicidad! Observo que ponéis muy lindos nombres a vuestras mujeres...aunque no siempre lo merezcan. Lo digo porque lo que me contaste anoche de Périla Sándáia, de la estrella resplandeciente, no cuadra mucho con nombre tan bonito. La tal

estrella me parece un sultán con faldas y que creo que tiene más malicia que resplandor. Comprendo que huyas de sus acosos.

-No, no gustando a mí.

Y otra vez volvió a entristecerse el infeliz B-16 por causa de mi conversación.

XXII. PASATIEMPO CIRCENSE

Aunque mi fiel amigo, otro día, quiso continuar mostrándome los placeres de la ciudad, y aunque con él visité no pocos y diversos esparcimientos, lo que no vi pude imaginármelo y con ello tuve bastante para sacar en limpio que aquella gente adinerada, ociosa y obsesa con la idea de divertirse sin tregua, era una pobre gente materializada, desprovista de sensibilidad mora y que, tal vez, su aturdimiento provenía de no saber ocuparse en algo digno del ser humano.

Jugaban en *Ákara* el dinerillo con verdadero frenesí, y no creo que en parte alguna haya timbas como aquellas ni ocasiones de exponer capitales a los caprichos del azar. Si las carreras de caballos estaban prohibidas a beneficio de estos animales se les substituía por cuadrigas humanas, las cuales arrastraban por la arena del gran Estadio carros ligeros de *lá*; los guiaban haciendo restallar un largo rebenque, mujeres semidesnudas, o -parodiando el conocido chiste de actualidad- vestidas con "tres piezas": un slip, un antifaz y el susodicho látigo.

Apenas pude soportar de aquel espectáculo una sola vuelta, viendo como los rebenques herían las carnes de aquellos improvisados centauros; aunque el *Góre* trató de consolarme dándome a entender que aquellos infelices eran presidiarios que recuperaban su libertad si ganaban la carrera, y que se puntuaban con validez para otras.

Lástima que no me dio tiempo de fundar una Asociación protectoras de personas, pues bien se ve que allí, como en otras partes del globo terráqueo, se demostraba compasión por los animales llevada a sus últimas consecuencias, pero desde el último ser de la escala zoológica al hombre, una infranqueable muralla los separaba, y los presidiarios y los que se creían libres, no inspiraban, por lo visto, ninguna lástima.

El público se lo jugaba todo en aquellas carreras de hombres, y no eran pocos los que arruinaban en una sola tarde; pero ¿para qué se había establecido el Departamento de Congiarios sino para volver a llenar las bolsas vacías de los jugadores? ¡Oh, sabia y prudente legislación que así evitaba la ruina y el consiguiente suicidio de los que lo perdían todo divirtiéndose! Porque al otro día mi congiario generoso, con organización perfecta, remediaba el daño. Mi enamorada Mayán se encargaba en días de reparto de monedas, de... firmar la orden, en nombre de su Majestad.

XXIII. BUENO, SÍ, AMEMOS

Por cierto, les supongo a ustedes con ganitas de saber algo de mi asunto con la Saborosa Subsecretaria y si nos vimos en adelante. Pues sí que nos vimos. Casi siempre era ella la que, descendiendo por los aires en su *briéla*, venía a buscarme al hotel. En medio de nuestro contento nos atormentaba no poder entendernos, aunque iba yo haciendo algún progreso en la lengua *neolandesa*, en tanto que ella sólo había podido dominar la pronunciación de la Ñ y andaba bastante adelantada en la de la J y la LI.

Yo no sabía como excusarme de haber tomado aquello como un pasatiempo y me avergonzaba de ver que para Mayán se trataba de todo lo contrario; su juvenil hermosura, su bondad, no merecían ciertamente la comedia que yo había empezado a representar con ella, pero no tardé en ser castigado, ya que a las pocas semanas me sentí calado de amor hasta los tuétanos.

Reírse del amor es gran torpeza y el hombre no puede cometer ninguna mayor; pero yo justificaba mi actitud con argumentos que me daba la vida misma neolandesa, la cual, en tantos detalles no podía ser tomada en serio. ¡Podía un hombre fiarse del cariño de una mujer allí donde las leyes le consentían repartirlo proporcionalmente con siete hombres?

Mi recelo, cuando pensaba en esto, me hacía unas veces estremecer, otras reír, y no podía tomar el matrimonio al estilo del país. Pero cuando mi cortejo se fue... afeminando y me decía "cariño mío español" y la veía -o me lo hacía ver mi deseo- emocionada, me rendía. Y sólo veía una solución, llevármela lejos de allí. Llevármela... si es que yo mismo podía salir de tan herméticas fronteras.

Entre tanto me iba informando más y más de mi vida en Neolandia: el divorcio no estaba allí permitido por haber sido superado por la sabia legislación. El hombre ofendido en su honor, tenía que resignarse a vivir con la que le había conquistado aunque hubiera ofensa grave, y los únicos recursos eran la fuga del hogar materno - castigada con veinte años de presidio y las cuadrigas en el Circo- o el suicidio, que a sí mismo se castigaba con la última pena.

Ahora bien, no piensen ustedes que este recurso trágico era allí frecuente, pues lo normal era que no hubiera allí escisiones, pero no se podía evitar algún poco de barullo entre ellos, el mal siempre acaba prontamente a zurriagazo...¿quien, dirán ustedes? Pues... la eunuca. La guardiana del harén matriarcal.

Y ahora caigo en que no les he dicho a ustedes todavía nada de este tipo de mujer, custodia del orden entre los maridos, los cuales, aunque cada uno de ellos tenía su habitación independiente, en ausencia de la cabeza de familia solían reunirse a jugarse a las tabas o al tute sus ahorrillos. La eunuca era en Neolandia una institución muy importante: una habilísima punción raquídea la hacía aborrecer en adelante el amor y cobrar a trueque de..."tan sensible pérdida", odio feroz a los hombres.

Un rebenque y no gritos ni autoritarias voces, era el arma terrible de la eunuca, y en la Escuela Nacional de Guardadoras del Orden en el Hogar, (que en *neolandés* se decía así: *Fáróa páténia Kólégia...* y observen que esto de *Kólégia* era algo muy raro, pero cuya explicación verán más adelante) en su escuela, digo, las adiestraban en el manejo de rebenque de suerte que a voluntad podían graduar el daño que tenían que hacer, proporcionado a la falta cometida.

En fin, señores, que yo estaba perplejo y no me determinaba a formalizar mis relaciones con Mayana, aunque le daba esperanzas, y aun le consentí que me besara en la frente, cosa que a ella le proporcionó el placer de acercar su fresca boca al nidal de mis pensamientos y el de la novedad del caso, pues el beso en la frente era enteramente desconocido en el país.

XXIV. LOS GLOBITOS DE 'EL PARAISO'

Los días y las semanas pasaban y mis progresos en el aprendizaje del idioma no adelantaba lo que yo hubiera querido. Pensando estaba en que no tomaba ninguna decisión respecto a mi visita a otra capitales, en realidad por tener en *Ákára* a Mayana que diariamente quería verme y también mi amistad con el *Góre* y por la comodidad que encontraba en frecuentar su trato.

Sin embargo iba preparando mi traslado a *Békára*, sin prisas y sin que Mayana se enterara de ello.

Ultimando detalles con mi amigo, se le ocurrió a éste que podíamos merendar en El Paraíso, lugar para mí prohibido por su Jefe de la trifulca que produjo en cierta inolvidable y nefasta noche. En mala hora accedí a su deseo, pensando que no habría de ocurrirme nada desagradable.

Entramos, nos posesionamos de una mesa; pidió mi amigo unas quisicosas y unas copas de fresco *lápián* -que es algo que inútilmente quería ser cerveza- y seguimos nuestra charla.

Había gente. Tan alegremente como de costumbre, bebía, charlaba, cantaba al compás del jazz, bailoteaba... Era la hora de los globitos, un jueves, que de no serlo hubiera parecido martes a un supersticioso. Como yo nunca había visto nunca un baile de globos ni podía sospechar de qué se trataba, me limité a hacer lo mismo que hiciera mi amigo.

Los repartían unas encantadoras muchachas vestidas... es un decir, de ninfas acuáticas, y el globito tenía que prenderse de un botón y dejarlo volar plácidamente en tanto se comía y libaba, y durante el baile y siempre, hasta llegada la hora de la rifa, y a este efecto, cada uno de los globitos tenía marcado un número. Parece ser que aquella gente tomaba muy en serio lo de la rifa, que estaba combinada con no se que complicadísima red de sorteos, crecientemente ventajosas, con premios muy crecidos y sin descuento benéfico, que allí eran desusados, desconocidos e innecesarios.

El mismo diablo debió de soplarme la malísima idea de hacerlos estallar y con ello hacer desaparecer los números para la rifa aquella. Unas grageas que había comprado para aliviar la tos, me sirvieron de balines, y la paja con que sorbíamos el *lápián* sería la cerbatana. Disimuladamente ensayé en uno que tenía a media distancia. ¡Pum! Estalló con gran sorpresa del que lo tenía y de las personas que con él estaban. El *Góre* lo vió y se puso pálido:

- *No siguiendo*, -me rogó por lo bajo-, *ser peligroso*.

¿Que no? ¡A buena parte iba! No sé que había en mí que parecía retrollevarme a los días de estudiante, a las travesuras de la edad del pavo. Armada de nuevo la cerbatana, hice estallar otro globo. Nadie lo vio. Los rumores crecían. Nadie llegaba a comprender a qué era debido que los globos estallasen por sí solos. Y así ¡plaf! ¡pum! ¡chas!, iba en aumento la catástrofe, y los rumores ya fueron gritos; yo hice estallar el mío y me mostré tan indignado como los demás, con lo que intentaba disimular mi travesura.

El prudente *Góre* previendo mal fin para mí, desapareció, como la vez pasada, y trajo con él un pelotón de guardias armados de aquellas jeringas de marras. Pero cuando llegó con su gente ya había sido descubierto mi alevosía, y fui reconocido por algunos de los que la ocasión pasada tal vez recibió de mis manos el obsequio de alguna botella vacía o una mesita volandera. Venían tantos contra mí que me creí perdido.

Los de la *Bália* hicieron funcionar unas jeringas, pero los gases soporíferos, al combinarse con el que al estallar los globos se esparcía por el aire, comenzaron a producir explosiones como de traca valenciana y sembrando terror pánico entre todos.

No he visto nunca un barullo semejante ni sabré describírselo a ustedes. Sólo diré que todos corrimos a la calle y que cuando ya no quedaba nadie en El Paraíso, una explosión horrisona alarmó a la alegre *Ákára*, que en aquella hora se prepararía para la cena.

Me sentí llevado en volandas y poco después en un *bríla*, y no tardé en encontrarme en la azotea del Hotel Central, acompañado por mi amigo y protector, cuyo semblante, esta vez, revelaba verdadera angustia.

-Ahora, *trá, trá, trá*, no perdiendo tiempo, *huir, huir Békára*. Prisa, prisa...

Corrimos a mi cuarto. A puñados metimos mis cosas en las maletas y corrimos a ocupar otra vez el *bríla*, y este se elevó, rápido, y nos trasladó en poco tiempo a *Békára* la capital que en el mapa vi ocupando el centro de la capital triforme. Al volar por encima de lo que fue El Paraíso, solo vimos escombros y suerte fue que no acabase todo ello en incendio, si bien este siniestro no era temido por los *neolandeses* a causa de sus instalaciones *pluvíogenas*.

La ciudad central, entrevista desde la altura a través de la nebulosa azulada de su misterioso sistema de alumbrado, me pareció más rica en grandes y vistosos edificios. Pero el miedo no me dejaba sosiego

para fijarme en detalles. Cuando el aparato nos dejó en una nueva azotea, saltamos a ella y fuimos en busca de refugio para mí.

Me había conducido mi salvador a un buen hotel -Luego supe que se trataba del Hotel Skott- donde me dieron una habitación interior a petición mía, pues sin que pueda decir porqué me pareció que debía esconderme. El *Góre* corrió con todo. Hizo girar de una caja a otra mis fondos y ya nos despedíamos a la puerta de mi habitación cuando el *boliteléfono* gritó estas palabras:

-¡Ah!, mal amigo, loco y bribón. Es inútil que trate usted de esconderse. Su locura acaba de producir una catástrofe, aunque sin desgracias personales,

Reconocí la voz y no me amilané: -Lo siento en el alma, Jefe; pero ¿como iba yo a suponer que los gases soporíferos y los de los globitos no se pueden ver sin armar camorra? ¿Tengo yo la culpa de esa imprevisión de los químicos geniales de su país? Yo sólo quería divertirme en la Meca de las diversiones...

-Pero ¿sabe usted, además, que ha desbaratado la organización de rifas y sorteos de este mes? Suerte tiene usted de que yo sea el Jefe de la Policía, que si no...Y en cuanto al *Góre*, que se me presente inmediatamente.

Y no dijo más. Mi amigo y yo nos abrazamos sin decir palabra, y él se fue, y yo intenté dormir en vano. La frente me ardía, las sienas me martilleaban dolorosamente. Acaso soñé, hacia la madrugada, que unas finas y amorosas manos se posaban sobre mi frente, calmando mi dolor. Pensé que eran las de Mayana y aun me parece que la nombré con gratitud, y que ella me susurraba: Mío cariño español, duerme, duerme...

XXV. EN LA REAL BÉKÁRA

Me desperté un poco tarde y lo primero que asaltó mi memoria fue el desastre que mi broma imprudente causó la noche anterior. Recordé que me habían llevado a un hotel de Békára y que a este se le llamaba Hotel Scott. Ahora reflexionaba sobre esto, pues no entendía que relación podía tener con Neolandia el famoso cuanto desgraciado explorador inglés.

Vino a sacarme de dudas el *Góre*, pero antes hablamos de otras cosas. El Jefe le había reprendido severamente por "lo de anoche", pero también tuvo que disimular la risa por el asunto de los globitos. Mayán no sabía nada de mi huída, pero no tardaría mucho en saberlo. El acudía a orientarme en mi nueva residencia, a indicarme un buen profesor de su idioma, ayudándome con todo ello a precipitar lo más posible el fin de mi visita a Neolandia. Empezaban a cansarse de mí y tal vez tenían imprudencias mayores que las pasadas.

Almorzamos juntos y como quise saber por qué estaba alojado en un hotel dedicado a la memoria del Capitán Scott, el *Góre* me explicó la causa:

-Pasando él, Scott, en barco suya cerca de tierra nópaga, quiso desembarcar, no pudiendo. Olas grandes amenazaban el barco suyo. Toda gente hubiera perecido ¡puf! ahogando elia. Bien, pensé, otra vez la leyenda de los vikingos ¿Cómo era posible que Scott y los suyos pasaran por cerca de aquí, navegando hacia el Polo Sur? En todo caso su diario no dice nada de ello. ¡Misterio! Yo fingí creer aquella patraña, pero no dejó de inquietarme el pensar que, en realidad, no sabía en qué parte del hemisferio antártico me encontraba.

El *Góre* quiso mostrarme desde el aire la capital de la gobernación, de la administración, del estudio y de la realeza, así como me había mostrado la del Placer. Volamos, pues, y desde la altura vimos como en un mapa los edificios, jardines, plazas y calles de la anchurosa *Békára*, y me señaló mi amigo lo más importante, el gran Palacio, que descansaba sobre la gran colina llamada *Má -lá* (la criadora del oro) porque era toda ella una enorme y maciza mina de aquel metal.

Me indicó la Biblioteca Universal, extensa fábrica de basalto y ladrillo verde -como todas-; la Universidad, dividida en varios campos. El Teatro Real, que era asimismo sala de conciertos; el Palacio de las Asambleas legislativas; y multitud de Palacios Departamentales, -vulgo Ministerios- todo muy suntuoso, muy... aparente, como dicen en Andalucía, muy ostentoso, pero no de buen gusto. Yo lo veía todo como hinchado, soplado, ostentando el poder del dinero, que tanto más se estima cuanto menos vale, pero como la mirada del *Góre* resplandecía de orgullo, fingí una admiración que no sentía.

Cuando aterrizamos en el lugar de un jardín público reservado a los aparatos voladores, nos sentamos a tomar un refresco y a seguir nuestra charla. Mi amigo, entristecido por la necesidad de separarnos, me decía:

-Ahora, sin mío ¿cómo touá arreglando? ¿quién traduce nópágo para touá? ¡Góre no más con touá! Tendrás que ir en akademia...

Naturalmente que si; lo más derecho era tomar lecciones de *neolandés* en una academia. Pidió una guía y en ella buscó y encontró lo que yo necesitaba;

-¡Aquí tengo!

-¡Eureka - añadí.

-Bao, báo eureka: xá (Chacótera, o sea Academia) -Aquí tengo touá: Néreán nópágiania Xácótera séloé. (Lengua neolandesa Academia enseñando.) Dirige elia ouono spaniol vieja. Conociendo yo, doy tarjeta mío, y touá aprendiendo muy muy...

Pues dicho y hecho. Nos despedimos hasta pronto y yo no tardé en llegar a la *Xácótera* o chocolatera aquella del director español.

Llegué, subí, llamé -digámoslo remedando a César-. Una placa de lá tenía grabado aquello de: *NÉREÁN NÓPÁGIANIA XACÓTERA SÉLOÉ.*

La puerta se abrió: un viejecito sonriente y desdentado, que vestía un largo batón de faena, me convidó a pasar. Pregunté en español :

-¿El señor director?...

El buen hombre no me hubiera entendido a no ser él mismo el director.

-¡Caramba qué suerte; un español! Pase, pase, señor, por aquí...

Me condujo a una salita y nos sentamos. Era él mismo el director , y yo pensé que le sorprendí en un trasiego de libros, o de muebles, o qué se yo, porque así me parecía deducirlo de su indumentaria de "mecánico". Como no se excusó de recibirme tal como iba vestido, suspendí mis cavilaciones.

Le mostré la tarjeta que me dio mi amigo.

-¡Ah, veo que está usted bien recomendado, que tiene buenas relaciones en este país!...Bravo, tanto mejor

Le expuse mis deseos de acelerar el conocimiento de la lengua *neolandesa*, de la que ya empezaba a saber un poco. Le di también mi tarjeta, que él leyó complacido por tratarse de un nombre y dos apellidos españoles, y me correspondió con una suya, en la cual leí:

Noé Ténéféi y Gallardo

Nééáni Séloén

Debieron recibir mis ojos con asombro aquel raro nombre, ante todo aquel Noé, aquel nombre bíblico que por vez primera veía aplicado a persona viva, porque dejó oír una risita corta y me dijo:

-Esto de Noé, que veo le choca, no es lo que usted se figura... a menos que lo haya visto usted en el vocabulario. Significa sandalia, que bien podría traducirse por Sandalio, y es nombre cristiano. De modo señor de Méndez, que tiene usted delante al profesor Sandalio Téneféi y Gallardo, que enseña idiomas, para servirle.

Simpatizamos. Convinimos en que iría a tomar la lección todos los días, de 7 a 8 de la tarde; pero como recordé que en Neolandia sólo dos horas se empleaban en trabajar así se lo dije, y él soltó una risita y me repuso:

-Si, las clases oficiales de mi Academia son de 10 a 12 de la mañana, pero yo y mis compañeros podemos dar las enseñanzas que nos dé la gana. ¡No faltaba más!

Entendí que el señor Gallardo no estaba muy conforme con las leyes neolandesas, o por lo menos aquella que consentía una jornada de trabajo superior a dos horas. Por ello supe que allí, en *Bákéra*, los intelectuales -casi todos republicanos- si no conspiraban, cuando menos se saltaban a la torera mas de una ley; pero les ayudaba a ello la idea, muy generalizada, de que todo trabajo que no es manual, o mecánico-manual, no merece el nombre de trabajo.

Le insinué el placer que tendría en que me acompañase a cenar, y vi que aceptaba con alegría. Yo no creo que el señor Gallardo viviera con estrecheces, pero tal vez en él continuaba la tradición del dómine atrasado de filetes con patatas, porque en cuanto olió el convite, se le encandilaron los ojillos. También hay que decir que en Neolandia no hay manera de rehusar si es uno convidado.

Salimos la calle y anduvimos un poco, desembocando en una plaza con soportales que, aunque de dimensiones más grandes, se parecía bastante a la Plaza Mayor de mis madriles. Por más que hice no pude averiguar qué pintaban allí los soportales, tan útiles allí donde llueve y nieva, como tampoco porqué se alzaba en el centro de la Plaza una estatua de Napoleón... aunque esto era más comprensible.

Un restaurante de buen aspecto nos acogió; era exactamente, la una y cuarto, y casi todas las mesas estaban ocupadas. Nos posesionamos de una de las vacías, que eran ya pocas y mi convidado se caló las antiparras de profesor para leer la minuta.

Pero me olvidé de decir que don Noé, para salir a la calle, no se quitó el batón de dril amarillo, y solo se ciñó su cíngulo medianamente ancho, verde, y rematado por los borlones azules, signo de su autoridad académica.

En tanto cenábamos y echado ya algún traguito de *é/la*, que el profesor aligeraba con *xárab*, -especie de limonada hecha del fruto silvestre llamado *xar-*, me fue instruyendo en las costumbres del país, y de paso me anticipaba alguna lección de lengua *neolandesa*. Como en mi impaciencia quería saber mil cosas a un tiempo, él me atajaba, frenando mis ímpetus. Lo primero que se me ocurrió aislar de aquel revoltijo de mi mente, fue: -Yo esperaba leer en el rótulo de la fachada de su casa la palabra *Kólégia*, que vi en *Ákará* y que supuse equivalente a Colegio o Escuela.

-¡No lo quiera Dios! ¿No sabe usted, entonces lo que es *Kólégio*? (pronunciado coleguio, con ge alemana)

-Yo no.

-Ah, porque si lo supiera y me lo preguntase no hubiera tenido otro remedio que pensar en una broma pesada, casi una ofensa...

-Usted me dispense...yo

-No si ya lo sé. Pues, amigo señor de Méndez, *Kólégia* (có -leguia) quiere decir: ¡pega fuerte!, y ese nombre lo lleva la nefanda "Escuela de Eunucas", una verdadera mancha en el honor nacional! Si, señor: una mancha de espanto.

Como ya sabía yo algo de aquello pensé si el pobre profesor Noé no habría sido víctima de una de aquellas comitreras de rebenque, y no me equivoqué.

-Sabrá usted que yo fui marido tercero de una gran dama de la aristocracia *neolandesa*. Marido tercero, o sea *C-sétái*, quiere decirse pasar lo mejor del día junto a los fogones, guisando y condimentando para la señora, su favorito y los... los odaliscos, -como si dijéramos, incluido el que suscribe, vulgo menda. Y ¡a propósito! ¿Sabe usted lo que es *menda* en *neolandés*? Pues es, exactamente cocinero. Ya ve qué fatalidad, y qué contrariedad para mí. La señora no me trataba mal, sobre todo si de vez en cuando cargaba la mano en la salsa de *ajói* -se escribe *asxoi*-...

-Si, corriente. Son los ajos españoles.

-Con perdón, ¡yo los aborrezco! La maldita *pátenia* que nos vigilaba látigo en mano, la tomó conmigo a causa de los ajos, porque la daban

irritación de vientre, y me trataba como no lo hubiera hecho un cabo de varas en el penal de vida más dura. Tanto padecí, adelgacé, perdí el apetito y las fuerzas, y hasta el oficio que me asignaba la ley en aquella casa, que la propia señora, compadecida, me manumitió; esto no sé si usted lo sabe, da derecho a una fuerte indemnización y exime de la pena de nuevo matrimonio, pues pena hubiera sido para mí.

Con aquel dinero de la indemnización y lo que pude juntar de los congiarios y propinas de la señora y de los convidados -dados a pesar de la prohibición-, puse esta Academia de idiomas; lo primerito que enseñé yo mismo en ella, fue el baile flamenco, que aprendí de mi madre.

A mí me seguía preocupando el problema del matrimonio, del hogar, de los hijos...

-¿Los hijos? ¡Allá cuidados! Por la casa gateaban algunos. ¡Vaya usted a saber de quién de los siete maridos eran! Mire usted: el gran Quevedo pone, a este propósito, en boca de Pero Grullo, esta redondilla:

"Las mujeres parirán
si se empeñan y parieren
y los hijos que nacieren,
de cuyos fueren serán"

"Verdad que no admite controversia y que nunca se podrá aplicar con mayor justeza que en Neolandia. Yo que sentía humor quevedesco a causa de mis tribulaciones, compuse un refrán al estilo *neolandés*, pero que decía en español porque no lo entendían:

Hijos naciendo, maridos mugiendo, y que se chinchen estos calzonazos.

-Por lo que veo, profesor, no está usted de acuerdo con esta gente.

-Verá Vd., en muchas cosas, no. Pero aquí se vive bien, a pesar de los pesares. La vida es fácil, suave el clima, sanos los alimentos, aunque sabe uno que todos son pura química, o sea *Símiliái*; el *éla* nos alegra las horas y nos ahuyenta el tedio, y nunca falta dinero para echar un mechoncito de canas al aire...je, je...

-Me ha gustado el refrán que dedicó usted a los maridos de por acá... Aunque me pareció que todo en él es gerundio, al uso *neolandés*.

¡Ah, amigo mío! ¿ya sabe usted eso? Pues sí; esta lengua gerundiza que es un gusto. Sus verbos no tienen más que presente, gerundio, pretérito y se usa poco el infinitivo. Pero, ¡caramba! tiene usted afición; será un buen alumno. Brindemos por España y la tierra de María Santísima. Levantó su copa. Yo dije: -Kámará! -Moóá -dijo él, y tradujo: ¡viva tu mare!

XXVI. PEPA LA GALLARDA

Saboreaba el profesor Sandalia el *bromka* casi gota a gota y no parecía tener prisa de nada, y como yo le oía con gusto, aguardé a que volviera a abrir la espita de sus relatos.

"Yo soy Gallardo -aunque me esté mal decirlo- por parte de madre. Era ella de Cádiz, lugar famoso en el orbe y de larguísima historia. En casa verá usted su retrato y me dirá si no era una hembra de soberana hermosura. A Pepa la Gallarda, como llamaban a mi madre -Josefa Gallardo y Montoya- la conocía medio mundo, y el otro medio soñaba con ella; no hubo bailaora mas castiza y salerosa en toda la redondez del planeta, no señor. Bailaba siempre al son de la guitarra y nunca quiso sexteto, ni piano ni orquestina ni otra música que la de un buen tocaor: su primo Miguelito Montoya. ¡Éle, el David de la guitarra! Fue famosa en los tiempos de la Bella Otero -aquella Carolina que era un espanto de belleza-, y de la Cleo de Merode, que aunque no era cañí, estaba muy bien, de frente, de perfil y de medio perfil. Eran los tiempos de la Tortajada -¡Osú que jembraza! Pero de las cuatro se hubiera reído mi madre de no haber interrumpido su carrera en lo mejor de ella.

Las otras tres, la Otero, la Cleo, la Tortajada, iban de capital en capital, de corte en corte, haciendo suspirar de deseo a las testas coronadas, y de envidia a las señoras. La solemne barba cuadrada del viejo rey Leopoldo temblaba al ver bailar a mi madre como a ninguna. La tripa elegantísima del príncipe de Gales se desinflaba un poco con que sólo levantara mi madre sus brazos. Hasta al severo emperador Francisco José se le erizaban las patillas cuando ella se arrancaba por bulerías.

¡Era muy grande mi madre, si señor, de espanto!

Comprenderá usted que si no en el trono de Inglaterra, de Bélgica, de Alemania o de Austria, detrás del trono se hubiera podido sentar, si hubiera querido. Por celos reales se tiraron del moño más de una vez

mi madre y la Tortajada -que por cierto tenía un genio muy fuerte- ¿no la llegó usted a ver?”

- Pues no, señor. Mi corta edad no me ha permitido alcanzar a esas notabilidades de la Danza, pero hace años estuve en Granada y me enseñaron la casa, de estilo morisco, donde pasó sus años de jubilación la famosa bailarina. A las otras las he visto nada más en tarjetas postales.

- De mi madre las conservo yo; verá usted como se las merienda a todas en hermosura.

- Pues verá usted: mi padre la conoció en Cuba, estando ella de *tournee*. Se quisieron; se casaron por lo judicial porque mi padre, *neolandés*, no era católico. Nací yo, -impedimenta o maleta de más en el equipaje familiar- y estando en Méjico, desapareció mi mamá misteriosamente. Por más que buscaron y pregonaron, no fue hallada. Desesperado mi padre, -que era importador de frutas tropicales- me trajo a Neolandia, me internó en una escuela y él se volvió al mundo afuera a buscar a mi madre. Ya me afeitaba yo con Gillette cuando volvió con ella. Apenas la recordaba y de pronto no la reconocí, pero cuando la oí cantar por lo bajo y repiquetear los palillos con aquella gracia tan suya, la recordé por entero, aunque no sé si tenía tres añitos cuando nos abandonó. Sin que ella pudiese llegar nunca a aprender el *neolandés*, me enseñó el español y no pocas palabras del caló que, según decía, hablaba su familia. Por cierto que ignoro por que causa, encuentro en el *neolandés* bastantes palabras -que ya nos saldrán al paso- muy parecidas al caló. En sus últimos años fue cuando me contó su vida entera, gozando con revivirla conmigo, tan lejos de su patria. Por su gusto hubiera seguido bailando desde su llegada aquí, pero mi padre, que era muy celoso, no quiso que se exhibiera más.

- Pero no me ha dicho usted donde fue hallada, le interrogué.

- En Casablanca, si no recuerdo mal. Rodaba mi madre entonces por Marruecos. Mi padre, cuando reunió su mercancía, siguiendo la caravana la llevó a Dakar. De Dakar, por el expreso submarino, la trajo acá.

Di tal salto, que derrumbé la mesa al oír aquello del expreso de Dakar: Un tren submarino... un larguísimo túnel... he aquí el expreso misterioso que me había llevado a Neolandia! Sólo me faltaba averiguar cómo es que yo me hallaba en Dakar y quién me metió en el tren.

XXVII. MÁYÁN ME LLEVA AL “CINE”

¿Qué suponen ustedes, que me había olvidado de Mayana? De ninguna manera. Ella sabía por mi lo ocurrido; nos hablábamos todos los días y si no venía a verme era por el qué dirán, pues era una señorita muy mirada. Personaje destacado del gobierno, como soltera candidata al cargo de ministra, había de ser prudente.

Pero la prudencia, como todo, tiene su límite. Una tarde, el *telebolífono* me anunció su visita:

- *Buenasss tardesss, cariño mío.....*

- ¡Máyán! ¿En dónde estás?

- *Espérame en Scott hotele. Voy.*

Poco tardó en llegar a mi cuarto y me arrastró afuera, a la calle. Aunque no eran grandes mis adelantos en su idioma, ya podía ir diciendo algo que ella me entendía, por que pronunciando con claridad se entiende bien, el *neolandés*. Paseábamos pues, por calles y plazas charlando y enseñándole algunas palabras de español.

- ¿Vamos *biro-patkei*?³

- A cine me quieres llevar, encanto? Pues vamos al *biro-patkei* i sea lo que Dios quiera... si no llega antes el diablo.

Era el salón de proyecciones más importante del país, donde se daban las cintas más avanzadas y atrevidas de Neolandia la cual, al decir de sus naturales, era el país más avanzado en cuestiones cinematográficas. Sin embargo, la película que aquel día proyectaban era una interpretación del drama, tan conocido, de Enrique Ibsen "el pato silvestre".

No me enteré de nada, no sólo porque a Mayana le interesaba más tenerme a su lado que aquello de ver *visiones*, o porque las tales visones se proyectaban cabeza abajo; novedad era esta muy elogiada por la crítica oficial -la única gratuita, aunque bien subvenida-. El ensayo mereció un premio de estímulo de la Filá *biro-patkeia*, o sea la Comisaría de Cinematografía.

Mayana, pasando su brazo derecho por mi cuello, me repetía sus amorosas palabras en español, y tampoco se enteró de nada. Cuando

³ Biro-patkei, o sea, "cine". Palabra compuesta de biro, ver y patkei, visiones.

acabada la proyección se hizo la luz, vi con sorpresa que todos los espectadores o llevaban caladas unas gafas -muy complicadas me parecieron- o se las estaban quitando y las guardaban, en espera de ver la otra película. No todo era bueno, a mi parecer, en aquel país, pero la organización del "cine" me agradó de veras: de las 10 de la mañana a la 1 de la noche proyectaban ininterrumpidamente, y siempre películas distintas. Otra cosa buena: se pagaba a la salida y se daba lo que a cada cual le parecía bien, con lo cual producían las películas con relación a su calidad, mucho las buenas, nada las malas. Cosa rarísima me pareció esa práctica en país cuyo sentido moral era casi nulo.

Como pude, le pregunté a mi cortejo que especie de antiparras eran aquellas que todo el público usaba. Ella, con repentina risa, salió de su butaca y la vi dirigirse al vestíbulo de donde al poco rato volvió trayendo de aquellas gafas para ella y para mi, y además me trajo una bolsita con algo dentro que me pareció eran bombones o caramelos. La bolsita contenía - aunque no lo crean ustedes- ¿qué, dirán? Pues ¡cacahuetes! Si señores, cacahuetes, que gozaban allí de gran aceptación, aunque eran golosina bastante cara.⁴

En cuanto a las gafas, de veras complicadas, tenían la virtud de invertir la imagen fotográfica y, además, darle colorido; era la última palabra de la técnica cinematográfica neolandesa; llegué a saber que espías norteamericanos y rusos se disputaban la proeza de sorprender el secreto de invención tan maravillosa.

Creo que Mayán llegó a comprender el interés que para mí tenían aquellas novedades: inversión de imágenes, color, tercera dimensión, música electro-etérea, y esto debió de molestarla, porque ponía unos morritos muy monos, como si tuviera celos del biro-patkéi; yo procuraba tranquilizarla como podía, pensando cuan urgente me era aprender su idioma para de hablando, como dicen, nos entenderíamos. ¡Ah, jóvenes insensatos -pensé de muchos- que en vez de perfeccionar el conocimiento de la lengua propia os afanáis por aprender otras extrañas, vivas o muertas.

Bien. La segunda película se la dediqué por entero y aunque por lo poco que de ella vi -de reojo- me apreció que era de propaganda del régimen matriarcal en que aquella gente vivía, no puedo contarles a ustedes el argumento.

⁴ Más tarde, supe que los importaba, con licencia particular de la reina, un español y valenciano de un pueblo llamado Alcora, en la provincia de Castellón. Habían intentado cultivarlos en el país, pero la planta crecía sin dar fruto.

Salimos al fin. No estaba Mayana quejosa de mi sumisión y como era tarde me acompañó al hotel, nos despedimos tiernamente y ella voló hacia *Ákara* antes que dieran comienzo en ambas ciudades las oportunas lluvias municipales. No me acosté sin llenar una hoja de mi cuaderno de apuntes escribiendo unas notas sobre la cinematografía *neolandesa*, improvisando mi juicio siguiendo la costumbre que había visto adoptada por amigos míos periodistas, los cuales improvisaban con maña literaria conocimientos que no tenían.

Sonaba el chaparrón municipal cuando me dormí.

XXVIII. LITERATURA Y ARTE

Al otro día quise conocer la Biblioteca Universal, situada en aquel enorme edificio que desde el aire había visto. Una serie de señales estratégicamente dispuestas, guiaban a los visitantes y lectores, y tal era la organización en ellas, que sin preguntar a nadie llegué a las salas de Literatura española. Bien es verdad que tampoco hubiera tenido a quién preguntar, porque aquel inmenso organismo carecía de personal subalterno, y si había empleados de categoría, he de decir que nos vi por ninguna parte. En los vastísimos ficheros encontré de todo; no tenía pensado qué pedir, o que tomar, mejor dicho, y como en realidad sólo iba como curioso sin plan de investigación ni de lectura, ya que estaba allí quise ver las ediciones de *El Quijote*. Fui al fichero de traducciones, orientado por los colores nacionales. ¡Allí estaba la versión *neolandesa*! Bien que una sola, ilustrada a todo color -¡Apolo nos asista!- La ficha rezaba:

Mánxáe Quixote ápreo micetén / Saavedras Cerbantes Mikéelo Kerikéo. / Kéa Céprobéno/Téxén Nilagos.

Copié el rotulito letra por letra y, saltando el capítulo primero, tomé este apunte: "*Mánáe paro, sombi ten báo ténéas, sále peligo báo vélia, penké respona, fula xotéa, pérepén aste aprios, tintina Kosné báo. Balén, Kéa em máoxa pátén élia, ápái salapiké, géisoréa perofé so rátikonói, koé síis vele-veléa bólio tenko cei filfan...*"

Para ver cómo suena la prosa cervantina en *neolandés* ya tienen ustedes bastante. El profesor Noé me dijo que el traductor, *Texén Nilagos*, estaba reputado como el primer prosista de la nación, y él tenía en su Academia una página bien enmarcada y colgada en sitio

de honor, con la traducción del discurso famoso de La Edad de Oro, que empezaba así:

"*Lá-néia sá b támcaé véria mayani pásapán o néandaé mayan...*" - (Mayán... felicidad, dicha... ¡el nombre de mi amadora!-. Esto me puso muy contento). Tan contento que, a la salida, compré tres ejemplares del libro inmortal: uno para Mayán, otro para mi amigo Juan Sedó y Peris Mencheta, seguro de que esta traducción no la poseía entre las suyas, y otra para mí.

Como iba haciendo pinitos en el uso del idioma, me atrevía a ir al teatro y lo que vi me reconcilió con los *neolandeses*: sin saberlo yo -y ninguno de mis amigos y conocidos me dijo nada de ello- se celebraba en el Teatro de la Reina una "Semana Española" y se ponían en escena obras de Lope, Tirso, Moreto, Calderón, Rojas y Alarcón. Lamenté no alcanzar la primera, "Fuente Ovejuna" pero sí todas las demás. A pesar de conocer bastante bien algunas de aquellas obras, apenas si pude entender su traducción y de su puesta en escena sólo me disgustó que los caballeros usaran coleta como los toreros antes y vistieran invariablemente de negro. De las damas no había nada que decir, salvo que las actrices me parecieron demasiado apasionadas, y de la escenografía diré que el escenógrafo no se cansaba de plantar esos cactus que llamamos pitas en las calles de las ciudades españolas. Ahora bien...el son...el son de los versos...no, no me agradó; creo que no pueden ser traducidos sin perder gran parte de su acento único. Pero eso mismo, digo yo, les pasaría a los versos *neolandeses* traducidos al español.

También visité exposiciones de Arte, y vi cuanto habían progresado la Pintura y la Escultura en Neolandia; se trataba de un arte muy atrevida y una novedad insospechada. Me llamó la atención, sobre todo, un conjunto de obras marcianas, expuestas en una sala de honor. No entendí nada, pero la alta crítica ponía el Arte marciana a tan gran altura que no se alcanzaba ni con telescopio. Bien verdad que por aquellos días, se había llegado a la firma de un importante tratado con Marte y la Prensa trataba a los marcianos con gran cautela, dándoles *Kó bba* -adulación- .

Esta relación con Marte me dejó confuso, pero después me explicó muchas cosas. La comunicación se hacía por medio de los platos voladores, que eran de gran capacidad y velocidad de auténticos bólidos. El viaje de ida y vuelta a Marte lo hacían en una semana, descansando en el "sanguinoso" planeta día y medio. El crítico máximo de Neolandia, o sea el Eugenio D'Ors de allí, dio una conferencia sobre la Pintura marciana que fue muy aplaudida, pero yo

oí decir a la gente que no la entendieron muy bien. ¡La gente! La gente es igual en todas partes, quiere entenderlo todo y entender de todo y saber de golpe como los filósofos que se pasan la vida profundizando en la oscuridad. ¡Qué pretensiones! Señores: aplaudan ustedes y callen.

XXIX. LA LEYENDA DE NÓPÁGIA

Visité al otro día la Universidad Literaria y en su Biblioteca trabé conocimiento con un muchacho que, como estudiaba español, se me pegó al enterarse de mi nacionalidad. El no era "de Letras", precisamente sino de Ciencias. Había sido citado allí por una estudiante de Letras que le cortejaba, vigilando él, por su parte, porque no se resignaba a no ser el primero.

-Si queriendo ser primero, dar muy, muy, prisa.

Charlamos aquel día y otros en que nos encontramos y quiero recordar aquí lo que la leyenda -aún no comprobada por la Ciencia contaba sobre la creación de aquel país.

Procedía *Nópágia* del tiempo en que desapareció la Atlántida del mapa, tragada por el mar. Era una isla de dimensiones no menores que Australia, y tan austral como ella, y estaba situada al otro lado. La benignidad de su clima era debida a gozar de una especie de bache en los vientos, y, ni corrientes frías ni calientes se aventuraban a molestarlos, lo mismo que por mar nadie había podido nunca asaltarla; y, en cuanto a visitarla por el aire, desgraciado del que intentase cruzar su invisible valla destructora, la cual sólo tenía un paso no vedado, y por allí entraban y salían los platos voladores en sus idas y venidas a Marte.

-Pero- dudaba yo- eso de la comunicación con Marte ¿es verdad?.

-Asolutando, verdad es. ¡A! muy influyendo tener usted por entrando Nópágia! Y ¿salir pensando? ¿Como salir usted?

-Oh- hice yo- no tengo prisa. Aun tengo muchos documentos que copiar... pero siga, siga, se lo ruego...

El país -eso ya lo sabía yo- abundaba en *lá*, pero no tenía otros metales, y el contrabando era perseguido a muerte, sobre todo el del plomo, allí apreciadísimo. El Estado lo reservaba a la fabricación de

fetiches y medallas honoríficas, en tanto que se proveía en Marte de cobre que vendía a los negros africanos.

La historia de Neolandia era larguísima, tanto que si muchos la empezaban, nadie llegaba a su fin. El Matriarcado había regido siempre el país, hasta el tiempo de la *Kérénia Pérálkla* -la Gran Sedición- coincidente con la Revolución Francesa. En esta memorable *Kérénia*, los hombres "rompiendo las tradicionales cadenas", intentaron librarse de la opresión femenina; hicieron verdaderos estragos en el sexo adverso -contrario, quería decir- y la situación en todo el país fue caótica. La causa del Matriarcado estaba perdida.

Una *neolandesa*... iba a decir "de pelo en pecho", navegante solitaria, llegó a abordar en Santa Helena y pudo entrevistarse secretamente con Napoleón, anticipado "criminal de guerra"; el destronado emperador de los franceses le aconsejó el restablecimiento del matriarcado y se le ofreció a reorganizarles un ejército de Amazonas, a cambio de que ellas le consiguieran la libertad. El plan era como del Gran Corso, genial, pero no se pudo realizar porque uno de los guardianes de Napoleón descubrió a la osada neolandesa y aunque ésta pudo escapar, saltar al bote y remar a toda prisa, el destronado emperador fue doblemente vigilado y dejado sin postre durante toda una larga semana.

La valerosa mujer pudo llegar a nuestras costas y valiéndose de sus amuletos y de la fórmula mágica -que debía de ser *bismalák*- desembarcó y dio comienzo a la conspiración contra el poder masculino, muy discutible. Se llevó el plan con tal sigilo y tanta fortuna, que de la noche a la mañana triunfó la contrarrevolución, renació el glorioso y ancestral matriarcado con mayor autoridad que antes tenía, y desde entonces vivimos en paz.

Volvió a pasmarse de que yo hubiese podido entrar, pues la única entrada a pie llano, la del expreso de Dakar, estaba vigiladísima. En ese expreso hacía su viaje semanal el A-Bália, el Jefe de Policía que es un hombre sagacísimo y terrible, el de mayor confianza de la Reina.

¡El expreso de Dakar! ¡El del túnel submarino! -*Dakar-Nópágian Cº Lmted*- ¡que me lo dijeran a mí, que había viajado en él, y precisamente con el punto filipino aquel *A-Bália* que me guiaba como si fuera yo una marioneta! Lo que me inquietaba era la dificultad de salida, pero pensé que el mismo que me facilitó la entrada me ayudaría a regresar a mi patria, de lo que empezaba ya a tener ganas.

Y no dejaba de pensar en las cuchufletas de mis amigos cuando yo les refiriese mis aventuras de viaje, tomándome por embustero, inventor de patrañas increíbles; pero ¡al fin, esa fue la suerte de Marco Polo, Sir Juan Mandeville y cuantos viajeros a países ignorados y misteriosos, y yo sería, qué remedio, uno de ellos.

XXX. LA REINA QUIERE VERME

Conocí gente importante, médicos, ingenieros, arquitectos, literatos... la flor y nata de la intelectualidad *neolandesa*, y como mis progresos en el aprendizaje de su idioma fue tan rápido, podía departir con ellos casi a mis anchas. Tomé muchas, muchísimas notas de mis conversaciones con todos ellos, y podría reconstruir para ustedes la vida de aquel país si no temiera siempre ser tenido por loco o fantaseador caprichoso.

Acababa de levantarme cierto día cuando la voz del A-Bália me llamó al boliche telefónico:

-Prepárese bien. Pasado mañana, a las seis de la tarde, le recibirá su majestad la Reina.

-¡¡A mí?? Pero... si yo...

-Prepárese y calle. Enterada al fin, de quién es el apuesto joven que tuvo la gentileza de silbarle, él solo, una tarde en el Gran Estadio, me ha indicado que se presente el día indicado en Palacio.

Abrumado de que mi insignificante persona llegase a llamar la atención de la primera dama de Neolandia, temía que se tratase de una bromita de mi amigo el avisado Jefe, pero no, no. La osa era cierta y no había tiempo que perder, Desde luego era de rigor presentarme en traje de etiqueta.

Habrán observado ustedes que yo no andaba muy bien de ropa. De ropa de etiqueta, cero. Pero, ¿cual era la etiqueta palatina? ¿frac?, ¿chaqué?, ¿levita? Se me ocurrió visitar en consulta a mi amiga la directora general de Propagación de la Elegancia, a la que encontré aquel día de malísimo humor, no supe hasta más tarde por qué. Ella me remitió a un sastre famoso, el mejor de *Ákára*, y fui allá, literalmente volando. El sastre me tomó las medidas y me enseñó telas de diferentes colores; cuando vi los figurines me faltó poco para

insultarle -y ya sabía hacerlo en su idioma- . Por nada del mundo me habría puesto uno de aquellos estrafalarios vestidos.

Pero no fue infructuosa mi visita, pues al enterarse de mi nacionalidad tuvo una idea genial: vestirme de torero; sí, de "toreador", ni más ni menos. Al punto sentí que el rubor invadía mi cara, pero no tardé en comprender que tenía toda la razón y le dije:

-Eso es , precisamente, lo que yo quería.

Sin embargo, el sastre no se atrevía a hacerme aquel traje sin figurín, ni modelo, patrones y demás precauciones. Pensé que si alguien me sacaba de apuros no podía ser nadie más que Périla. Vuelta a ella.

Périla, a todo esto debía de estar almorzando y, mal de mi agrado, tuve que hacer larga espera, pues no llegué a dar con ella hasta más de la media tarde, y, ¡en qué circunstancias! Si por la mañana estaba de mal humor, por la tarde era toda ella un temblor de indignación, y la estampa de una segura trifulca conyugal. Su hermoso semblante estaba medio oculto con un pañuelo a guisa de venda, como si tuviera dolor de muelas. La mejilla cubierta por el pañuelo se veía hinchada y amoratado el ojo y lacrimoso.

Expuesta mi pretensión, comprendí que aunque no estaba para nada, aquello la distraería de su malhumor. Me pidió que la siguiera, y al final de un largo pasillo leí una placa que decía: *Diosoenia Soleaia* (o sea, estudio de dibujo.)

Abrió la puerta. Entramos. Era una gran sala, bien iluminada, con una tarima en medio de ella y en círculo tableros y caballetes, todo ocupado por dibujantes de ambos sexos. Una lindísima y esbelta modelo posaba en traje de Eva... antes de morder la fatídica manzana.

Mandó la directora suspender el trabajo, y la modelo saltó de la tarima y se echó encima una capa, desapareciendo tras un biombo. Périla me indicó que me quitara la ropa y me colocara en la tarima. Los dibujantes no se marchaban. Yo me asusté de veras: le dije a Périla:

-Mais... Madame... ¿vous voulez que je me deshaille devant si grande nombre de personnes que je ne connais pas?... ¡pas moi!

-Olalá, repuso tomando a gazmoñería mi pudor. Nous faisons de l'art, qui peut tout çe permétre, monsieur. Est-ce que vous croyez que mes élèves ont jamais vue des hommes denués?

- Bueno, sí, conformes, pero una cosa era que sus alumnos se supieran de memoria el desnudo masculino y otro que fuera el hijo de mi madre quien expusiera el suyo a los ojos de todos. Ella gritó:

-*Sáredái ápo réntí*- (fuera todo el mundo) y en un momento nos dejaron solos y hasta la modelo desapareció tras del biombo. Lo ocupé yo, para desnudarme, pero me quedé como quise suponiendo que ya sería bastante. Ella se puso a dibujar desdeñando mi pudor mientras dibujaba me dijo así:

-¿Sabe Ud. que su amigo el *Góre* me huye?

-No, no sé, le dije yo haciéndome el nuevo.

Ella: -Pues sí, me huye. Pero no se libraré de mí.

Hablaba con cierta dificultad y de cuando en cuando se llevaba la mano a la dolorida mejilla.

No, no se libraré de mi... o yo haré que lo lamente. ¿Por qué me rechaza, por qué?

Yo no podía hablar claro ni sabía qué decir pero la amenaza que a mi amigo se le dirigía, me dio ánimos y me aventuré a decirle la verdad:

-El *Góre* es una excelente persona, a él le agrada Ud. mucho, pero... sabiendo que ya tiene Ud. tres maridos...

Périla irguiendo el poderoso busto con orgullo: - Ya, tres maridos. Pues ya no son más que dos.

El favorito ha sido licenciado este mediodía. Sinceridad por sinceridad, *monsieur l'espanyol*. El favorito ha osado levantar la mano contra mí, y a éstas horas ha recibido el pasaporte y está encerrado en una mazmorra.

- Pues.. no sabía... de modo que...

-*Oui monsieur, voilà* mi mejilla izquierda lesionada y dos muelas de menos. ¡No pagará con diez años de cárcel!

-Así, pues... ¿La primera plaza marital está vacante? ¿No ascenderá el segundo favorito?

-Nunca ocurre tal cosa si la mujer no quiere. Tiene derecho a elegir un nuevo favorito.

-¡Pobre *Góre!*-, pensé -ahora no te escapas-. Eso pensé, pero dije otra cosa: -Que mi amigo se alegraría mucho de saber que podía ocupar el primer puesto en aquel harén familiar. Me propuse avisarle luego del peligro que le avecinaba. Iba dibujando Périla mi figura

desnuda y cuando terminó, me vestí, y una vez recuperada mi apariencia decente con mi ayuda perguieñó sobre su apunte una figura de torero, un traje de luces que dirigido por mí, pueden figurarse Uds. como quedaría. La cosa quedó tal, que no hubo en España torero de fachenda más retadora, jactanciosa, hercúlea y petulante que la de este humilde servidor.

No tenía nada que ver conmigo, pero tuve que elogiarle el dibujo a Périla, aunque no fuera más que par aliviarle en lo posible la dolorida mejilla y la pérdida de las dos muelas, ninguna de las cuales era del juicio.

Allí verán Uds. alamares, lazos y cintajos, adornos que añadió la fantasía de la artista y que nunca creo que se hayan visto en el atuendo toreril, de suyo estilizado y fantástico. Deprisa me lo llevé para que el sastre lo interpretara, ya que de allí a dos días tenía que ponérmelo par presentarme con él ante la reina y toda la corte. Pero no quise regresar a *Békára* sin antes ver a mi amigo el *Góre* y avisarle del peligro en que estaba de ser acorralado por la apasionada Périla. No pude convencerle, pues ni aún favorito quería ser o plato de segunda mesa... (¡y qué asendereada mesa, Sres.!). Querido *Góre*, piénsalo bien, he visto a esa mujer decidida a todo. Si no accedes a casarte con ella es capaz de perjudicarte en tu carrera y sería un lástima, porque llevas trazas de ascender pronto a coronel.

Pero él no se resignaba a tal esclavitud aunque perdiera la carrera y aún la vida. Temiendo por todo le dejé, y maldito lo que me importaba aquél capricho real que exigía de mí cosa tan absurda como vestirme de torero para presentarme a la corte.

XXXI. MI TRAJE DE LUCES

Llevando el figurín que dibujó Périla volví a ver al sastre, esperando conseguir un vestido como para salir al escenario del Metropolitan Opera House haciendo de Escamillo. El sastre lo encontró maravilloso pero me aseguró que para confeccionar aquel traje teníamos que pasar a la sección de revistas.

Ya habrán comprendido Uds. que en la tal sección se confeccionaban los vestidos de las *vedettes*, bailarinas y chicas del conjunto de las grandes revistas. En aquella sección en la cual se desarrollaba una actividad loca, uno de los turnos de dos horas

acababa de salir y el otro entraba, con lo que el bullicio, los grititos, risas y parloteo ya tenía un no sé qué del zarandeo de entre bastidores. La directora de aquel mismo taller era una señora ya madura, sonriente, gran conocedora del oficio... pero que en toda su vida había vestido a un caballero. No se apuró la buena señora por tal cosa y con ayuda del sastre empezó a cortar los patrones a medirme de arriba abajo, de través y en todas direcciones, dándome entre los dos el sobo más molesto que en mi vida he de soportar. Con una habilidad y con una velocidad insospechadas, empezaron varias modistas a cortar, a hilvanar, a probar sobre mi cuerpo, piezas de una tela parecida a la seda, de un color rojo vivo, tirando a rábano; reían la modistas al probarme las piezas y creo que me llevé más de un pellizco con el pretexto de no pincharme con los alfileres y todo fue jolgorio al final de aquella jornada, la última de aquella tarde.

Continuó la tareas al otro día y aunque eran otras las modistas que se encargaron de mi traje entendieron su oficio de manera que, al entrar en el taller el segundo turno estaban ya a punto de ser colocados los alamares, trencillas, jalones, y demás perendengues decorativos, todos del oro del país.

Los colgantes, lentejuelas, sonajas, cintajos, cordones y garambainas iban creciendo a medida que la labor avanzaba excitando la fantasía del sastre y la maestra.

Quedé tal cuando el vestido estuvo hecho y me pusieron, metido en él, ante un espejo, que no sé como Uds. no oyeron desde ahí la carcajada que se me escapó.

Después de los últimos retoques al traje y a su persona, pues ya saben Uds. que los trajes de luces son muy ceñidos caímos en la cuenta de que faltaban algunos complementos uno de ellos tan importante como la montera. Yo pensaba en todo: zapatillas, medias, faja, corbata... ¡Oh dolor! No había medias, pues en Neolandia no se habían usado nunca y aunque había calcetines deseché la idea de usarlos por no ofender el vestido de torear que nadie concebiría con calcetines con ligas al uso. No había zapatillas negras de piel ni tiempo para fabricarme un par y opté por ponerme las de andar por casa y conste que no lo hice sino con todo el dolor de mi corazón. La faja, la corbata, no tenían importancia habiendo de sobra tela colorada.

La montera la hice de cartón forrado de gasa negra con rebuños de ella que a distancia no imitaban del todo mal los caireles de las monteras auténticas, de modo que aquella noche pude ver toda mi

indumentaria torera descansado en una silla de mi cuarto lo mismo que un torero de veras en espera de corrida.

Dormí mal aquella noche, como si al día siguiente hubiera de torear y aun tomar la alternativa. y cuando al despertar eché un vistazo a mis prendas toreras, me asaltó el olvido de algo tan imprescindible como la capa. Tiempo me faltó para correr a la sastrería y encargarme la capa, que fue verde manzana, muy adornada de cosas que relucían y en bordados a máquina en los cuales creo que no se le olvidó ningún color a la bordadora. Respiré.

Pero he aquí que, mientras almorzaba, la voz del Jefe me llamó: me recordaba algo que yo no había entendido bien, o se me había olvidado. No me hacía vestir el traje de luces sólo para que en Palacio vieses como vestimos los españoles, era esperada una completa exhibición de toreo.

¡Válgame Dios! -exclamé- ¡Esto me faltaba!

A toda prisa busqué un carpintero que me hiciese un par de banderillas, un palitroque para la muleta y un estoque -sin punta-, por si acaso -como sin regatón los "garapullos"- y me procuré un trozo de tela colorada para la muleta. Ya estaba todo a punto, y en mi cuarto y a solas ensayé unos lances de capa, unos pasos de muleta y hasta le puse a la cama un par de banderillas que el famoso Fuentes no hubiera desaprobado.

XXXII. UNA CORRIDA EN PALACIO

Se lamentaba el Profesor Sandalia de no poder asistir a la fiesta, de la que tantos elogios le había hecho su madre "la Gallarda" y tuvo una idea para salirse con la suya: se brindaba a hacer de toro; pero desistió de ello considerando su edad, ya demasiada para correr tras de una capa. ¡El toro! De donde iba yo a sacar el toro, sin el cual no era posible la corrida?

Yo tenía pensado torear un sofá o una butaca, una silla, un taburete cuando menos, y decidido a hacerlo así, el profesor empezó a ayudarme en la casi ritual tarea de "revestirme" de torero. Y en tanto aguantaba la faja y daba yo vueltas para ceñírmela bien apretada a la cintura, él, casi con lágrimas me decía así:

-Hijo mío, parece que con todo esto respiro los aires de España, a la que sin haber visto quiero tanto como a la memoria de mi madre. A lo menos, si le retratan a usted, me dará una fotografía y podré contemplar cuando se me antoje el traje nacional que allí se usa y con eso me parecerá vivir en ella.

A él no podía, no debía yo engañarle; no íbamos todos vestidos de torero, si bien sería vistoso y muy útil para torear en la calle vehículos que como toros solían embestirnos.

Cuando estuve vestido, me miré al espejo y no me parecí mal, aunque advertí que mis piernas desnudas y mis zapatillas de tela escocesa no completaban bien mi atuendo. El tiempo apremiaba ya y tuve la suerte de me fuese inspirada una solución: llamé a una camarera, le pedí su tubo de rouge -que allí, si mal no recuerdo, llaman *pírípi*- y con aquello y medio tubo de pasta dentífrica hice una masa de color rosa con la cual me pinté lindamente las pantorrillas, y ya con esto quedó completado mi toreril atuendo.

El *telebolífono* pregunto:

-Aló, aló, maestro Méndez: ¿está usted preparado?

-A sus órdenes, Jefe.

-Pues suba a la azotea y tome el *bríla* que va a recogerle. ¡Vivo!

¿Vivo? mas muerto que vivo me despedí de mi profesor como si de veras fuera a torear a una plaza, y el se quedó lloriqueando lo mismo que en igual trance la madre o la mujer del torero. Lié mis trastos, me envolví en mi bordada capa y subí a la azotea, donde las camareras de turno me abrieron calle para verme pasar, y a todas las saludaba yo, montera en mano y sonriendo.

La *bríla* oficial me elevó por los aires y no tardó en descender a la gran azotea de Palacio, donde el chambelán, enfundado en una vistosa casaca, me estaba esperando. Saludóme con una desconyuntadora reverencia, y cuando estuvimos en la planta de la gran sala del trono, me advirtió:

-Si desconoce usted la etiqueta palatina, le diré que, a su Majestad se le besa la mano levantando al mismo tiempo la pierna izquierda. Si no lo ha ensayado, tenga cuidado, porque es fácil perder el equilibrio y caerse, y eso es antiprotocolario. Además, después de eso, si la Reina levanta hacia usted la cara, será para devolverle el beso en la barbilla, pero eso ha de ser si usted comprende que ella lo quiere así, si no, no. ¡Mucha atención!

Yo me sentía ya besado en la barbilla -¡qué cosa, Señor!- y me pareció que si la suerte me favorecía, todo iba a salir como una seda. Ensayé varias veces con el chambelán el beso en equilibrio sobre el pie derecho y me vi tan seguro de mí que no temí contratiempo.

Se abrieron de par en par las puertas del salón del trono y al punto sonó la música para acompañar mi entrada. Le había sido pedida a Bizet aquella música, que no podía ser otra sino aquella que alegra el preludio de su ópera "Carmen". Tuve buen cuidado de no marcar el compás con mi paso, pues había observado en las corridas que así lo hacen los toreros que se estiman, que son todos, pues su individualismo les veda toda especie de subordinación con la consiguiente merma de su independencia.

Estaba toda la Corte en el salón del trono, y en éste su majestad, de gran gala y ciñendo sus sienes la diadema antiquísima de aquella antiquísima realeza. Una estruendosa ovación -léase *pita*- me saludó en tanto, a paso tardo y tranquilo, avanzaba yo hacia la reina. Pensé que si en una plaza española se recibía de igual manera a un torerito debutante, de cuatro zancadas volvería sobre sus pasos y no pararía de correr hasta la estación más próxima; pero yo conocía la manera de "aplaudir" de aquella gente, y sonreía y saludaba satisfecho, como un veterano maestro dominador de los toros y de los taurófilos.

Me cuadré ante la reina, la saludé montera en mano; ella me puso la suya a la altura de mi boca y yo se la besé -siguiendo la lección de etiqueta ensayada en la antesala- y todo salió correctamente, y dado el beso de cortesía esperé a que su majestad iniciase el movimiento que anunciase la devolución del beso, pero no se movió y yo me alegré mucho, pues eso de recibir el beso en la barbilla delante de la corte toda, me hubiera avergonzado. Hubieran visto ustedes que conjunto de tripitas escotadas y enjovadas con aquellos colgantes lujosísimos. ¡Y cómo me miraban las damas, y que ceño de envidia los caballeros!

Me llevé los dedos a la boca indicándole que me permitiese hablar y obtenida la real venia, dije:

-Soberana y gentil majestad: es costumbre en España que sea la presidencia la que, agitando al aire su pañuelo, de licencia de comenzar estas ceremonias. Así, pues, me retiraré a la barrera y esperaré la señal. Sin embargo no sé cómo hacer para dar a vuestra majestad el acendrado mensaje de mi patria lejana, sin haber traído en mi compañía un toro.

Meditó ella un poco, se puso de pie, y repuso:

-Señor embajador: sabrá su excelencia que en mis territorios no se consiente maltratar a los animales, y estoy informada que en la bella España se mata públicamente a los toros. ¿Es así?

-Señora- dije yo inclinándome- los españoles no pensamos que el toro sea maltratado en una fiesta tan alegre, sino que él colabora en ella gustoso y aun orgulloso de ofrecer su vida, su solomillo, sus orejas, su rabo y todo lo demás, a beneficio del gozo nacional. El toro es, después de despachado, paseado en triunfo por el redondel.

-Hm...- hizo su majestad- aunque así sea, a nuestra conciencia repugna la idea de hacer daño a ningún animal.

-Pues entonces, oh, señora, no tendré otro remedio que torear a una butaca, y me temo que no embiste.

Otra vez meditó la reina y al fin pareció dar con la solución al conflicto:

-Si su excelencia me promete que no le hará ningún daño, el señor chambelán se prestará a secundarle, haciendo lo que vuestra excelencia le indique.

Señores: yo no creo que torero alguno haya sido tan respetuosamente tratado por una reina. En verdad que me sentía como un embajador en el momento supremo de entregar las credenciales. Asentí, prometiendo no perjudicar al chambelán; aleccioné a éste diciéndole que, agachado corriera siempre embistiendo a la capa y a la muleta, y me dispuse a empezar. Pedí, además una trompeta que diese las señales, y estando todo ya dispuesto, esperé. Agitó su majestad el pañuelo, sonó la trompeta - que fue un saxófono, porque no había trompeta, y salió el toro, al fin. Salió con muchos pies. Me abrí de capa y le di un largo muy vistoso. Como toro bien criado, buscó el trapo, no dio en él, y se volvió buscándolo de nuevo. Otro largo le hizo dar tal quiebro, que lo tuve por mío. ¡Toro más noble!

Un poco derrengado por aquellos lances que tanto castigan al cornúpeto, se paró. Yo entonces, a paso lento y con la capa dispuesta para marcar una serena verónica me puse a un paso de él. Se incorporó el chambelán, se caló las gafas y alargó una mano como para contemplar de cerca los vistosos bordados de mi capa.

-¡Hermoso trabajo!- murmuró.

-Póngase en facha y pase sin correr ahora . Y así lo hizo, dándome ocasión de lucirme en seis verónicas sin enmendar, con los pies juntos y clavados en el parquet del salón.

-¡*Plaudite cives!*- decía yo para mí, mirando al público; pero éste no entendió aquella airosa suerte de capa. Quise repetirla y el muy marrajo de chambelán, esta vez se iba al bulto, tratando de engancharme por la faja, y seguro que lo hubiera logrado si sus cuernos no fueran solamente honorarios... vamos a decir. Le esperé de nuevo, pero esta vez le di tal quiebro que, al pretender darme con su testuz, resbaló y cayó cuan largo era.

-¡*Moooá!* -gritó entusiasmado el público. Le di la mano a mi toro, ayudándole a levantarse, y pedí a la presidencia cambiar de tercio: banderillas. Excuso decir que si no podía haber en aquella corrida picadores, tampoco hacían falta, porque con aquel capeo había quedado el toro de tal manera que apenas resollar podía.

Le entregué el capote a la reina y las damas se lo fueron pasando de una a otra; empuñé las banderillas adornadas con tiras de papeles de colorines y citando al chambelán le señalé en la espalda varios pares, al cuarteo y al quiebro, y por si acaso llegara a tener regatón, el pobre toro no hubiera querido continuar la lidia. Aunque él tiraba a derribarme, yo pude zafarme siempre, y esto creo que defraudó un tantico a las sensibles damas que, sin saberlo, pedían hule⁵.

Mi enemigo marrajeaba, avisado, buscaba el bulto y casi llegué a lamentar que mis palitroques no hubieran sido verdaderos harponcillos.

Y llegamos a la "suerte suprema". Tomé con la mano izquierda la muleta, cruzando sobre ella el estoque de madera y avancé hacia la reina. Me quité la montera y con ella en la mano, le brindé a su majestad la faena y la simulada muerte del toro .

Tenía preparado para el caso un brindis en neolandés, y lo pronuncié lo más correctamente de pude:

*Bó Klénóa xipenéa Kóa
xipénéia néemáni sé léli,
Kámaráén péloné leli cérén
Silvério tá "visloén-Toké".*

No pude hacerlo rimar porque lo traduje del brindis que había compuesto en español y que decía así:

A la reina más hermosa
de esta tierra de hermosuras,
se honra en brindarle esta suerte

⁵ Los viejos aficionados saben lo que quiere decir hule; los de ahora podrían sustituir este tecnicismo por este otro: estreptomina.

Silverillo el "Cara-Dura"

La reina, emocionada, recibió de pie la dedicatoria, muy contenta, pero no pudo reprimir un grito de estupor cuando vio que, dando yo media vuelta, le arrojé de espaldas la montera, que vino a caer encima de su cabeza. Debió de entender que aquello significaba que debía ponérsela, de acuerdo con el ritual español, porque así lo hizo.

A paso de marcha fúnebre, como anticipándole al toro las exequias, estirándome, jacarandoso, "sacando el pecho afuera" que dijo el poeta, desplegué la muleta y escondiendo detrás de mí el estoque, le dije:

-¡Ea, buen mozo: pasa!.

Vino hacia mí el pobre chambelán y le di el primer pase, de cabo a rabo, tan ceñido, que le acabé de despeinar y quedó con las crenchas colgando. Otro pase, otro con la izquierda, y luego otro más en redondo, siendo yo centro matemático que en torno a mí dibujaba el toro. Pero él debió de sentirse ofendido porque en otro pase me dio tal cabezazo que si sus cuernos llegan a pinchar me hubieran llevado a la enfermería con un cornalón "de pronóstico".

En fin, cuando le tuve "cuadrado" me tiré a matar, y mi estoque a pesar de no tener punta, se le clavó en la casaca y se la partió en dos, a lo largo del espinazo, y tal fue el encontronazo que nos dimos, que si yo me quedé tambaleando, él cayó hecho una pelota y no le fue necesaria la puntilla.

Grande fue la estocada, hasta la bola, y mientras yo daba la vuelta al ruedo y saludaba después desde los medios, unos criados, a guisa de mulillas levantaron al derrengado chambelán y se lo llevaron más muerto que vivo.

Ovación grande obtuve, sí señores. Me fue devuelta la montera y deshecho el corro de cortesanos, todos, especialmente las damas, vinieron a felicitarme y tocar mi traje de luces... y un poco también a mí, valga la verdad. Algunos caballeros estaban satisfechos de haber podido "mascar la tragedia española". No lo dijeron así, exactamente, pero algunos de ustedes recordarán los tiempos clásicos de Juan Belmonte y de aquellos eximios intelectuales que nada menos que con el gran Esquilo lo hubieran parangonado, y aun con el mismo Teseo, vencedor del famoso toro de Creta.

XXXIII. DESPUES DEL TRIUNFO

Vino después el refrigerio durante el cual firmé no sé cuantos álbumes. Como durante la lidia se me había aflojado la sedeña faja, solicité de la soberana licencia para componerme, y en uno de aquellos enmarañados pasillos como si trazados fueran por el mismo Dédalo, tuve la sorpresa de encontrarme con Mayana, hecha un mar de lágrimas.

-¿Qué podrá ocurrirle? Se abrazó a mí sin dejar de llorar y con voz truncada apenas pudo decirme:

-Mío cariño español -y continuó en su idioma -estoy desolada, muerta de pena.

-Pues, ¿qué te ocurre mi linda Mayana? ¿Qué es eso?

-Oh, conozco a la reina y adivino sus intenciones! Ella -me fue diciendo- estuvo viendo la corrida y estuvo mirando más a la reina que a mí; se fijó, sobre todo, en que la reina no me dio el beso de ordenanza en la barbilla, y esa era malísima señal.

-¿Habré caído en desgracia, prenda mía?

-No, -repuso mi prenda sin dejar de llorar- No. Todo lo contrario. Esa mujer no te ha besado en público porque se reserva para besarte a su sabor.

Y furiosa , arrebatada , me apretó contra su corazón.

-Pero no lo conseguirá, no, no, no. Tu eres mío, mío, mío-. Y entre mío y mío me iba besando, y sus cálidas lágrimas caían como gotas de lluvia en mi camisa, en mi traje de luces... Por suerte no nos vio nadie y nos separamos, yendo ella a un tocador a componerse la llorosa carita de gloria.

Acabado el refrigerio y despedido de la reina y su corte, volví al hotel y me mudé de ropa, de lo que no pocas ganas tenía, y estando en esto la voz del Jefe me llamó:

-Bien, bien, señor de Méndez. Ha estado usted superior. Le he visto, aunque usted a mí no. La reina está contenta y piensa colgar a su cuello de usted la insignia de la Madre Ancestral, que es la más codiciada de todas. Volverá usted a Palacio así que le avise.

-Taripán, A Bália; taripán gené (Gracias mil)

Y no dijo más.

¡La condecoración de la Madre Ancestral! ¿Qué sería aquello? Me sacó de la duda, mientras cenábamos, mi profesor: la Madre Ancestral era la fabulosa fundadora de *Nópagia*, la... Eva, como si dijéramos, de aquella viejísima civilización matriarcal. Unos la llamaban *Má*; otros, *Méma* y todos la veneraban. ¡Oh, cuanto me envidiarían!

Como los fotógrafos habían tomado algunas fotografías de mi lidia en Palacio y fueron publicados en todos los diarios y revistas del país, fui por unos días popular en Neolandia, con grande pena de Mayana, siempre temerosa de una añagaza de la caprichosa reina. Acabé por jurarle por la venerable *Má* que no sería de nadie sino suyo; pero me pareció que ella no debía venerar gran cosa a la Madre ancestral porque no se tranquilizaba.

¿Amaba yo acaso a Mayana? Pues sí, señores, llegué a quererla de veras, hallando afinidad de maneras de sentir y de pensar con la mía, tan distantes ambas de la común manera *neolandesa*. Su carácter, su hermosura, su inteligencia, su sensibilidad, hasta su modo de darme la aspirina cuando me dolía la cabeza, todo, todo me agradaba en extremo, y si no puedo asegurar que me enamoré de ella, no miento si digo que cada día aumentaba mi "amorosa afición" como decían nuestros galanes del Renacimiento y que era el signo por el cual convenían si habían de casar a sus hijos.

Lo único que de ella no me agradaba es que fuese tan esclava de la moda, pero ni ella podía entenderme en esto ni creo que mujer ninguna en el mundo me hubiera entendido, porque creo que la moda es consubstancial en las mujeres... y en los hombres fatuos.

Reiteradamente le rogué que no fuese enseñando la tripita, subiendo la falda o bajando la blusa pero ella no hacía otra cosa más que reírse de mi ruego.

Mi amigo a quién hablé varias veces de esto, trató de explicarme aquella constante, rara en las modas, por esencia variables: aquella extravagancia -a mí me lo parecía- era una imposición que más de un siglo regía en Neolandia, una ventana abierta a la vigilancia perpetua de la Oficina del Real Contraste del Censo demográfico. Era el único medio seguro de que ninguna mujer pudiera ocultar la proximidad de ser madre ni fingirlo por conveniencia suya, con almohadillas ocultas bajo el vestido. Y era, también, el medio más eficaz para que las solteras se vieran obligadas a cumplir con el artículo 16 de la Ley de la Coyunda Obligatoria, cuyas penas eran severísimas ahora, pero que un siglo atrás lo eran mucho más, pues las emparedaban vivas.

Yo le propuse a Mayana una solución decorosa: cubrirse con los extremos de un largo chal; mi amiga Périla, no sin alguna resistencia, consistió y aunque la cosa fue largamente discutida en las Cortes, al fin el Gobierno accedió a la nueva moda, pero no fue sin aumentar la burocracia con un Cuerpo de Inspectoras que tenían el derecho de hacer levantar, aun que fuese en plena calle, los extremos del chal a las sospechosas. Así se aceptó la proposición de Périla, aunque la idea ya saben ustedes que fue mía. Y con eso quedé satisfecho.

Después de mi corrida en Palacio y de la zozobra que pasó la pobre Mayana, tuvimos unos días de tranquilidad y yo llegué a creer que la soberana me había olvidado.

XXXIV. VISITO LAS MINAS DE LÁ

Mi profesor de *neolandés* me iba enseñando la capital. No sé si les dije a ustedes que el Palacio Real estaba edificado sobre una colina, creo que sí; pero seguramente se me pasó decirles que aquella colina estaba formada por la más extraordinaria que vi en mi vida. Era una inmensa mole de oro puro, el famoso *lá*, único metal del país, y era el metal tan puro que no necesitaba ser purgado, ni lavado, ni sometido a ninguna operación preparatoria o purificadora y de la mina pasaba tal cual era a la Fábrica de la Moneda y a las fábricas y talleres.

Visité con el profesor las minas; cosa fácil, pues con sólo sacar una tarjeta en la oficina palatina, las dejaban ver. Llegados a la puerta de Palacio, vi a un grupo de guardias que, a la entrada jugaban a las tabas, pero con huesos de plástico, que los de veras no eran permitidos, con lo cual se extendía tanto el respeto a los animales, que ni aún de sus esqueletos encontrados en la selva era consentido utilizar las osamentas. Todos los guardias iban vestidos como los suizos del Vaticano, y el que se paseaba de jamba a jamba de la puerta, llevaba al hombro una descomunal alabarda, que de vez en cuando se pasaba de un lado al otro.

La puerta era tan grande como la de Alcalá, y lucía sobre su arco central una lápida con inscripción en letras de oro en la cual se leía lo siguiente:

SI PÉDÉ MÁ-RIMÁI BRÁ TÉ
PÁRIDÉL COETEO-LA SÍPÉO,

TORÉNÉ LIOLÉN MÉNADISOÉ
RERIANI ÉPÉI XIROPÁI⁶

Traduzco para ustedes palabra por palabra:

"mandando mujeres si las = hombres en vez mandar = siendo aceite de agua-jo (lago-balsa) naciones y [también] pueblos". Yo recordé haber oído aquello y aun haberlo cantado alguna vez, con aire de jota, y como español, me llené de orgullo cuando, al pie de la inscripción leí la firma: MIKELO EXEGARAIO, el autor insigne de "Gigantes y Cabezudos". ¡Oh, genio poético, que así vuelas por el Orbe en alas de la Fama: yo te saludo! ¡Gloria a Neolandia, que para lema agosto de su esclarecido régimen matriarcal, supo elegir esa cuarteta que tanto honraba a la mujer, y a España!

Humillando los dos la frente entramos, y mi maestro, al mostrar la tarjeta dijo, quedo:

-¡*Bismalah!*

El guardia pareció no darse cuenta de nuestro paso. Amenos jardines criados sobre tierra sobrepuesta, rodeaban el palacio real, a cuya entrada vimos grupos de damas y caballeros encopetados, gente cortesana que animadamente, charlaba.

Bandadas de autogiros y helicópteros se cernían en bandadas sobre las azoteas del edificio, igual que sobre nuestras desdentadas torres de nuestros castillos vuelan los grajos.

Dimos la vuelta y llegamos a otra puerta, también custodiada por guardias suizos, que tampoco se dignaron vernos; sobre esta puerta se leía:

XAKÉI PÓNA BÓTÉO LÁ

(Entrada a la mina de *lá*)

-¡Cómo! -exclamé- ¿Tan flojamente se custodian las famosas minas? (*xákéi*)

-Así es- repuso mi acompañante- no hay temor de nadie las asalte, ya que aquí a todos nos sobra el oro.

⁶ Si las mujeres mandaran / en vez de mandar los hombres, / serían balsas de aceite / los pueblos y las naciones.
Miguel Echegaray

Yo no sé si mi pobre cálamo podrá darles a ustedes idea de lo que era aquello, porque -dicho sea de pasada- las descripciones nunca fueron mi fuerte; una vez allí dentro, todo lo que vi, paredes, techo, suelo, todo era de oro, cortado como quien trabaja la roca viva. Era una masa uniforme, lisa, sin vetas, ni grietas, ni nada: verdadero inmenso pan de oro, de lá puro, compacto. A la luz difusa del ambiente se le veía relucir por todas partes; los ingenieros habían trazado galerías entrecruzadas, reservando en la mesa colosal gruesos pilares, arcos, y era aquel el solidísimo cimiento del palacio en el cual vivían las reinas, una tras otra desde hacía siglos, como Fafner duerme cubriendo con su corpachón el tesoro del Nibelungo.

Varios pisos había en la mina, que siglo tras siglo se iba profundizando, sin temor de agotarla, pues los geólogos aseguraban que de allí al mismísimo centro del globo, todo era *lá*. ¡Feliz país!

Los cortadores de aquel oro empuñaban una especie de cuchillos vibratorios, movidos por aquella misteriosa energía que yo llamaba *etérea*, y cortaban con tal habilidad y prontitud el oro, dándoles a los fragmentos que sacaban formas piramidales tan perfectas, que apenas podían mis ojos creerlo, a pesar de estar viendo su trabajo. El queso no hubiese sido cortado con más facilidad. La base de cada trozo piramidal tenía la anchura de un pie *neolandés*, que debía de ser pie calzado con zueco, a juzgar por su tamaño; las piezas eran manejadas y acarreadas fácilmente, pues ya creo haber dicho que el *lá* es tan ligero como el aluminio, aunque podía dársele la dureza del acero mejor templado.

De aquel metal -me contaba el profesor Noé- fabricaban todo lo que no podía ser sino metálico, y aun se exportaban de él a Marte cantidades importantes, en estado nativo y en maquinaria de variada especie, utensilios de cocina, aviones de propulsión a chorro, máquinas de coser, de afeitar, de hacer churros -que parece que a los marcianos les gustan sobremanera- y también armas de fuego, pues los pobladores de Marte, aunque nada belicosos⁷ se divertían tirando al blanco y para hacer ruido, con pólvora sola, en las fiestas mayores marcianas.

En cuanto a la moneda, tan abundante allí, nadie piensa en equipararla a ninguna otra que en las Bolsas se cotice, y si servía de tipo el dólar era para entenderse cuando habían de pagar lo poco que

⁷ Disentimos de esta opinión. Está demostrado que el antiguo dios Marte visitó el planeta que lleva su nombre y les enseñó a sus habitantes el arte de la guerra. **Nota de los Editores.**

importaban, como los ajos de Haití -originarios de España, como ya hemos dicho- y algunos productos naturales del África Central.

Admirado salí de aquellas minas y para descansar de aquella visita nos fuimos a beber cerca del Palacio un vaso de *lápián*, (cerveza). Como mis conocimientos del *neolandés* en poco tiempo habían adelantado mucho, le hacía observar al profesor Sandalia como iba notando que algunas palabras se parecían a otras del caló que hablaban en España los gitanos, y se las iba anotando:

Cliseí, ojos, era igual a *clisos*. *Xinorréo*, muchacho, era como *chinorré*. También se decía por chico, *xávoé*, y *pinrelai* eran los piés, *pinreles*. *Xábóna*, era llamado el jabón. A los presos se les llamaba *xironei* y *xironéa* la carcel, tan parecido a *chirona* en el lenguaje de germania. *Xirumbeoi*, eran los niños o *churumbeles*. Los jueces se llamaban *bariei*, del *barí* gitano; y si se decía *láio* por moneda, en cambio al dinero se le daba el nombre de *párnésso*, lo que suena inconfundiblemente a *parné*.

Netamente español de las flores que se suelen decir en España en la calle a las mujeres y que ellas suelen recibir de los hombre con agrado: *píropói*, y a lo que los ingleses llaman flirt, le dicen los *neolandeses flaneak*, que dista poquísimo de flaneo. ¿Quieren ustedes más que llamar a los oficinistas *xupatintoi*? Eran para mí indudables las influencias de nuestra lengua sobre la *neolandesa*, y hallé voces que recordaban las que en América dejaron los tiempos de nuestros primeros conquistadores Cortés, Balboa, Pizarro y tantos mas, como *alkabeloi*, que viene, sin duda de alcabala o tributo; *mágoére*, de *magüer* o aunque; *rapinnia*, que salvo la sustitución de la ñ no necesita traducción; *idepotái*, que en forma demasiado clara leemos tan frecuentemente en nuestra literatura del Siglo de Oro.

Otras palabras engañan, como *Kapa*, encendedor, y *Karai*, que es lo mismo que hola.

Por lo demás, en conjunto me parecía aquel lenguaje convencional y en extremo arbitrario. Mi profesor sonreía, meditaba... Él, que tanto había estudiado, trataba de hacerme comprender cuanto hay de convencional en las lenguas aun en las más trabajadas y cultas, y para convencerme me puso tales ejemplos, que en adelante abandoné toda preocupación a ese respecto. Y quiero recordar sólo uno que tuve por definitivo, pues yo mismo lo había experimentado en Inglaterra.

Cuando viví en esta nación, si para franquear una carta iba por sellos a una expendeduría, aunque sólo con ponerla sobre el

mostrador ya me la hubieran franqueado con lo justo, yo quería pronunciar correctamente. como se me había enseñado: *two peny and half peny*, aquellos dos peniques y medio que entonces valía el franqueo; los expendedores me corregían siempre: *Tapejepe*. Y, en efecto, si decía yo *tapejepe*, me entendían siempre.

Cuando nos cansamos de echar nuestro cuarto a filología, nos despedimos, y cada mochuelo (*móxil*) se fue a su olivo (*óliólian*).

XXXV. MI VISITA A LA REINA

Grande sorpresa me esperaba en el hotel, pues en el *comptoir* me fue entregada una carta con sello de la Cancillería R. Llegado a mi cuarto la leí y pude entender que su majestad me citaba para la tarde siguiente en Palacio, para imponerme en privado el "Gran Cordón de la Orden Elevadísima de la Madre Ancestral", advirtiéndome que acudiera con puntualidad y vestido de etiqueta... esto es: en traje de luces.

Pensando en Mayana y en la reina no pude pegar los *clisoí* en toda la noche, y como ya de madrugada me rindió el sueño, no me desperté hasta pasado el mediodía. Comí sin apetito, subí a vestirme con calma y sin ganas, y cuando fue la hora, un lujoso *briéla* vino por mí y me llevó a Palacio. En la azotea el chambelán, todavía no repuesto del todo de la pasada lidia, me condujo a la antecámara real y me dejó solo no sin decirme que, si su Majestad quisiera hacerme repetir la corrida, pidiese yo otro toro, pues él no podía con su cuerpo desde la de marras (*márrói*.)

Yo le pedí protección al espíritu amante de Mayana y si en verdad éste me acompañaba, no sé si me conturbaba más de lo que antes estaba. Oí que se abría una puerta, y que una voz acariciadora dijo:

-¡*Paássaé!*

Volvíme, hice reverencia, di unos pasos, besé la mano que se me tendía y avancé la barbilla esperando ser besado. Pero tampoco esta vez recibí el beso real de cortesía, lo que vino a aumentar mi recelo.

Introdújome la soberana en su gabinetito, tibio y perfumado de azafrán y de jazmín, e indicándome que me arrodillase ante ella, como lo hice, extrajo de un estuche el famoso Cordón, y mascullando no sé qué fórmula que no entendí, lo ciñó a mi cuello; pendía del cordón la

gran medalla de plomo, donde estaba representada -esto lo vi después- la Madre Ancestral, en alto Relieve. Díome su Majestad, a guisa de espaldarazo, un par de cariñosas tortas que me hicieron tambalearme y me ayudó a levantarme.

Su mano me señalaba un sofá y a él me aproximé... pensando más en Doña Inés que en Don Juan. Ella se sentó y yo también procurando hacerlo lo más apartado de ella que pude, pero antes de que pudiera evitarlo sentí su boca apretada a la mía, con tal furor, que temí que me rompiera los dientes reventándome los labios. ¡Señores, y que tarascada me dio la muy...soberana! Aquello fue un asalto en toda regla, y mal lo pasaran mis pobres huesos si yo, invocando en mi auxilio a Mayana, no empleara allí todas mis fuerzas en defensa de mi honra. Porque no tienen ustedes idea de cómo fue aquello, y menos saben lo que en Neolandia supone lo que es resistir a una mujer, y más si de su reina se trata.

Pero el caso es que yo, a lo menos por aquella vez, conseguí zafarme por pies de los violentos ataques de aquella tigresa-Mesalina. No sé como fue, pero cuando pude desasirme de ella eché a correr y no paré hasta el hotel.

Y apenas llegado la voz del Jefe de la *Bália* sonó, atronadora en el *bolífono*:

-¡Eh, maldito español! ¿Está usted ahí?

-Al habla Jefe -le contesté con voz firme a pesar de que me encontraba casi sin resuello-

-¿Qué demonios le ha hecho a nuestra soberana? ¡Conteste! Está furiosa. ¡Conteste, pronto!

-Señor mío -le dije sin desfallecer ante su amenazador acento- Antes pregúnteme usted que intentaba ella conmigo. Me he salido con la mía, que no es poco. ¿Es así como se agasaja aquí a los extranjeros?

-Me acaba de pedir su cabeza. No se si podré conseguir que le conmute la pena, porque... la cosa es grave. Por otra parte... ha hecho usted bien, y de blandearse con ella se las hubiera tenido conmigo. ¿Estamos? La reina es cosa sagrada, y además, es cosa mía. Le aconsejo que sin pérdida de tiempo se traslade a *Cékára*. ¡Vivo!

Y la voz calló. Por su tono comprendí que estaba irritadísimo y que me amenazaba serio peligro. Excuso decir con cuanta celeridad rellené mi maleta, arrojé al suelo aquellos trapos taurinos y volé hacia

Cékára en un rápido *bríla*. Lo único que conservé como recuerdo fue aquel maldito Cordón que fue pretexto para dar el asalto a mi virtud.

El *bríla* me llevó al hotel *Tákáei* donde me dieron la habitación nº 13 -*malum signum*-. y que lo primero que hice una vez allí fue llamar a Mayana y al *Góre* y enterarles de mi fuga de *Békára*, pues la prisa no me dio lugar a despedirme de ellos y de mi maestro.

XXXVI. ME ESCONDO EN CÉKÁRA

Si hubiera tenido yo algo del famoso caballero Casanova, tan poco caballero, ahora podría yo referirles a ustedes una aventura galante nada menos que con una poderosa reina; pero podrían pensar que me daba importancia y les contaba una trola -*trólea* en *neolandés*-, y no me saldré de la verdad ni el canto de un *ába*. ¡Oh, dulce Mayana, señora de mis pensamientos, está tranquila y no temas por la virtud de tu amante! Tuyo soy y de nadie más.

Aquella noche y todo el día siguiente tuve fiebre; me dolía la cabeza y sentía en ella horribles mazazos, como si me la abrieran con un escoplo. En medio de mis dolores, me parecía que unas manos cariñosas que acaso eran las de Mayana, me ponían paños de agua fría en la frente. No sé cuantos días pasé en este estado, ni se si me dieron algo con que sostener la vida. El temor de ver aparecer en el cuarto al Jefe o bien a la mismísima reina, no me dejaba sosegar. Las manos de Mayana me acompañaban y aliviaban mis dolores, conciliando el sueño gracias a sus cuidados.

Cuando pude levantarme y salir a la calle, siempre temía que de un momento a otro me detendría alguno de los de la *Bália*. Y por una calle iba, al azar, cuando sentí que una mano me agarraba por un hombro. Me creí perdido sin remedio y no pensé en huir. Cerré los ojos para no ver mi propio mal, pero una voz conocida me habló: - ¿Donde te habías metido? Hace una semana que te busco.

Era el *Góre*. Nos abrazamos y él me llevó al hotel, donde pudimos hablar a nuestro sabor en tanto me iba reponiendo del susto pasado.

Y allí le referí ce por be mi aventura, la amenaza del Jefe y mis ganas de salir de aquel país que empezaba a serme odioso. Ojos de buho ponía el *Góre* oyéndome; el amante secreto de la reina y si llegaba a dejarme seducir por la señora -¡vaya una señora!- no daba por piel un rábano. Lo menos, lo menos me hubiera encerrado para

siempre en una mazmorra, y allí se hubiera perdido todo rastro del pobre Méndez, novelista español y torero de Corte. ¡Ah, tal había sido la suerte desgraciada de no pocos jóvenes inexpertos que la tigresa real había logrado seducir! Y lo gracioso, si eso puede llamarse gracia, es que ella no ignoraba el destino fatal de sus seducidos, ni le importaba perderlos, ya que a su disposición tenía siempre a cuantos quisiera.

Por su parte tampoco mi amigo sosegaba, viéndose cada día más asediado por la implacable Périla. Logró, cuanto más, que el Jefe le trasladase a *Cékára* en concesión de servicio, cosa que, a lo menos por unos días, le hacía inviolable.

Muy largas horas estuvimos juntos y hablamos de nuestra situación respectiva. Conferenciábamos con Mayana, ya prevenida de todo, y empezamos a plantearnos el difícil problema de la fuga. Todas las tardes tenía fiebre y mis noches eran terribles, pobladas de sueños y pesadillas. Voces conocidas, la del Jefe, de Mayán, la del *Góre*, del maestro Noé y de Périla, hablaban entre sí. Recuerdo haberle oído decir al Jefe:

-Esto, Mayán, se le pasará con una inyección de *tetesi*. Recuerda bien la fórmula, señorita?

-Si, Jefe: *tepeo mieloni- tetramorfinato de estronciana hidratado. Abreviado, tetesi.*

-¡Al pelo!- dijo la voz del Jefe. Y me sentí pinchado de un brazo que, al despertarme al otro día, me dolía aun. Durante el día mejoraba mi estado, y tardé algunos en poder salir de nuevo a la calle. Pero las noches no eran buenas para mí.

-¿Cuándo nos escapamos? -le pregunté al *Góre*.

-¡Chsssst -hacia él-. Calma, pronto será. Yo preparando todo. Calma, calma-

A veces salía a la calle solo y tristísimo de hallarme sin ocupación, reflexionaba:

-¡Cuán verdad es que no hay para un alma atribulada bálsamo curativo tan saludable como los consuelos de la religión! ¡Desgraciado el que los desconoce o los olvida o desdeña, habiéndolos conocido!

Y aunque ustedes lo pongan en duda, el caso es que errando a la ventura por callejas, entre grandes fábricas ruidosas de la capital del Trabajo, no sé como fue que mis ojos dieron con una puerta vieja, sobre cuyas maderas mal unidas vi pintada con tiza una pequeña cruz

latina. La fachada, baja y de paredes desconchadas, parecía la de un almacén pobrísimo, tal vez desechado por viejo e inutilizable ya, despojo de aquella gran organización industrial de la que tan orgullosos estaban los *neolandeses*.

La crucecita me atrajo. Apoyé en la puerta mi mano y cedió. La oscuridad era tal que apenas pude ver nada allí dentro.

XXXVII. LA CATEDRAL DE CÉKÁRA

-*Viriá Frátoé, póneio* -dijo una cascada voz allí donde nada me era visible. Entendí que me decía: entre usted, hermano.

Y avancé en la misteriosa penumbra.

-*¿Póka Viriá vóléo. Frátoé?*- (¿Qué desea, hermano?)

El oírme llamar dos veces consecutivas "hermano" me animó, y aunque no viera a quien de aquella amable manera me hablaba, cuando mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, acertaron a descubrir un bulto negro que, de rodillas en el suelo, me hacía señas con la mano de que me acercase, pero no me moví, esperando ver con más precisión.

El bulto se puso de pie y vino hacia mí con paso tardo y arrastrando los pies, tendía hacia mi las manos y su voz preguntaba, con acento suavísimo:

-*¿Pérsié víria bó El?* (Busca usted a Dios?)

-*Ké, repuse estremecido- Bó Él persio.*

-*¿Bó póka El persié?* (¿A qué Dios busca?)

-*Boé Él Kristei. Kristón tórén, Amm.* (Al Dios de los cristianos. Soy cristiano, Padre.)

Se abrazó a mi cuello y siguió diciéndome en *neolandés* lo que traduzco para ustedes:

¡"Gracias, ¡oh, Señor, por este nuevo obsequio que Tu mano me envía! -Pase, pase usted i dígame lo que le trae por esta santa casa...Pero antes, para que no tema nada -en la casa del Señor no hay nada que temer- le diré que soy un viejo misionero español que vivo aquí desde que mataron a D. Antonio Cánovas del Castillo. Usted es *neolandés*?"

Inmensa alegría sentí de encontrarme con un sacerdote compatriota y de rodillas le besé las manos sintiendo que todos mis males se aliviaban como por milagro. Tan brevemente como pude le referí cuanto me había sucedido desde mi inopinado arribo a Neolandia. Me dolí de no haber encontrado en *Ákara* ni en *Békara* donde solicitar auxilio espiritual alguno y cuanta era mi alegría por haber dado, al fin, con una iglesia católica.

-Pobre es, pero lo exterior poco importa -repuso-. Allí donde el Señor está todo es grandeza. Sepa usted, joven amigo, que está usted en la catedral de *Cékára*, y que en toda esta vasta nación no hay otro templo.

Me fue enseñando todo. El altar lo componían unos cuantos cajones mal unidos, puestos sobre otros que hacían de grada. Otro cajoncito mas chico, forrado por dentro de láminas de *lá*, era el sagrario, y sobre él, una cruz tosca de madera donde él mismo pintó la imagen del Crucificado. Aprendió a hacer velas y para ellas hicieron, tiempo había, las que al principio de su misión les acompañaban, unos candeleros de barro. Remendados manteles, no tan limpios como él quisiera, recubrían el ara, en la cual, la piedra consagrada no faltaba. No se podía imaginar pobreza igual.

Me refirió sus andanzas hasta llegar allí. Salió con otros compañeros de las Islas Filipinas el mismo día que allí se supo el asesinato de Cánovas del Castillo y desembarcaron, después de muchos días, en el Cabo, donde habían de hacer escala para seguir con rumbo a Santiago de Chile. No cruzaron para esto el Pacífico, como hubiera sido lógico, porque el barco había de hacer escalas en puertos de África. Por el Estrecho de Magallanes salieron a aquel Océano, y una horrenda tempestad les arrolló, arrastrándolos con peligro. El barco estaba tan malparado que apenas podía sostenerse a flote, pero llegaron a desembarcar en unas costas desconocidas: las de Neolandia. El y otros misioneros pudieron ganar a nado la costa salvando la parte más importante: los Ornamentos sagrados, los libros de rezo, un Misal...y desde la rocosa playa vieron como dos grandes olas se tragaban el navío, con toda su tripulación, de la que nunca más se supo. De rodillas cantaron un Ave Maris Stella y pasaron su primera noche en una gruta hallada al azar -providencialmente- dijo el misionero.

Los trabajos que pasaron hasta ser tolerados por aquella gente, no eran para contados en poco tiempo. Cuando ya desesperaban de encontrar refugio donde instaurar el Culto, les fue cedido aquel viejo almacén que lo fue de pesca salada, cuyo olor no había desaparecido

en tan largos años. Todo lo hicieron con desechos de almacenes y tiendas, y hasta púlpito tenían y un confesionario. Allí vivían; detrás de la pared de lo que quería ser templo, tenían su refectorio, sus jergones y en el rincón más próximo instalaron la sacristía. Ellos mismos hacían las sagradas formas que fabricaban de harina del trigo que sembraban en el patio-cementerio, moliéndolo y tamizándolo como podían. Su pobreza era tal, que apenas podían vestirse e iban sin calzado.

Al preguntarle yo si habían podido catequizar a muchos *neolandeses*, lloró. Y me decía con la voz empañada por su llanto:

-Ahora uno... dos... otro mas adelante... cuando tuvimos más no llegaban a una docena. Nosotros éramos ocho... y sólo quedamos dos: el Padre Chí-Fú, de Shangai -un santo varón- y yo. Ahora el pobrecito desvaría; en este momento estará rezando entre las tumbas de nuestros hermanos. Cada vez -¡pobrecito!- que conseguíamos catequizar a un *neolandés*, se arrancaba con sus propias manos un diente o una muela. Y todos dábamos gracias a Dios, entonando el Te Deum,

-Y ahora, ¿son muchos los fieles? -pregunté-.

-Poquitos son, poquitos... no llegan a diez.

Del cementerio venía la voz del Padre Chí-Fú que cantaba un salmo y después reía... feliz.

El misionero -que dijo llamarse Diego Bernáldez- se llevó un dedo a la sien; comprendí que el pobre misionero chino no estaba en sus cabales. Pensé dejarle unas monedas, pero preferí salir a comprarles algo para su cena. Y así lo hice.

Al día siguiente pude confesar, oír Misa, cumplir como cristiano católico. El Padre Chí-Fú ayudó la Misa, sin duda equivocándose a cada paso, lo que remediaba el oficiante dándose a sí mismo las respuestas. La misa fue oída por cuatro o cinco de aquellos feligreses que decía tener la Catedral de Neolandia. Y no les he dicho a ustedes que la campana que convidaba al Oficio Divino, estaba hecha de una especie de lechera grande de *lá*, y que por badajo tenía un pedazo de aquel mismo metal... y aunque sonaba más como un cencerro que como campana, díganme qué templo podía, como aquel, envanecerse de tenerla de oro.

Tiempo me faltó para comunicarle al *Góre* mi afortunado hallazgo y con tanto entusiasmo le hablé de él, que quiso ver "nuestra iglesia" y conocer a los misioneros. Me dijo que en Neolandia se vivía sin

religióna -eso bien lo sabía yo- pero que ninguna creencia era molestada y tampoco protegida. Cualquiera secta podía vivir allí en paz, viviendo como pudiese.

Le hice ver la distancia inmensa que media entre una secta cualquiera y la comunión católica, y aunque no era yo el llamado a hacerle entender la belleza del Cristianismo ni creo que él pudiera comprenderla en poco rato, algo de lo que le dije le debió quedar entre pecho y espalda y me atreví a decirle:

-Mira, querido Gorito -así solía llamarle ya- no soy yo la persona indicada para hablarte de estas cosas, que poco entiendo de ellas; pero todos los males que afligen al mundo, créeme, se deben a la ignorancia de Cristo Jesús o a haber olvidado su sencillísima y sana Doctrina. Tampoco soy el indicado para poner el dedo en vuestras llagas, puesto que no tengo la virtud de cerrarlas. Yo creo que más que malos, sois los *neolandeses* frívolos, sordos a la llamada de Jesús, descuidados más que contrarios a su Santa Doctrina, ignorantes de ella, indiferentes, confiados a vuestros solos instintos, orgullosos de vuestra Ciencia y de vuestras naturales riquezas.

Las Leyes humanas -seguí diciéndole- nunca se bastan para suprimir en un país que se tiene por culto lo malo que todos hacemos, y nuestra concupiscencia, nuestra torpeza, nuestro vivir descuidado, nos crean una vida complicadísima, artificial y falsa, con la cual nos avenimos bien... porque halaga nuestros sentidos.

Pero yo te digo, Gorito hermano, que en toda vuestra riqueza sois pobres, y torpes con toda vuestra técnica, y con toda vuestra aparente felicidad desgraciados.

Vuestro régimen matriarcal es un tremendo error y, en el fondo, una mentira con la que os engaños lindamente. Siglos hace que el mundo se desengañó de él y sólo conserva de él, de la antigua idea confusa, lo único que de él es en verdad sublime: la Maternidad de la Virgen Santísima, Madre de Jesús.

En vano habéis intentado suprimir el dolor, que es el mejor maestro de la vida, y en resistirlo por amor de Dios está la verdadera sabiduría y no hay heroísmo como él. Ya sé que a donde volvamos los ojos no encontraremos otras cosas que las que aquí tenéis, y aun otras peores que esos monstruosos medios de destrucción que el espíritu del mal inspira a los hombres.

Vendrás conmigo a ver al Padre Bernáldez y te convencerás de la verdad de su vida, sólo en apariencia pobre, y tu verás la fabulosa riqueza que puede darnos el Cristianismo.....

No sé si le llegué a interesar, menos a convencer. Pero sí le dejé confundido y preocupado.

XXXVIII. CÉKÁRA, LA LABORIOSA

Maravillas vi en la capital del Trabajo; organización perfecta; labor reducida para todos a dos horas diarias, y era precepto cumplido con escrupulosa exactitud, si bien la Cámara de los Diputados tenía por aquellos días en discusión un proyecto de ley reduciendo la jornada a una hora y cuarenta minutos, con el 20% de aumento en el salario. Era cosa corriente que no tuvieran allí huelgas, porque la gente trabajadora ya tenía bastante tiempo de holgar, y en los antiguos ensayos de huelga se había observado que éstas les daban más trabajo que la jornada establecida legalmente; en adelante se abstuvieron de ellas, y sólo en alguna ocasión apelaron a la de brazos caídos, que allí llamaban *óstéo mándangái*.

La salud del *oaís* era buena gracias a los químicos, y aunque no había enfermos, hospitales tenían a punto por si una epidemia se colaba sin permiso de la Aduana Sanitaria; en ellos -me dijo el *Góre*- no faltaba nada y de vez en cuando se hacían ensayos de represión fulminante de una invasión bacteriana.

La Burocracia -*Xupatintae*- era igualmente una maquinaria de perfecta organización...aunque alguna vez fallaba, lo mismo que fallaba la represión del contrabando; no admitía donativos o propinas, pero de dejaba convida. Era más honesto. Se hacía algún gatuperio en el papeleo administrativo, de la misma manera que yo comía jamón serrano, cuando la añoranza de él se apoderaba de mi voluntad.

Lo que me pareció mal es la excesiva libertad en el trato entre los sexos; casos de virtud como el de Mayán no creo que se conocieran en todo en el alegre y despreocupado país. En las mujeres casadas parecía de mal tono no tener un par de amantes, pero los maridos eran castigados severamente, con pena de pública ignominia, si eran sorprendidos en delito flagrante.

Corría allí el dinero como en las otras capitales. Sí, gustaba de ello, cualquier ciudadano podía tener su propia *brilá*, más vulgarizada allí que la bicicleta en nuestros países europeos, donde como hormigas abundan.

Tantas cosas vi, y tanto tuve que admirar, que mi estado de salud empeoró; sentía vértigos, dolores de cabeza, escalofríos, náuseas y el insomnio me daba verdadero tormento. Gorito me llevó a que me viera un médico de los más famosos, y el buen señor me examinó de arriba abajo y me explicó todos los medios de observación que tenía a su alcance, que eran todos los conocidos por nuestra modernísima ciencia médica y otros más. Su biblioteca era como para una Academia de medicina.

Tres horas me tuvo allí, y aquel día se excedió en una en cuanto a la jornada de trabajo, pero le prometimos no delatarlo. Al fin diagnosticó, después de consultar unos diccionarios para hacerse entender: -Si el dolor de cabeza era de medio cráneo nada más, seguramente se trataba de fatiga. Ahora bien, si me dolía la cabeza entera, sin lugar a dudas se trataba de algo más importante: cefalalgia. Y después de darme una profunda conferencia, que no entendí, pero que al Góre le dejó pasmado, me recetó aspirina y unos días de cama. Eso sí, me cobró 400 ábai; fue mucho, porque se me estaba acabando el dinero.

XXXIX. EL METODO DE SAUER

¡Válgame Dios! Enfermo, a saber si de tanta zozobra, y solo, pues Mayana estaba ocupadísima aquellos días. Me metí en cama, puse al alcance de la cama la benemérita aspirina y un jarro de agua, y procuré dormir. Debí de conseguirlo a la segunda noche pero no sé si me duró gran cosa el sueño reparador, porque olvido de darle cuerda al reloj, se me paró. De noche sí era; mi cuarto estaba a oscuras.

Un ruido en la puerta me despertó. Mi cuerpo ardía. Y un ligero chasquido me hizo creer que alguien entró en mi cuarto. Quise encender la luz, pero no pude, porque alguien había interrumpido adrede la corriente o fluido o lo que fuese, que nunca lo pude averiguar.

-¿Quien va?- , dije casi sin voz.

Silencio. Pero en el silencio creía percibir el roce de unos pies que sigilosamente avanzaban, y no tardé en sentir unas manos que tentaban mi cama y una de ellas se posó en mi rodilla. Quise gritar pero otra mano cayó sobre mi boca, impidiéndoselo.

Por el perfume que traía reconocí a la reina.. Fue inútil mi resistencia. Sin verla sentí sobre mi ánimo desfallecido todo el terror de verme dominado por aquella caprichuda hembra real, doña juanesa terrible, según sabía ya. Mucho fue salir con vida de aquel asalto, y pude decir luego, como Melibea a Pleberio desde lo alto de la torre: “Vencida de su amor, dile entrada en tu casa”, pero quise decir que ella se tomó la tal entrada y que me venció su fuerza, o su astucia, o todo junto.

Perdí mi honestidad y quedé como muerto o sin conocimiento y cuando lo recobré solo quedaba en mi cuarto el rastro del perfume que la reina usaba.

Ya era de día, y haciendo un esfuerzo grande me acerqué al *teleboli* y grité cuanto pude:

-Mayán, cariño mío. Ven, ven en seguida. Llévame de aquí. ¡Vuela!

Después hablé con el *Góre*:

Querido Gorito, busca el *lapé* más rápido que encuentres y llévame de este maldito país ¡*Trá, trá!* Estoy delirando. Ya te contaré.

Como todo era allí tan rápido, estuvimos preparados para la huída, ya inevitable. Ni Mayana ni el *Góre* dieron muestras de impaciencia para no dar sospechas, y nuestra partida tuvo todo el aspecto de una gira de placer. Tomó mi amigo el mando del aparato y yo ocupé mi puesto junto a mi amada, la cual tan pronto como se vio en el aire y a buena distancia de *Cékára*, no pudiendo resistir más el esfuerzo de sentir serenidad se desvaneció.

Nuestro *lapé* dejaba tras de sí una larga estela de fuego que luego se trocaba en blanquecino y persistente vapor...Desconocía yo el rumbo que llevábamos, pero mi confianza en el *Góre*, tan buen piloto como leal amigo, era absoluta. ¡Por fin –pensaba yo- he aquí la libertad, la vida, la alegría, el regreso a mi patria tan deseado e incierto hasta entonces! Abrazada tenía a mi linda Mayana, no sé si todavía sin sentido o si dormida. No hacía dos horas que volábamos, a gran altura, fuera ya del país sobre el Océano, cuando el *teleboli* de a bordo se puso a bramar como un condenado:

-¡No os escaparéis malvados traidores! Ese niño bonito de español me las pagará. Os persigo, os alcanzaré y ¡ay de vosotros! Tu, desgraciado *Góre*, pobre desertor, ya sabes lo que te aguarda. Y tu, infeliz Mayán, por escaparte con esos traidores pagarás culpas que no tienes. Y tu, seductor empedernido, sabe que entraste en cercado

ajeno y morirás a mis manos. ¿Ese pago me das por haberte protegido en Neolandia desde el primer día?

Al momento de reconocer la irritada voz del Jefe, aceleró mi amigo la marcha. Por fortuna nuestro *lapé* debía de ser más rápido y ligero que el de tan furibundo perseguidor y debía de adelantársele mucho. Para despistarle cambiamos de rumbo y nos dirigimos hacia las costas chilenas, cubriéndonos con un extenso nublado que se cernía sobre el mar. El Jefe perdía nuestro rastro, lo recuperaba, lo volvía a perder. A intervalos desiguales volvíamos a oír sus amenazas; tronaba como de hacerlo Zeus sobre el cielo de Grecia, cuando acompañado del águila y empuñando el haz de mortíferos rayos perseguía a sus enemigos.

Tal fue nuestro rodeo, que en escapada peligrosa –nuestro aparato estaba casi ardiendo- nos llegamos a las cortes de la China casi al amanecer. Dando un quiebro nos orientamos hacia la América Central; antes del mediodía habíamos rayado el aire sobre el Golfo de Méjico, saliendo al Atlántico y haciendo rumbo a Europa y concretamente a España. El aquel viaje volví a padecer fiebre y un dolor violentísimo de cabeza. Mayana me refrescaba la frente dándome tiernos besos que en el alma sentía, con alivio dulcísimo. Me parecía estar otra vez en *Cékára* y en mi cuarto del hotel, a ratos sin sentido y otros retorciéndome de dolor en mi cama. ¡Cama con pulgas y otros acompañantes, por cierto, pues los protectores de los animales no consentían el uso de insecticidas!

En medio del Atlántico tuvimos que remontar a gran altura para no ser molestados por una horrorosa y extensa tormenta. Confiábamos llegar con buena suerte al término de nuestro viaje cuando he aquí que otra vez la voz del Jefe se dejó oír: -¡Ah, condenados! Ahora ya sois míos y no os valdrá vuestra picardía. ¡Atención, que disparo!

El *Góre*, oída la terrible amenaza, como habilísimo piloto que era, desvió el aparato y las bolas incendiarias que el Jefe disparaba contra él, no le alcanzaron. Y aún siguió un buen rato disparándonos, zafándonos nosotros con inclinaciones hasta que divisamos las costas de Portugal. Todavía gritaba el Jefe:

-¿No os alcanzan las balas? ¡Probaré cosa mejor! ¡Cuidado, Mayán –y se reía el maldito- Vigile usted a su amigo infiel, el protervo Méndez, no se le quede entre las manos antes de llegar a Madrid...

Y enseguida nos echó una ráfaga de píldoras etéreas que, si nos alcanzan, hubiesen convertido en vapor al aparato y a nosotros mismos.

En esto nos vimos ya sobre España. ¡Estábamos en casa! Entonces comprendí cuánto nos había ayudado en nuestra huída la adelantadísima ciencia *neolandesa*, y cuan mal hice en menospreciarla. ¡Bendita sea la técnica que con los cuerpos salva también las almas!

Volábamos sobre Madrid hacia las siete y media de la tarde. Llegamos, sí, pero ¡a qué coste! El *lapé* estaba a punto de arder. Allí dentro y a pesar de las exhalaciones refrigerantes, el calor era infernal, y ni aún chupando chicles de *bronka* comprimida podíamos resistirlo,

En cuanto al Jefe, debió de pensar en el grave conflicto que pudiera crear al cuerpo diplomático si aterrizaba en España sin pasaporte y si llegaba a Madrid, donde pudiera ser reconocido por tantos que se recordasen de cuando ejerció la cirugía sin título nacional, y debió de virar en redondo y dejar de perseguirnos. Detrás de nosotros, y a gran distancia, vimos una gran estela de fuego que dibujó en el cielo una curva grandiosa; el *lapé* o “platillo volante” del Jefe, había desaparecido en el aire.

¡Ya estábamos libres, al fin!

Pero... ¡Señor, lo que son las cosas! Volábamos en inmensa espiral sobre Madrid y buscaba el *Góre* una manera airosa de aterrizar en el aeródromo de Barajas, cuando nuestro aparato falto ya de la energía etérea almacenada abundantemente antes de nuestra fuga, empezó a bailar en el aire haciendo piruetas y cabriolas, y en una de ellas tomó de lado la bajada... y no supe más.

XL. MI DESPERTAR.

No supe más hasta que recobré el conocimiento y oí -¡oh suerte mía!- la voz amada de Mayana que decía:

-Doctor, doctor: acaba de volver en sí.

Tenía yo los ojos vendados y sentía en la frente las frescas manos de mi amada, y de mi dolor era para mí como ella misma. Yo dije:

-Mayana... ¿es que vivo?

-Si, si, señor Méndez, claro está que vive usted. Ya podemos cantar aleluya.

¿Aleluya? ¡Que palabras tan rara en la linda boca de Mayana!
¿Cómo era que ella conocía la palabra en que la Iglesia canta la alegría?

Conocí el son de los pasos rítmicos, seguros del *Góre*, que se acercaba a mi cama. Pero me quedé yerto al oír su voz...que no era la suya, sino la del Jefe:

-¿Qué le decía yo? Los balones de oxígeno no podían con él porque debían de estar inflados con aire, como los pellejos. Pero me quejaré a la Dirección General de Sanidad.

¡Bribones! Por poco lo matamos sin querer.

-¡Sin querer! –pensaba yo- Como si los balazos que nos tirabas fueran de mentirijillas. Pero ¿qué hacía allí el Jefe y como le llamaba Mayana “doctor”?

-¿Qué amigo Méndez, como va ese valor? ¡Buen trompazo, amigo!

Y tan buen trompazo como fue. Yo preguntaba:

-Dígame, Jefe...a Mayana ya la oigo junto a mí, pero ...y mi buen *Góre*, ¿cómo está?

A ese no lo parte un rayo. Se rompió tres costillas nada más, pero ya hace días le di de alta. Lo suyo no fue nada... Pero calma, calma todavía; no se agite.

Y oí que, en voz baja, le ordenaba a Mayana que me administrase otra vez aspirina, hasta que remitiera la fiebre.

Yo pensaba: ¡Qué cosa más rara! Este hombre de Dios, que hace poco, nos perseguía a balazos, ahora parece interesarse por mí, por mi amada, por mi amigo...Y ahora para que no sospechen de él, vuelve a fingirse médico y aconseja a Mayana que me de aspirina y que me cuide... Pero ¡ah! Lo que es a mí no me engaña. Se vengará, aunque yo, a decir verdad, no fui culpable, sino ella, ella, la maldita reina rijosa y donjuanesca, seductora de hombres.

Entre tanto, mi dulce enfermera, que por lo visto había salido ilesa del terrible choque contra el suelo, me cuidaba con todo el amor que habíame demostrado en Neolandia, y yo le decía:

-Mayana, cariño mío, pásame las manos por la frente y las mejillas, que arden.

Y contestaba ella:

-Bueno, bueno, don Silverio, si eso le alivia... Pero lo que es a la piel de las mejillas no le llegarán mis manos, con esas barbas tan largas...

¿Barbas largas yo, y me afeitaba a diario?

Pues si, en efecto. Me llevé una mano a la cara y me hallé barbudo como un rabino viejo. Notando el miramiento con que Mayana me trataba, -oye,-le pregunté- Hay alguien con nosotros?

-No, no, señor Méndez. Estamos solitos.

-¿De veras?

-¡Caramba! ¡Fetén!

-¿Caramba y fetén. Hmmm... Dime ¿cómo sabes tu esas palabras castizas?

-¡Anda! –repuso ella riendo- ¡Pues hace tiempo que las uso!...

¡Que misterio! Entonces... Mayana sabía el habla madrileña y había fingido no entenderme en Neolandia? Y ¿por qué me hablaba tratándome de usted y me llamaba don Silverio? ¿Por qué no me decía, como allá, cariño mío español?

-Mayana, tu ya no me quieres... o por alguna razón que ignoro, disimulas conmigo-

-Ah, decía ella riendo- pues... es que conviene disimular... porque...¿sabe usted? Las paredes oyen...Y ven. Con que calma, prudencia y no vuelva usted a decir palabrotas.

-¿Digo yo palabrotas, Mayana?

-Si, si, -contestaba arropándome y mudándome la compresa fresca de la frente- muchas palabrotas.

-Por ejemplo: -¿qué es *taripán*?

-Oh, ¿no te acuerdas? Taripán es lo mismo que gracias.

-Ya. Eso me decía usted cada vez que le daba agua o aspirina...

Temblándole un poco las palabras, añadía...-y también me decía usted palabritas muy finas como... cariño mío...

La voz del Jefe llamó desde la puerta:

-Señorita Mariana!

-¡Voy, doctor!

¿Mariana? Como había olvidado el Jefe tan pronto el nombre de la Subsecretaria de Congiarios? Todo aquello, tan confuso y raro, me hacía aumentar la fiebre.

Ahora unos pasos de mujer, un taconeo firme, se acercaban, y la voz de Périla llegó a mis oídos.

-Hola Silverio, ¿cómo estás, querido?

Y me abrazaba y juntaba su fresca mejilla a la mía ardiente. ¡Que raro! me tuteaba y me besaba con alegre efusión...¡y estaba allí Périla!

¡Vaya, hijo, ya era hora de que salieras del limbo. ¡Tres meses, tres meses sin conocer a nadie!

-No, Périla, no. Ni vengo del limbo –decía yo- ni hace tanto que estoy aquí. Vengo de Neolandia. Huí de *Cékara* desde... aquello que me pasó con la reina. Ha sido un verdadero milagro que pudiera escapar...

-Sí, eso sí; ha sido un milagro y nunca acabaré de dar gracias a Dios y al doctor...

-¿Al Jefe?

-Si, si, al director. ¡Es un mago!

-¿Un mago? Aquí, en confianza le diré a usted que se trata de un hombre vengativo y terrible...

Temeroso de engañarme, ya que la venda no me dejaba ver a la persona con quien hablaba, me detuve y le pregunté: -¿Pero quién es usted, señora? Temo irme de la lengua.

-Pero...¿es posible, Vério, que no me reconozcas? Soy Camila, tu hermana...

-¡Périla ¡ Me lo figuré, esa voz... Con que también usted aquí? ¡Pobre *Góre*!

-¿Gore? Gorito, dirás; mi marido... por poco nos espachurras con aquel trompazo que nos diste.

-¿Yo? –decía con pasmo al oír semejante cosa- ¡pero si guiaba él!

-Ya lo sé, pero tu tocaste el volante, o tiraste del freno, algo hiciste cuando aquel chopo se nos puso delante del coche. ¡Pobre Vério! No te acuerdas de nada.

Y me besaba con ternura aquella mujer desconocida que tenía la misma voz de Périla. Creo que me desvanecí otra vez. Cuando volví a

sentir a Mayana cerca de mí, traté de averiguar quien era la mujer que me visitó.

-Es su hermana, la señora de Aracil, de don Gregorio Aracil...

Yo entendí “aguacil” y, aunque no había por qué dudar de que un aguacil pudiese tener señora, no recordaba yo tener hermana que fuese casada, ni aun soltera. Me creía solo en el mundo y no quería saber más sino cuando me darían la libertad para casarme con Mayana. En otra ocasión le dije:

-Dime, cariño mío ¿no comulgué, hace pocos días?

-Si, si, no creí que se acordara, porque entonces estaba usted... así... apuradillo.

-¡Como olvidarlo ¿ ¡Cómo olvidar al buen misionero?

-El ha preguntado varias veces por la salud de su enfermito, si... Por teléfono lo preguntaba...

-¿Teléfono en Neolandia? Pero, ¿no te acuerdas que en Neolandia no hay teléfono, sino aquella bola negra que...

-¡Oh, ¿cómo no va a haber teléfono en la clínica del Doctor Bermúdez?

Aquel nombre fue como un rayo de luz en las tinieblas de mi razón enferma. ¡El doctor Bermúdez! ¡Mi gran amigo!

Pero cuando oí afuera la voz del Jefe me cubrí la cabeza con el embozo.

-Oigo al Jefe, Mayana. Defiéndeme. Temo a ese hombre hipócrita, vengativo. Cuando menos lo esperéis, me matará.

Recordé claramente el ataque nocturno de la reina, ataque brusco que era como lo que llaman los militares “el método de Sauer”. Pensé que tal vez Mayana no me había absuelto, aunque no era yo culpable, y se lo pregunté.

-Dime, cariño mío: ¿me perdonaste aquella falta?

-Oh, en cuanto a eso... Pero estése quietecito, sea formal y no se excite, o no podremos levantarle la venda de los ojos.

-La venda, ya, ¿no estoy ciego, verdad?

-Ni mucho menos, pero había ese peligro, que ya pasó, gracias a Dios. Si es usted bueno, mañana le quitará la venda el doctor.

Salvo aquel tratamiento de usted que me daba, era la misma Mayán kélia, mi amor Neolandés; reconocía aquellas manos acariciadoras

que tanto en una como en otra dolencia mía me aliviaban los terribles dolores de cabeza.

A la tarde volvió el Jefe a verme. Hablaba siempre en aquel tono festivo que tanto me desconcertaba,

-Señorita –le ordenaba a Mayán- cierre las ventanas y dé la luz verde... Ea, amigo Silverio, vamos a dar un vistazo a esos ojos...

Me quitó la venda, le vi... ¡Era él! Mi oído no me había engañado, no. Me observó, volvió a bajar la venda y dijo:

-Al pelo, al pelo. Eso ha ido al pelo. Un par de días más de obscurantismo, je, je, y se acabó. Tiene usted muy buena encarnadura. ¡De buena se ha escapado usted, amiguito!

Me pulsó y yo le tomé la mano y se la retuve:

-¿No me guarda usted rencor, Jefe?

-¿Yo? –hizo él.

-Es que, le juro que fue ella, ella y no yo quien tuvo la culpa de aquello ¡Yo no quería!

-¿Ella, eh? Pues claro, hombre de Dios. Siempre es ella quien tiene la culpa de nuestras caídas. Pero ya pondremos eso en claro otro día.

Y se fue.

Estando solo con Mayán quise saber cómo estaba el *Góre*.

-Ese señor fue dado de alta hace ya mes y medio. Dijo que hoy vendría otra vez a verle.

XLI. DESENLACE

A la mañana siguiente me encontraba tan animado, limpio de fiebre y con tal apetito que Mayán se puso muy contenta. Me dijo que aquella noche no deliré, ni me moví, y que dormí diez horas de un tirón, lo cual era un síntoma excelente.

Antes del mediodía oí la voz del *Góre*:

-¿Cómo está hoy ese chiflado?

-Entró alborotando y me tomó las manos cuyo tacto reconocí, como su voz.

-Querido Gorito, ¿Qué es de ti?

-Yo estoy bien, ya, y por lo visto tu también. Ea, afuera mimos, sal de esa cama y basta de tonterías.

Hablaba tan corrientemente nuestro idioma que no resistí al deseo de felicitarle.

-Hablas como uno de nosotros, ¿Cómo así? ¿Quién te ha enseñado tan bien en tan pocos días?

Mira, cuñado –decía él- déjate de jeroglíficos. No hables más esperanto, o *volopax*, o lo que sea esa monserga que nadie entiende. Y dime: ¿ que jerga hablabas mientras estabas tan malito?

-¡Cómo jerga! Y tu me lo preguntas? Si es la lengua *neolandesa*, en la que me iniciaste a ella, en *Akára*!

-¿En Acára, dices? Bueno, desde ahora vamos a hablar en cristiano. Nada de camelos, ¿eh?

-*Kam melo* –me obstinaba yo- ya sé, ya: quiere decir engaño, embuste.

-Toma, eso ya lo sabemos. Vaya, basta de tonterías. Pero... es raro que Camila no haya llegado ya. -¿Camila? ¿No se llama Périla? ¿Es que a todos os han bautizado y cambiado el nombre? Porque he oído que a Mayan la llaman Mariana, a Périla, Camila; a ti si, te llaman Gorito, como yo. Y al Jefe... al Jefe le llaman aquí “doctor” ¡como si lo fuera! Pero a mi no me engaáis, no!

Se reía mi amigo y dándome un cachete cariñoso acabó por decirme:

-Querido, si continúas haciéndote el loco te vamos a encerrar y tu verás, porque estás cual cabra o yo no he vuelto en mí del porrazo que nos dimos.

-¡Bueno fue! –dije yo- Pero ¿vas a creer tu también que la culpa fue mía. El mando del lapé lo llevabas tu, recuérdalo

-En primer lugar mi coche era -¡ay! y ya no es mas que chatarra vil –no un “Lapé”, marca que tu te debes inventar, sino un *Studebaker*; y después que si tu no te hubieras figurado que chocábamos y no me llegas a tocar el volante, no hubiéramos chocado de veras.

Yo creía que todos se burlaban de mí. En esto llegó Périla, o Camila, y resultó que era mi hermana y que su nombre era ese, en efecto, y que su marido y cuñado mío, Gregorio, o Gorito Aracil y yo, habíamos recibido un respetable choque con un chopo, según íbamos de Aravaca a Madrid. Iba mi cuñado al volante y a su lado mi hermana; yo detrás, solo. Cuando en un viraje trataba de esquivar un

perro vagabundo yo, temiendo que chocaríamos me lancé al volante para desviar el coche y ¡pataplum! chocamos contra el árbol.

O peor de todo fue que mi enfermera, la señorita Mariana, que tan bien me había cuidado y a la que yo le había prodigado tantas ternezas, se había hecho ciertas ilusiones conmigo. Cuando me levantaron la venda de los ojos, la vi tan desemejante de Mayán Kélia que acabé por comprender que todo había sido una larga y continuada pesadilla.

A todos los reconocí, sobre todo al doctor, mi vecino y amigo. Una larga convalecencia me acabó de confirmar que mi viaje a Neolandia era una fantasía de la fiebre, pero lo que nunca he llegado a comprender es como había llegado a saber tantas palabras de un idioma que no se habla en ninguna parte del globo.

En el fondo me disgustaba que no fuese verdad todo lo que soñé, excepto el ataque de la reina, que fue lo peor de todo.

El doctor Bermúdez había logrado retener algunas palabras de aquel neolandés que se había ido creando en mi cabeza enferma.

-Amigo Silverio, me decía en cierta ocasión-, si no le hubiera visto a usted los sesos, creería que los había perdido usted en el choque de marras, que fue de órdago. Cuando esté completamente restablecido me explicará usted que quiere decir *Apai nitai*, y que es un *brila*, y un *pelai*, y un *lapé*, y que quiere decir *taripai*, y otras lindezas como esas.

-Ké, ké –decía yo, riendo-. Y usted a mi me explicará que son esos inyectables de..... espérese.. de.... era un nombre larguísimo... No me acuerdo!

-No le sorprenda no recordarlo. Tal vez sería *parafenoamidoisopropiltetrametilfenacetato* del *betafundado* de *codeínasulfurosalicílico*. ¿No era eso?

-Si... algo así... pero no tan largo, me parece, ¿y qué es?

-Nada, hombre, nada. Un camelo.

F. Pérez Dolz

Barcelona, noviembre de 1953